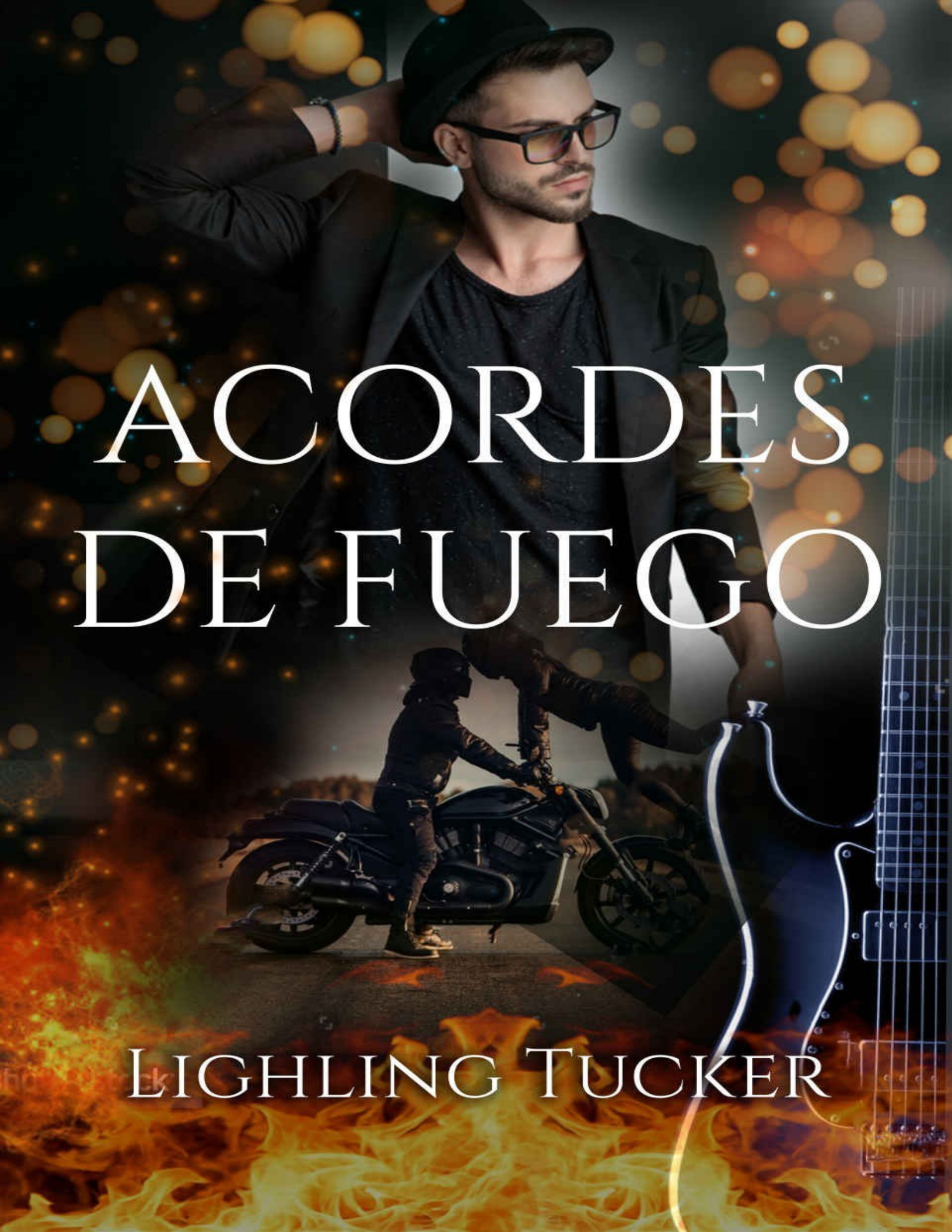


A man with a beard and glasses, wearing a black hat and a black jacket over a black t-shirt, is the central figure. He is looking to the right with his left hand behind his head. In the background, a large, semi-transparent electric guitar is visible. The bottom of the image is filled with bright, orange and yellow flames. The overall background is dark with many out-of-focus, glowing orange and yellow circles, creating a bokeh effect.

ACORDES DE FUEGO

LIGHTLING TUCKER

ACORDES DE FUEGO

LIGHTLING TUCKER

Copyright © 2023 Tania Castaño-Lighling Tucker
1ª edición Diciembre 2023

Fotos portada: Shutterstock.
Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.
Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

A vosotros dos, porque sois ese apoyo incondicional que siempre necesité. Os quiero.

ÍNDICE

SINOPSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?

BÚSCAME

OTROS TÍTULOS

SINOPSIS

Wendy no podía creer que hubiera acabado en comisaría.

¿Cuándo se habían torcido tanto las cosas?

Ella solo había conocido a Hank. Más conocido como Corazón de hierro, el guitarrista de una de las bandas de rock más conocidas del momento. Entrar en su vida había sido de una forma peculiar, pero no tanto como para haber acabado detenida.

—¿Entonces no estrelló un coche valorado en tres millones de dólares? ¿Y tampoco tiró a la piscina una colección de relojes por valor a seis millones? Además, los testigos dicen que salió con un palo de grandes dimensiones al grito de... Déjeme mirarlo para ser exacto— pidió el agente revisando sus notas—. «Voy a romperte las piernas, niño infantil, petulante, estúpido, creído y mimado».

El policía lo hizo sonar como si hubiera matado a alguien. No había sido tan grave... O sí.

—De acuerdo, sí lo hice, pero todo tiene una explicación. De verdad —se defendió Wendy. Estaba perdida.

—Uhh, es una gran historia y no es porque sea uno de los que sale en el relato. Le va a encantar —añadió Hank a su lado.

Wendy puso los ojos en blanco. ¿Por qué estaban siendo interrogados en la misma sala?

—¿Ve con lo que tengo que lidiar? Es comprensible que pierda la cabeza.

—Señorita... —la regañó el agente.

¿Cómo iban a salir de ese lío?

¿Wendy y Hank se soportarían lo suficiente como para enfrentarse a un mundo de celos, envidias y mentiras?

PRÓLOGO

—Señor agente, esto debe tratarse de un error... —tartamudeó Wendy.

No podía estar pasando eso.

No debía ser real.

Era una pesadilla.

—Error dice. Estamos en un buen lío.

¡Oh, sí! Cierto.

Aquel imbécil seguía a su lado pegado como si de un apéndice más en su cuerpo se tratase. Ese hombre la había arrastrado hasta lo más profundo de la locura y, ahora, se encontraban en ese maldito desastre.

—Señorita, efectivamente, esto no es un error —recalcó el agente.

Estaban perdidos.

—Ay madre... —suspiró Wendy llevándose las manos a la cara.

Nada de aquello había sido intencional. Bueno, no al principio al menos. Había surgido tras una cadena de sucesos terribles que los habían conducido a acabar en comisaría.

—Todo esto tiene una explicación, agente —comentó ella luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Pero no estaba acompañada por la mejor compañía precisamente.

—Y es una historia divertidísima, tal vez hasta podría alegar enajenación mental. Yo soy testigo de todo.

Hank abrió la boca una vez más.

Su mayor enemigo desde que lo había conocido.

Y no parecía querer callarse porque se tomaba la vida como un chiste. Una broma de la que disfrutar. Para su suerte, él tenía medios para salir de allí indemne, no obstante, ella no gozaba de tal privilegio.

Iban a encerrarla para después tirar la llave.

—¿Estás loco? No es divertida —le recriminó Wendy.

—Hombre, un poco de gracia tiene —rio Hank.

De no haber estado ante un policía real lo hubiera matado con la primera cosa que hubiera tenido a su alcance. Se libraba porque estaban bajo custodia y porque dañarle agravaría la situación.

—Seguro que a este hombre no le interesan mis penas —comentó Wendy con cierto deseo porque fuera verdad.

Estaba equivocada.

Algo que le llevaba pasando las últimas semanas. Se equivocaba en todo.

—La verdad, señorita. Se enfrenta a tantos cargos que sí me interesa —sentenció el agente de policía.

Estaba perdida.

Wendy luchó por esconder que estaba muerta de miedo. Bajó las manos temblorosas hasta sus piernas con el deseo de que así nadie pudiera comprobar que no controlaba la situación.

No sabía qué hacer o qué decir.

—Esos cargos son falsos —anunció Wendy.

El agente tomó un papel de la mesa.

—¿Entonces no estrelló un coche valorado en tres millones de dólares? ¿Y tampoco tiró a la

piscina una colección de relojes por valor a seis millones? Además, los testigos dicen que salió con un palo de grandes dimensiones al grito de, déjeme mirarlo para ser exacto— pidió el agente revisando sus notas—, «voy a romperte las piernas, jodido niño infantil, petulante, estúpido, creído y mimado».

Cerró los ojos con fuerza dándose cuenta de que sí había pronunciado esas palabras, aunque quizás en otro orden.

Vale.

Dicho así sonaba mal.

—De acuerdo, sí lo hice, pero todo tiene una explicación. De verdad —se defendió Wendy.

Estaba perdida.

—Uhh, es una gran historia y no es porque sea uno de los que sale en el relato. Le va a encantar —añadió Hank.

Wendy puso los ojos en blanco.

—¿Ve con lo que tengo que lidiar? Es comprensible que pierda la cabeza.

—Señorita... —la regañó el agente.

De acuerdo.

Era momento de cooperar.

Miró a su alrededor mirando una vez más el cuarto blanco e insípido donde los habían llevado. Aquello era un interrogatorio, necesitaban saber todo lo ocurrido para así conseguir un relato exacto de las últimas horas.

Wendy se sintió una verdadera criminal.

No había matado a nadie y no por falta de ganas, pero ese era otro tema.

—Vale, de acuerdo. ¿Por dónde empiezo? —preguntó luchando por poner sus ideas en regla.

Debía ser clara, con lujo de detalles y recordar todo cuanto había pasado en ese tiempo.

—Uy sí, esa me la sé. Tú estabas en la cama, desnuda y atada —declaró Hank con una sonrisa burlona.

Iba a matarlo.

Wendy se sonrojó de forma automática. Pensar en contar ese tipo de intimidades era demasiado.

—Eso no es relevante —declaró convencida.

—Deja que sea yo quien decida eso.

El señor agente estaba tan loco por saberlo como su compañero de contarlo. No iba a tener escapatoria. No existía lugar en el mundo en el que esconderse para librarse de algo semejante.

—Está bien, pero dejadme hablar a mí. Él me da dolor de cabeza —pidió Wendy.

No iba a ser posible.

Eso lo tenía claro.

—Antes de nada —dijo el agente—, ¿ustedes dos son pareja, rollo o algo?

Supo que la sangre abandonó su rostro con esa pregunta. Casi se sintió vendiendo sus intimidades a alguna revista del corazón y no que estaba siendo interrogada por un agente de la ley.

—¡Para nada! —gritaron ambos a la vez.

Había que estar loco.

—Bien, entonces no han tenido ningún encuentro sexual. Dejen que lo apunte...

Wendy cerró los ojos ante la catástrofe que estaba a punto de pasar y que nadie iba a poder evitar.

—Mmmm... Eso no es del todo cierto —comentó Hank.

Iba a tener que lidiar con ese recuerdo el resto de su vida.

—Tuvimos sexo una vez, en realidad dos o casi dos, pero ya está. Fue una bajada de azúcar o de defensas y acordamos que no volvería a pasar —explicó él con cierta tranquilidad, aunque agitando demasiado sus manos.

Esa iba a ser una mancha negra en su expediente.

—Es un idiota, le aseguro que no volverá a pasar algo semejante —prometió Wendy.

Hank fue a hablar, lo vio por el rabillo del ojo, no obstante, Wendy golpeó su silla con la punta de la bota dándole un toque fuerte y seco. Eso fue suficiente como para provocar que su compañero se callase.

Al fin.

—Bien, empecemos por el principio entonces —anunció el agente.

Sí.

Estaban a punto de diseccionarla como a una rana en plena clases de ciencias. Toda ella estaba en entredicho y ahora le tocaba defenderse por unos cargos que nada tenían que ver con la realidad.

—Empecemos por el primer día, justo cuando conocí a Hank...

CAPÍTULO 1



Aquello debía tratarse de una broma de mal gusto, una que acabaría en unos pocos segundos y se convertiría en una anécdota graciosa que contar los próximos años. Sí, iba a reírse mucho de ese momento más adelante.

Wendy respiró profundamente tratando de calmarse, quizás él se había ido al baño y ahora regresaba a la habitación.

¿Dónde estaba?

Sí, en la habitación de Toms.

Se habían llamado después de casi una semana sin hablarse. No estaban atados el uno al otro o sí, ya no lo tenía claro. Solo sabía que cuando se alejaban se acababan llamando para quedar para follar como salvajes.

Ese día había tocado en el apartamento de él.

Habían comido, bebido y retozado como verdaderos cerdos salvajes durante horas y horas. Agotados llegando al clímax, se quedaron sudorosos y dormidos sobre las sábanas revueltas.

No fueron capaces de pensar en nada más, el agotamiento llamó a la puerta y sumado al alcohol de las copas previas, hicieron que ahora todo se notase extraño.

Wendy tiró de su muñeca derecha con rabia sin ser capaz de moverse. Imitó el movimiento con la izquierda obteniendo el mismo resultado.

Era imbécil.

Y Toms más.

Entre sus juegos sexuales a su compañero se le había ocurrido atarla al cabecero para, y cito textualmente, «probar algo nuevo».

—¿Toms? —preguntó con cierto recelo.

En aquella habitación no había ni rastro de su compañero sexual, parecía haberse esfumado de una forma tenebrosa. No podía ser verdad porque él, a la fuerza, tendría que haberla visto atada antes de marcharse.

Tiró de nuevo de las esposas que la anclaban a la cabecera sin éxito, no iba a soltarse por sí misma.

—¿Toms? —volvió a preguntar.

Nadie contestó.

La rabia y el miedo se fusionaron en su pecho dándole la sensación de que quería llorar de pura impotencia. Estar atada era una sensación tremendamente agobiante, algo que no quería vivir mucho más tiempo.

—¡TOMS! —gritó con verdadera desesperación.

De pronto un ruido procedente del exterior de la habitación la puso en alerta.

¿Sería él?

Esperó unos segundos, unos agónicos en los que creyó sentir pasos acercarse a la puerta.

No se abrió.

Quien fuera el que estuviera allí no luchó por entrar, solo se mantuvo ahí unos segundos antes de volver a marcharse.

—¡Espera! ¡No te vayas! —bramó tirando de sus ataduras.

Hank sabía que la habitación de Toms era territorio prohibido. Nadie entraba allí como si de una especie de santuario se tratase. Todavía recordaba cuando alguien de la banda había entrado buscando una camiseta de repuesto y él se había vuelto loco de furia por ocupar su terreno.

—¡Espera! ¡No te vayas!

Una voz femenina gritó.

Puso los ojos en blanco.

Otro nuevo «juguete» para la gran colección que tenía. Nada nuevo, le echaría cuatro polvos y buscaría otro.

Y él no pensaba entrar en el juego.

—No, gracias, no follo con nadie que haya tocado Toms por miedo a pillar una enfermedad de transmisión sexual —le explicó sin siquiera tocar el pomo de la puerta.

Se apartó de allí como si fuera veneno.

Entonces vislumbró en el salón aquellas pequeñas pistas que le indicaban que ambos habían cenado un par de pizzas, habían bebido algo... En realidad había bastante alcohol acabado sobre la mesa.

Hank negó con la cabeza.

No quería saber nada, solo necesitaba un café.

—¡Por favor! —rogó la chica.

Podía prometerle la luna que no pensaba entrar en esa habitación y mucho menos iba a plantearse un trío. Ya había sido idiota en el pasado y eso le había pasado factura. No iba a tropezar con la misma piedra.

Justo en el suelo de la cocina, cuando cruzaba el umbral de la puerta, su zapatilla chocó con algo de tela.

Miró abajo creyendo perder la razón cuando vislumbró algo negro. Moviendo la punta del pie removió la tela tratando de entender qué era lo que tenía ahí delante. Era delgado, negro y parecía tener un cierto encaje.

Un tanga.

—Joder —gruñó.

Iba a tener que tirar esa zapatilla de estar por casa después de eso.

Pegándole una patada lo apartó todo lo que pudo de él, aquel trozo de tela era lo que menos quería encontrarse, pero empeoró cuando vio un sujetador colgado de uno de los cajones de la cocina.

Si seguías las pistas casi podías saber todo lo que había acontecido en aquella cocina.

Un tapón de nata en spray le indicó que se habían divertido mucho allí.

—¡Sois una panda de cerdos! —gritó sacando la cabeza por la puerta para que pudieran

escucharlo desde la habitación.

Hank trató de contenerse para no tirar esa puerta abajo y tirar por la ventana a Toms. Cuando la «dama» se fuera iba a prenderle fuego a todo el piso para desinfectar todo lo que hubiera tocado.

—Necesito lejía, mucha —se dijo a sí mismo.

No fue capaz de llegar al mueble donde la guardaban porque la voz de la chica volvió a sonar.

—¡Por favor! ¡Necesito ayuda!

No pensaba hacerle caso.

No iba a entrar en esa habitación.

No era tan tonto como para caer de nuevo en esos juegos.

—Toms, déjalo ya, tío. No me interesa —le dijo.

—¡No está! ¡Por favor, ayúdame!

Ese juego era diferente al de otros días. Puede que cambiasen las reglas, pero el resultado era el mismo. No iba a jugar al escondite para después meterse entre las piernas de alguna espectacular mujer que no tenía buen gusto para los hombres.

—Mira, déjalo ya. No voy a follarte —espetó Hank.

Ella gimoteó.

—¡No quiero eso! ¡Estoy atada! ¡Por favor!

Su desesperación pareció bastante real, aunque el cielo había sido testigo de las veces que Toms lo había engañado para abrir esa puta puerta.

Hank suspiró.

—¡Por favor! —gritó ella fuera de sí.

¿Y si era real?

¿Y si estaba haciéndola sufrir por no confiar en ella?

—Vale, si es un truco, Toms, te vas de mi puto piso hoy mismo. Ya me he cansado de gilipolleces —declaró Hank yendo hacia esa maldita habitación.

No pensó.

Tomó el pomo de la puerta y abrió de golpe.

Casi notó el aire del comedor entrar en aquella estancia dejando que sus ojos vieran a esa chica en todo su esplendor.

Completamente desnuda sobre la cama.

Otro hubiera cerrado los ojos y puede que él lo hubiera hecho de haber sido capaz de pensar, simplemente no fue capaz. Sus ojos se apoderaron del control de su cuerpo y no pudo ni parpadear.

Ella era muy hermosa.

Su cuerpo descansaba sobre unas sábanas arrugadas que habían olvidado ceñirse a sus curvas. Lo primero que vislumbró fueron sus largas piernas, las cuales se cerraron negándose a enseñarle lo que tenían entre ellas.

No le importó porque mientras se cubría delante pudo ser capaz de entrever un hermoso trasero que supo que podía quitarle el sentido a cualquiera. Esa curva estaba hecha para ser sujeta por una mano fuerte, una que se amoldase a su forma.

Después ascendió topándose con un vientre en el que encontró un grupo de pecas que se podía seguir con la lengua hasta dibujar algo hermoso. Y, como un auténtico canalla, sonrió ascendiendo a sus hermosos pechos. Estos, redondeados, tenían los pezones duros por culpa del aire que venía del comedor.

Al tener la ventana de esa habitación abierta y la de la otra sala hacía tanta corriente que había erizado su piel.

Su cuello fue un manjar, uno en el que perderse saboreándola como si de un vampiro se tratase. Supo que podría morderla sin dañarla mientras luchaba por llevarla al clímax.

Entonces ascendió mirándola frente a frente.

A pesar de que él seguía en «shock» y ella gritaba algo, le pareció una mujer muy atractiva. Sus labios fueron lo primero que llamó su atención. El de arriba tenía un arco de cupido tan redondeado que la hacía más inocente de lo que parecía. Descubrió que su labio inferior era más carnoso que el de arriba y se imaginó besándola.

Estaba enfermo.

Cayó en la trampa de mirarla a los ojos, unos tan profundamente marrones que, a pesar de ser un color muy común, tenían una chispa que los hacían diferentes. En ella existía algo que no había en nadie más.

Tuvo que parpadear para ser capaz de ver algo más, por último, su pelo enmarañado, escondiendo unos muelles que tenía por rizos. Le resultó extraño su color caoba porque Toms siempre prefería rubias.

Aunque, ¿quién podía negarse a una diosa como esa?

Wendy no pensó en lo desnuda que estaba hasta que un total desconocido abrió la puerta y se la quedó mirando. Con el pomo de la puerta entre sus dedos todavía, él jadeó contemplándola de arriba abajo.

Sin rastro de ropa.

Ella luchó por taparse, pero al tener las manos atadas le fue incapaz conseguirlo. Gritó al mismo tiempo que cerraba las piernas con fuerza para evitar que pudiera seguir viéndola de esa forma.

—¡Eh! ¡Córtate un poco! —le regañó Wendy.

Él la miró de abajo arriba sin ningún tipo de pudor. No fue guarro, no obstante, sí que notó cómo disfrutaba de las vistas y como se entretenía en algunas zonas más que otras.

Como si alguien lo despertase de un hechizo, aquel hombre tosió mientras reaccionaba y giraba la cara hacia un lado tratando de no mirar un cuerpo que había estudiado a fondo.

—Perdona, pero estás muy desnuda —se justificó.

Él no.

Gracias al cielo.

—Eso no te da derecho a mirarme —se quejó Wendy.

No se arrepintió ni un poco, de hecho, lo vio sonreír mientras se encogía de hombros como si nada.

—¿Qué querías? Abro la puerta y me apareces de frente así. Si me hubieras encontrado a mí así te hubieras empachado de verme.

Cierto.

Lo hubiera hecho.

—Culpa tuya por estar tan jodidamente desnuda —dijo con voz ronca.

Lo estaba, pero eso no era lo peor que podía pasarle.

—El imbécil de Toms se fue y me dejó atada al cabecero de la cama, por eso estoy tan desnuda —explicó Wendy con rabia y vergüenza.

De normal no se presentaba ante nadie con ese atuendo tan atrevido. Era una persona recatada que no perdía las bragas con el primero que pasaba. Aunque ya tenía una mala impresión de ella y eso no podía curarse.

Él volvió a mirarla en busca de cerciorarse de que decía la verdad.

Rio.

—Menudo capullo —comentó luchando por mantener sus ojos en sus manos.

Y descendió levemente a mirar a sus pechos.

—¡Cerdo! —gritó ella retorciéndose.

Él levantó ambas manos en señal de rendición, una que no iba a perdonarle por el atracón a mirar que se estaba dando.

—Lo siento, es que no puedo contenerme. Estás ahí tan puesta que casi me parece un juego sexual... Pero Toms es tan idiota que me creo que se haya ido dejándote tirada aquí —explicó tratando de taparse los ojos.

Acercándose a ella, Wendy jadeó con cierto miedo. No formaba parte de ningún juego sexual, era en lo que menos estaba pensando en aquel momento. Solo deseaba que la pudiera desatar para salir corriendo de allí.

—Ah, esas esposas no son un gran problema —comentó antes de mirarla a los ojos y callarse muy cerca de su cuerpo.

Wendy tembló un poco.

—¿Puedes abrirlas?

Él asintió.

—A decir verdad, son de estas de juguete y no hace falta llave. Menos mal porque no sé dónde la guarda y no quiero dejarte aquí desnuda todo el día —explicó sin moverse ni un ápice.

¿A qué esperaba?

¿Una invitación especial?

—¿Las abres? —pidió Wendy.

Lo vio reírse.

—Os lo habéis pasado bien, ¿eh? He encontrado en la cocina tu ropa interior, una que te recomiendo que quemes, y un tapón de nata...

Ahora ya podía morir.

Aquel hombre sabía que habían follado como auténticos animales durante horas y que habían empezado en la cocina.

Quería morir.

—Por favor... Abre esto para que pueda tirarme por la ventana de una vez —le rogó mirándolo directamente.

Ese hombre era guapo.

Muy guapo a decir verdad.

Era totalmente opuesto a Toms y eso lo hacía especial. Toms era el típico chico guapo, chulito y que sabía que lo era que hacía que todas las mujeres revoloteasen a su alrededor.

Ese hombre parecía diferente.

Notó una mano libre y gimió sin darse cuenta. Sonrojándose de los pies a la cabeza rehusó mirarle a los ojos para no fundirse allí mismo con el colchón. Su otra mano se liberó al momento y ella corrió a coger la sábana para tapar su desnudez a toda velocidad.

—Una pena, me gustaban las vistas —reconoció él apartándose.

Lo que le faltaba.

No pensaba jugar con nadie más.

—Soy Hank, por cierto —rio al darse cuenta de lo muy sonrojada que estaba.

—Yo... Wendy... —dijo tartamudeando un poco.

¿Quién podía culparla por ello?

Saltó de la cama casi tropezándose y luchó por no caerse al suelo para no volver a mostrarle el cuerpo a ese tipo que no parecía tener el menor rastro de vergüenza.

—Gracias.

Él asintió.

—Un verdadero placer —sonrió satisfecho.

Mostrándole lo divertido que había sido para él contemplar su cuerpo absolutamente desnudo.

Wendy contó hasta tres.

Después hasta diez.

Y lejos de calmarse, explotó.

—Oye, córtate ya un poco, ¿no? Que no me he desnudado delante de ti por gusto.

Hank asintió.

—No, solo has dejado que te aten y te dejen ahí tirada como a un perro. Después pides mi ayuda y esperas que no mire ni un poquito. Debería estar muerto de cintura para abajo para no mirarte.

Esa sinceridad tan brutal la dejó sin aliento.

—No tenías por qué mirar —le recriminó Wendy.

Hank no pareció arrepentido.

—Pues lo he hecho, supéralo. Encima me debes un favor porque te he desatado. —Sin dejarla hablar, continuó—. Además, si crees que estamos en desventaja podría desnudarme para ti.

Llevándose la mano a la camiseta se la arrancó a toda velocidad y sin reparos antes de que Wendy pudiera gritar un sonoro «no». Aquello lo ensordecía de tal manera que lo vio encogiéndose como si estuviera siendo atacado.

—Tranquila, solo empáchate, así no me acusaras de haberte mirado. Estaremos en paz.

La cabeza de Wendy iba a explotar, aquello era absurdo y, aun así, miró a ese desconocido y su pecho de guerrero salvaje que tenía. Supo que podía lavar a la piedra usándolo como lavadero, era fuerte y estaba tan definido que no pudo resistirse a mirar.

—¿Ves? Es algo a lo que no podemos negarnos —rio Hank.

No solo estaba fuerte, era guapísimo.

Ese cuerpo estaba hecho para lamerlo poco a poco, disfrutando cada arista que pudiera encontrar en el camino. Sus manos, grandes y anchas la animaron a suspirar imaginando lo bien que debían acariciar.

Y, por un momento, olvidó lo que estaba pasando en aquella habitación.

Lo miró a los ojos golpeándose con un verde tan claro que parecían azules. Además, a pesar de la distancia creyó ver algunas pequeñas chispas marrones en ese patrón de ojo tan singular.

Llevaba gafas, las cuales no ocultaban ese paraíso que tenía por ojos. No le daban aspecto intelectual, más bien de peligroso. Casi parecía un mafioso sin sentimientos capaz de matarte de una mirada.

Solo cuando sonrió se fijó en sus labios gruesos, aunque le sorprendió ver una pequeña cicatriz en la comisura derecha. No le importó, eso no cambiaba lo sexis que parecían.

—¿Te estás quedando a gusto? —preguntó Hank dándose cuenta de lo mucho que lo estaba mirando.

Wendy sonrió.

Su pelo corto estaba despeinado. Estaba claro que llevaba poco tiempo despierto, pero le gustó, lo volvía más salvaje. Era moreno, no obstante, parecía tener ciertos reflejos dorados, de esos que salen cuando es verano y vas demasiado a la playa.

—No mucho —mintió Wendy.

Él enarcó una ceja.

—Eso tiene fácil arreglo...

Llevando sus manos hacia la cintura, Wendy fue capaz de reaccionar antes de que ese inconsciente se bajase los pantalones y ropa interior. Gritó un sonoro «¡NO!» al mismo tiempo que lo sujetaba con fuerza.

—Yo creía que querías ver más —comentó Hank mirándola a los ojos, casi desafiándola.

Ella negó con la cabeza.

—Ya hemos tenido bastante.

¿Y por qué sentía que él parecía no haber acabado con ella?

Cortándole la respiración, se aproximó mucho a ella, tanto que dudó de si iba a besarla. Debió reaccionar, cierto, pero no fue capaz de hacerlo. Solo esperó a que Hank llegase a su oído para susurrarle.

—Al detenerme se te ha caído la sábana...

Aquello era horrible.

—Voy a irme de esta habitación antes de que me acuses de perverso —la advirtió rompiendo el contacto de golpe.

Tal y como anunció, salió de allí a toda prisa cerrando tras de sí. Le permitió tener espacio para sí misma y poner sus ideas en regla.

Wendy solo se miró a sí misma, desnuda completamente y pensó en todo lo que acababa de ocurrir.

Había sido surrealista.

E iba a matar a Toms.

CAPÍTULO 2



—Entonces, ¿ustedes se gustaron al conocerse? —preguntó el policía.

—¡NO! —gritaron los dos a la vez.

Al policía no le pareció eso. Más bien, cuando ambos lo contaban, parecía haber sido un momento único. Uno de esos en los que te enamoras a primera vista sin darte cuenta. De haber sido una película el tiempo se hubiera parado y una música cursi hubiera sonado de fondo.

Pero ellos parecían lejos a quererse.

—Bien, continúen por favor —les instó.

Wendy se vistió sin ponerse la ropa interior. Para conseguirla sabía que tenía que salir de aquella habitación envuelta en la sábana y lidiar con Hank. No era algo que estuviera dispuesta a hacer.

Tomando su móvil llamó a Toms, tres tonos más tarde aceptó que él no descolgaría la llamada y eso la molestó.

¿Cómo había podido dejarla allí tirada sin una explicación?

—Toms, me has dejado atada a tu cama y tu compañero ha tenido que desatarme. No sabes la vergüenza que he pasado. Voy a matarte cuando te vea —dijo Wendy enviándole un audio.

Nunca había tenido que vivir algo así.

Solo esperaba que no se repitiera jamás.

Tenía que salir de esa habitación le gustase o no. Ya solo porque quisiera salir de allí a toda prisa o para recuperar su ropa interior. Tenía motivos de sobra para correr en dirección al exterior.

Pero estaba Hank.

No quería encararlo.

Abrió la puerta muy lentamente, tanto que no pudo evitar que la muy vil chirriase como si llevase años sin engrasarse. Ahora sí que tenía claro que él sabía que estaba a punto de irse.

—Creí que te encerrarías ahí hasta la noche o hasta que Toms te rescatase —reconoció Hank saliendo de la cocina con una bolsa entre sus manos.

—No creas que no lo he valorado, pero he preferido salir. Total, ya más de mí no puedes ver —reconoció Wendy.

Pareció divertido con su frase, como si no se lo esperase.

No era solo una cara bonita, había algo más debajo de esa piel casi perfecta que poseía. Eso lo extrañó. ¿Había sido Toms capaz de ver lo que escondía tras su sonrisa?

¿Había rascado la superficie o se había conformado con el envoltorio?

Puede que se lo preguntase.

—Aquí tienes —comentó Hank tendiéndole la bolsa.

Ella, tras tomarla y asomarse, se sonrojó de nuevo. Sí, con unas pinzas de la cocina que tiraría, había cogido la ropa para meterla en ese plástico y así dárselo. Ya bastante vergüenza había pasado como para meterla en un aprieto de nuevo.

—Gracias, creo que las tiraré —reconoció Wendy.

Estaba de acuerdo con esa decisión.

Le congratuló saberlo.

—Bueno, será mejor que me vaya ya. Gracias por desatarme —dijo jugueteando nerviosamente con la bolsa entre sus manos.

No la culpó.

Tal vez no la volvería a ver nunca más. Los juguetes de Toms duraban muy poco y eso, en algunos casos, estaba bien. Puede que esa vez quisiera que ella viniera algún día más.

—Cuídate —se despidió Hank.

—Igualmente.

Y ya está.

La vio marchar a toda velocidad como si él fuera el lobo y ella la caperucita. Solo que este cuento era diferente porque la caliente caperucita no le llevaba dulces a la abuela precisamente.

Con una sonrisa entre los labios, sacó su móvil para marcar a Toms.

—Dime —contestó su compañero.

¡Al fin!

—Te has dejado un regalo en la cama, uno que no creo que vuelva a llamarte nunca más —explicó con una risita burlona.

Tomando una garrafa de lejía, Hank fue hacía la cocina dispuesto a desinfectar aquella fiesta de gérmenes que iba a atormentarle durante muchísimo tiempo. No quería saber dónde se habían apoyado.

—¡Joder, Wendy! —exclamó cayendo en la cuenta.

Sí.

Wendy.

Y tremenda Wendy.

—Tío, la has dejado atada. Estaba desesperada y... desnuda.

La risa de Toms lo molestó. Fue como si se burlase de una situación que había sido extraña de verdad.

—Está buena, ¿eh? —preguntó Toms.

Eso esa quedarse corto.

Decidió ponerse auriculares para poder continuar así con la conversación. Aquella cocina necesitaba su desinfección de inmediato. Y fue así como desenfundó unos guantes nuevos y se puso manos a la obra.

—Respetar las zonas comunes con la próxima. En la cocina se come, no se folla —le regañó Hank.

Llenó un cubo de agua bien fría mientras trataba de encontrar una bayeta entre esos cajones que Toms había desordenado buscando algo. Jamás preguntaría qué había estado buscando.

Jamás.

—¿La próxima? Con Wendy voy a repetir unas pocas veces más —concluyó Toms.

Iluso.

Una mujer no pasaba una vergüenza así y regresaba a la escena del crimen como si nada.

—No creo que te mire a la cara después de hoy. Yo no fui el mejor caballero precisamente tampoco. No sé si empeoré las cosas —reconoció Hank.

No podía culpar exclusivamente al imbécil de su amigo.

—La tengo comiendo de mi mano. Me arrastraré un poco y volverá a dejarme meterme entre sus piernas.

Toms le resultó repugnante en ese preciso instante. No supo explicar los motivos, pero hablar así de cualquier persona era realmente horrible. Merecía mucho más respeto del que estaba mostrando.

—Si fuera lista saldría corriendo en dirección contraria. Además, ¿por qué repetir? Tú no eres muy de esos precisamente —comentó Hank.

No supo los motivos por los cuales estaba tratando que su amigo se olvidase de esa mujer. Quizás porque le parecía mucho más imbécil que de costumbre. Era un buen amigo, se podía contar con él para todo.

No obstante, en tema de mujeres era alguien detestable.

—No seas paternalista, Hank. ¿O es que te da envidia que pueda calzarme un cuerpazo así? —bromeó Toms.

Idiota al cuadrado.

Sin más.

—No voy a negar que es guapa, sin embargo, no es eso. Quizás te convenga una más superficial... Menos... Ella.

¿Qué estaba diciendo?

Sí, lo que en realidad quería decir es que se buscara otra cara bonita a la que no le importase que la usasen. Que se beneficiaran el uno del otro y sacaran provecho de la situación antes de seguir con sus vidas.

Wendy no le parecía de ese tipo de chicas.

—Es como todas. Me vio cantando en el local de Strach y se le mojaron las bragas. Y eso que tú no tocaste, ese en el que estabas tan enfermo que no pudiste bajar —explicó Hank.

¡Oh!

Ahora sabía dónde y cuándo la había conocido.

La magia de la banda.

Eran un grupo de cuatro chicos cantando canciones de amor y desamor. Unos que se ganaban la vida bastante bien cantando por todos los países del mundo. Bueno, quizás no todos, pero sí los suficientes.

Eran conocidos.

Aunque Wendy no reaccionó como el resto.

Las fans solían gritar, tirar prendas de su ropa interior y tratar de enamorarlos de todas las maneras. Ella parecía ajena a todo ese huracán de estrógenos al que estaban acostumbrados.

—¿Nos conocía de antes? —preguntó Hank.

Toms habló con alguien de su alrededor, firmó un autógrafo, se hizo una foto y siguió con la conversación como si nada.

—No. Me dijo que fue a vernos por una amiga que quiso que la acompañase —contestó.

Eso tenía sentido.

Mucho.

—Deja que me divierta con ella un poco más y, si te ha gustado, puedo dejártela un poco.
Las palabras de Toms lo enfurecieron.

—No es un juguete, es una persona que siente y padece.

—Sí, papá —canturreó Toms.

No lo escuchaba. Nunca lo había hecho y eso no iba a cambiar por mucho que lo intentase en aquellos momentos. Él jugaba con las mujeres como si estas fueran cartas coleccionables.

Y él no podía opinar.

Wendy debería arreglárselas sola.

CAPÍTULO 3



—Me vio desnuda completamente. ¿Te lo imaginas? Yo creo que sigo en «shock» —berreó Wendy al teléfono.

Bonnie, que no tenía el mismo concepto de vergüenza que ella, gritó como una grupie totalmente enloquecida. Tuvo que apartarse el teléfono de la oreja para que no le perforase el tímpano y contó hasta diez.

—Tía, tendrías que habértelo tirado. ¿Sabes la de chicas que hubieran matado por estar en tu lugar? —preguntó Bonnie con auténtica locura.

Seguramente muchas, pero ese no era el punto.

Ella no era así.

—Yo no me acuesto con el primero que pasa —le recordó Wendy.

Un nuevo grito provocó que diera un respingo y mirase a su teléfono con la idea de que su amiga iba a ser capaz de atravesarlo. Si eso ocurría iba a correr todo lo posible para evitar que la atrapase.

—No es cualquiera, es Hank, el mejor guitarrista de los últimos años. Lo descubrió un cazatalentos cuando tocaba en el metro por unas monedas y ahora es uno de los hombres más ricos e influyentes del mundo.

Y le había visto las tetas sin siquiera despeinarse.

El muy canalla.

Cierto era que la había desatado, aunque antes se había dado un fuerte atracón con ella. Con esa mirada capaz de desnudarte, algo que, por otra parte, con ella no hubiera hecho falta.

—¡Oh, claro! En ese caso espera que me doy la vuelta y le pido que me la meta —ironizó Wendy.

No pensaba hacerlo.

—Yo lo haría —confesó Bonnie.

Sí.

Se lo creía.

—Lo sé.

Colgaron después de un par de trivialidades. Era domingo, estaba resacosa y pegajosa por culpa de la nata. Solo deseaba llegar a su minúsculo apartamento para ducharse y quedarse en remojo durante horas.

Después pediría una pizza para comer, perrearía un poco en el sofá y se vería alguna serie.

Su teléfono comenzó a vibrar, lo que provocó que Wendy mirase la pantalla deseando que no fuera Bonnie suplicándole por la dirección de aquellos chicos. La veía capaz de colarse para robar unos pelos de los cepillos y vender su ADN.

Para su suerte no era ella.

Era Toms.

Suspiró con desagrado.

Cierto era que lo había llamado después del encuentro de Hank, pero sospechaba que había sido solo por protegerse mentalmente. Era entablar una conversación para salir de esa habitación teléfono en mano sin tener que lidiar con él.

Eso no había pasado.

Vio como la pantalla se fundía en negro cuando la llamada se cortó. Otro chico lo hubiera entendido a la primera, no obstante, Toms no parecía de esos porque volvió a insistir.

Y así cuatro veces más.

—¿Qué?! Podrías pillarlo a la primera —exclamó Wendy descolgándole.

Toms jadeó.

—Soy un perro, perdóname. Estaba tan pedo todavía esta mañana que no me acordé de que seguías atada. Tenía un compromiso y salí a hurtadillas esperando ser lo suficientemente rápido como para que, al volver, siguieras en mi cama —explicó.

Ese imbécil sabía dar buenas excusas.

—¿Que compromiso? ¿Un domingo? —preguntó sin rastro de piedad.

Podía ser el cantante de una banda o el mismísimo rey del mundo. Nadie la dejaba atada a una cama a merced de su compañero de piso. ¿Y si llega haber sido un enfermo sexual?

—Tenía que recoger papeleo sobre la gira que estamos preparando. Ya sabes cómo va eso, llaman cualquier día y soy la imagen de la banda. Tenía que ir.

No, no sabía cómo iba eso y por eso él lo usaba.

«Si fueras lista lo mandarías a la mierda». Pensó Wendy.

—¿Y por qué no me lo dijiste por la noche? No me hubiera importado esperarte, pero no atada y desnuda —le regañó.

Lo escuchó tragar saliva, su voz arrastraba culpabilidad y parecía real. No era un papel, estaba arrepentido de verdad por haber concluido aquel encuentro sexual en una experiencia tan estrambótica.

—Soy lo peor, cúlrame toda la vida, pero déjame recompensarte para no sentirme tan gilipollas —pidió Toms.

¿Qué podía hacer?

—No, gracias. Estuvo bien, sin embargo, vamos a dejarlo aquí.

Era una mujer fuerte.

Debía demostrarlo.

—Solo te pido un día. Déjame quedar contigo una sola vez y compensarte por lo capullo que he sido. Déjame hacerlo bien esta vez, por favor, Wendy —suplicó como si estuviera de rodillas.

En su mente lo estaba.

Pidiéndole clemencia cuando no se lo merecía ni un poco.

Ella supo entonces que debía colgar y no volver a hablarle. Esa era la teoría, fácil de decir y muy difícil de ejecutar. Eso hubiera requerido empeñarse de verdad en desearlo y, en parte, el sexo había sido bueno.

Puede que pudieran olvidar lo sucedido hoy.

—No más esposas, ¿de acuerdo? —preguntó Wendy, cediendo.

Él pareció aullar al cielo de alegría.

—Por supuesto, gracias, nena. De verdad, me acabas de hacer muy feliz —dijo Toms.

Sí.

Al menos eso parecía.

—El viernes paso a buscarte, ¿vale? No te arrepentirás —prometió Toms.

Eso esperaba ella.

Miró al cielo antes de contestar porque no tenía muy claro si lo que estaba a punto de decir iba a ser bueno o no.

Una cosa tenía clara: debía ser más valiente.

Siempre había visto la vida tras los ojos de los demás. Las citas de Bonnie, las aventuras de sus amigas, pero ninguna de ellas era en primera persona porque tenía miedo a fracasar, a perder.

A que pudieran romperle el corazón.

Ellos no se habían jurado amor eterno, era solo sexo con un hombre que parecía ser alguien deseable.

Las chicas se tiraban a sus pies y la había mirado a ella por encima de todas. Por algo sería.

¿No?

—De acuerdo, Toms —aceptó finalmente.

—Eres la mejor.

Le prometió una noche por todo lo alto, hablaba tan rápido que apenas fue capaz de comprender lo que le decía. Solo sonrió sabiendo que esa cita iba a ser inolvidable, diferente a todas.

Solo porque Toms quería arreglarlo con ella.

No era un polvo más.

«Cautela». Le dijo su propio corazón.

Justo al colgar recordó que iba camino a casa, que tenía que llegar y ducharse de una vez antes de que la nata se fundiese en su piel y fuera imposible sacarla de allí. Además, tenía que poner a Bonnie al corriente de las novedades.

Iba a gritar loca de alegría.

—¿Ves? Te lo dije, come de mi mano —anunció Toms después de colgar.

Hank había sentido dolor en su pecho viéndola caer en la trampa que su propio amigo le había tejido a su alrededor. Había sido sigiloso, agasajándola poco a poco hasta que fuera imposible negarse.

Era un cerdo.

—Con la cantidad de chicas que hay en el mundo, ¿por qué ella? —preguntó Hank.

Toms se lamió los labios.

—No he tenido sexo así en la vida. Está a otro nivel —confesó.

Lo estaba, pero no por ese tema.

Lamentablemente se estaba dejando llevar por la purpurina brillante que había alrededor de Toms.

—Yo solo pido que dejéis mi cocina en paz —pidió Hank.

Toms rio.

—Prometido, no volveré a llevarla allí. Mi cama será la única testigo de lo mucho que voy a disfrutar.

No existían los remordimientos para alguien como él.

—¿De qué habláis? —preguntó Mattia.

Era el batería de la banda, el cual llevaba una semana desaparecido después de pasar unos días con su familia. Siempre lo hacía después de trabajar duro, paraba el mundo para estar con ellos.

Y ahora parecía haber regresado al piso.

—Toms dejó una chica desnuda y atada en su habitación, tuve que desatarla. También creí que sería lista y correría en dirección contraria a nuestro amigo, pero he sido testigo de cómo caía en sus redes —resumió Hank.

A Mattia no le gustaban los rollos largos.

—Pero no es una chica cualquiera, tío. Está buenísima, vale la pena volver a estar con ella —confesó Toms.

Mattia, que seguía atónito con ambos, los miró de forma intermitente tratando de comprender lo que le decían.

—Uhh... Pobre infeliz —sentenció.

Hank creyó las palabras de su amigo.

La habían conducido al matadero sin darse cuenta.

Solo esperaba que tuviera claro que no había corazón en aquellos encuentros, solo sexo.

Vale, visto así sí podía reconocer que estaba un poco celoso por no ser él quién tuviera una cita.

Estaba loco.

Nadie la había impresionado en pocas palabras tan rápido. Y ella se había fijado en el imbécil de Toms. Aquello era un plan maestro.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Mattia cuando Toms se fue a duchar.

¿Tenía que ser sincero?

—No es solo una cara bonita —concluyó Hank.

Tal y como se temía...

—Sal de ahí antes de que todo te salpique, tío. Tu vida va mucho mejor cuando eres de hielo y lo sabes. Sales indemne de todo —recomendó Mattia.

Y tenía razón.

CAPÍTULO 4



Eso era una alucinación.

Wendy se pellizcó la mejilla mientras trataba de asimilar la enorme limusina que Toms había traído para recogerla. Sabía que esa cita era especial, pero jamás hubiera imaginado algo semejante.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó mientras seguía sin ser capaz de parpadear.

Nunca había estado tan cerca de una, era tan maravillosa que le dio miedo estropearla de alguna forma. Tragó saliva al mismo tiempo que Toms se acercó a ella luciendo una enorme sonrisa.

—Te dije que te compensaría —aseguró antes de besarla.

Cierto.

Estaba en una nube. Nada de aquello era normal.

Casi como si de un cuento de hadas se tratase.

—Y ahora vamos a cenar en el mejor restaurante de la ciudad. A ver si así hago que te olvides de ese incidente en mi casa.

Ese «incidente» del que hablaba como si no fuera gran cosa se llamaba Hank y la había visto completamente desnuda. Después de su interacción no les había quedado nada para la imaginación.

Eso no se olvidaba así como así, no obstante, Wendy pensaba disfrutar de esa noche como ninguna otra.

No todos los días se presentaban en tu casa con una enorme limusina.

Sería tonta si no le diera una oportunidad.

La noche transcurrió de lo más mágica. Toms fue el perfecto caballero llevándola a uno de los lugares más mágicos del mundo. También habían visto algún periodista que les había robado alguna foto, sin embargo, ya tendría tiempo para lidiar con eso.

Por el momento esa noche estaba siendo la mejor de toda su vida.

¿Cómo no perdonarle después de eso?

—¿Pasamos por mi piso? —preguntó Toms una vez regresaron a la limusina.

Wendy se tensó.

—No lo tengo muy claro... —titubeó ella.

Él, sonriendo, acunó su rostro antes de besarla.

—Nada de sexo hoy. Quiero presentarte a parte de la banda y esta vez de la forma correcta —explicó.

Tenía sentido.

Eso no quitaba que enfrentarse a Hank no le apetecía lo más mínimo.

—No lo tengo claro, Toms...

No podía mirarlo a los ojos de nuevo.

Él, zalamero como nadie, tomó sus manos entre las suyas y las apretó con cariño proporcionándole ese ánimo y valentía que necesitaba.

—Irás bien, te lo prometo, confía en mí.

Iba a derretirse por momentos con ese hombre.

¿Cómo era capaz de perder el sentido con cuatro palabras bien dichas?

Accedió asintiendo sin estar convencida del todo. Después de una noche como esa quizás estaba bien conocer a los compañeros de Toms. Ese era un paso importante en el que no había pensado suficiente.

Ya lo haría al regresar a casa.

Ya tendría tiempo para torturarse a sí misma. También tenía a su amiga Bonnie para que la animase a hacer las mayores locuras del mundo.

Pues allá iban.

Directos a la boca del lobo.

Para cuando Wendy bajó de la limusina ante el edificio de Toms las piernas le temblaban. No hacía frío lo que significaba que estaba un poco nerviosa por ese encuentro tan precipitado.

Por suerte él no permitió que el miedo la doblegase. Envolviéndola con su brazo sobre sus hombros, tiró de su cuerpo hasta apretarla en su cálido pecho. Ese gesto la hizo sonreír.

—Vamos, no muerden, te lo prometo —la animó.

Eso no lo tenía muy claro.

Conocer a Hank la había frito las cuatro neuronas disponibles que le quedaban. Tal vez un segundo asalto iba a ser demasiado para ella.

Mattia llamó a la puerta de Hank por pura cortesía porque, sin esperar a que dijera algo, abrió sin rastro de remordimiento alguno. Le señaló el reloj como si eso significase algo importante.

—Toms ha mandado un mensaje al grupo —le indicó.

Pasaba de su compañero.

Que disfrutara de la cita.

—Y eso debería importarme, ¿por? —preguntó Hank sin rastro de ánimo.

Aquella infeliz había caído en su trampa como una mosca en una telaraña. Había sido tan fácil que se había llegado a plantear el equivocarse al valorarla. No era especial, era una más que veía la purpurina alrededor de la fama que tenían como banda de rock.

Lo que menos quería después de eso es que le dieran detalles. No tenía el estómago fuerte para eso y vomitaría.

—Están subiendo y nos va a presentar como los niños buenos que somos —sonrió Mattia.

A Hank le hicieron falta un par de segundos para comprender lo que eso significaba. Esa chica iba a entrar de nuevo en su piso.

Ya.

Inmediatamente.

Eso provocó que saltase de la cama, que lanzase el libro electrónico que estaba leyendo y se mirase en el espejo para asegurarse de que estaba presentable. Aunque, por otra parte, tampoco debía importar la ropa ya, ¿no?

—¿No iba a tirársela un par de veces y dejarla? ¿Para qué coño nos la presenta? —gruñó Hank—. Yo este ritual no pienso hacerlo con todas sus parejas sexuales. Me importa muy poco que quiera impresionarlas.

Mattia asintió.

—Supongo que quiere limar asperezas después del incidente que tuvisteis. Ya sabes lo impredecible que es Toms —explicó su amigo.

Lo era.

Como también estúpido.

—¡Hola, chicos! —exclamó Toms abriendo la puerta del piso.

Hank puso los ojos en blanco. No le gustaban aquel tipo de trivialidades, él prefería ser directo. Sexo sin ataduras era eso, no torturar a tus compañeros de banda a pasar un rato incómodo para no volver a verla.

Solo cuando Mattia lo señaló con un dedo se tensó.

—Compórtate, ¿vale?

Él se señaló.

—¿Yo? Si soy la personificación de la educación y la calma —mintió Hank.

Fue a salir de la habitación y se topó con un Mattia que le cortó el paso unos segundos. Aquella noche iba a ser un tormento si seguían por ese camino y su compañero no ayudaba.

—Lo digo de verdad, Wendy no se merece al Hank desagradable que tú y yo conocemos —le regañó.

Puede que tuviera razón.

Solo «puede».

Cedió suspirando.

—Vale, seré el niño más bueno del piso. ¿Satisfecho? —preguntó Hank.

—Solo cuando lo vea —contestó Mattia.

Aquella noche iba a ser una maldita pesadilla. Tendría que haberse ido por ahí y estar lo más lejos de su casa posible, pero no, había preferido una noche tranquila. Una que Toms iba a truncar como tan bien sabía hacer.

Le molestaba ese comportamiento cuando tenían claro que la chica no iba a durar, esas banalidades eran absurdas.

¿En qué pensaban?

Mattia le removió el pelo con fuerza.

—Péinate, anda, antes de salir —le ordenó.

¿En serio?

—De acuerdo, papi —canturreó.

Fue hacia su cuarto de baño para hacerle caso sin tener muy claro los motivos. Permitía que Mattia asumiera aquel papel paternalista que tanto odiaba y lo seguía a pies juntillas.

—¿Chicos? —insistió Toms.

Tal vez si se tiraba por la ventana se libraría de aquel encuentro.

—Ahora salimos, nos estamos poniendo presentables —comentó Mattia ganando algo de tiempo.

Con una sonrisa estúpida, Hank sacó la cabeza de su cuarto de baño y miró a su compañero.

—No es que a ella le importen mucho esas formalidades cuando nos conocimos —rio. Mattia lo fulminó con esa mirada que ninguno de la banda quería recibir.

—Valeeee, ya me peino.

—Y vas a ser un niño bueno —recordó Mattia.

—Eso está por ver —murmuró Hank para sí mismo.

CAPÍTULO 5



Cuando Wendy vio salir a los dos hombres de la habitación su respiración se entrecortó en seco. Ahora sí tenía claro que no había sido buena idea acceder a la petición de Toms.

Tenía que salir de allí.

Impulsivamente retrocedió un par de pasos antes de que su acompañante la alcanzase dulcemente. La tomó del brazo y la aferró a su cuerpo dándose cuenta de sus deseos de marcharse.

—Wendy, te presento al batería de nuestra banda, Mattia y al guitarrista que ya conoces... Hank. Chicos, os presento a Wendy, una amiga.

Un jarro de agua fría cayó sobre ella cuando escuchó la palabra «amiga».

Habían tenido sexo y, después de esa noche, creía haber escalado de posición por mucho que ambos se hubieran prometido libres de ataduras. Fue decepcionante escuchar que era una mera amiga.

Tragó saliva luchando disimular aquel sentimiento agrídulce que notó en la boca del estómago.

—Es un verdadero placer, Wendy. Me han hablado mucho de ti —comentó Mattia yendo hacia ella.

Se dieron un par de besos protocolarios y se sonrieron cordialmente convirtiendo en aquella presentación como insulsa, casi irreal. Parecían dos actores diciendo su papel con ganas de abandonar el escenario.

—No quiero saber lo que te han contado porque miedo me da saberlo —reconoció Wendy con un risa nerviosa.

Mattia sonrió comprendiendo a lo que se refería.

Asintió.

—Sí, mejor que dejemos esos temas apartados. Quiero formarme yo una imagen de ti con mi propia experiencia y no por lo que puedan contarme —explicó el batería.

Madre mía.

Ese hombre valía oro.

Eso destensó los nervios de sus hombros, relajándolos al instante.

—Gracias.

Pero después llegó Hank, el cual le dio dos besos a la velocidad de la luz y se alejó unos pasos como si ella fuera la portadora de una enfermedad incurable.

—Hola de nuevo —le dijo.

Sí.

Recordándole ese momento.

—Hola.

La tensión se podía cortar con un cuchillo, fue tal que todos los presentes dejaron de respirar al momento como si el aire se hubiera vuelto tóxico.

—Hemos traído postre, ¿os apetece? —preguntó Toms cortando ese momento tan poco agradable.

Todos volvieron a respirar.

—Eso sería fantástico —declaró Mattia.

Ese hombre era la bondad personificada.

Toms le tendió la bolsa con casi ocho postres distintos para que todos los probasen. Tal vez era una forma de chantajearlos de alguna forma para que se portasen bien durante toda la velada.

Hank, que asomó la cabeza en la bolsa, sonrió sacando uno, el que parecía ser su favorito.

—Te has acordado —dijo con alegría.

—Claro que sí.

Rebuscó más en la bolsa segundos antes de que Mattia le diera un sonoro tortazo en la mano para que se comportase. Hank lo fulminó con la mirada, pero eso no amedrentó al batería.

Él parecía ser el que llevaba el control de la situación.

—Deja de meter tus manazas y vamos a servirlos en platos para todos —explicó Mattia con cierta calma.

Toms, por su parte la instó a ir hacia la mesa para que tomase asiento mientras sus compañeros lo preparaban todo. Siendo un perfecto caballero, le retiró la silla y se la acercó cuando quiso sentarse.

—Gracias.

Ambos se miraron con auténtico deseo.

Estaba siendo una buena noche a pesar de todo.

—Oye, chicos... —dijo Hank asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

Ambos lo miraron atraídos por su voz.

—¿Os pongo nata? Como sé que os gusta tanto... —bromeó antes de recibir una sonora colleja por parte de Mattia.

Hank se encogió llevándose la mano hacia el golpe y después giró para enfrentarse a su amigo.

—¡Eh! ¡Eso duele! —se quejó.

—Más va a doler si sigues por ese camino —lo amenazó.

Supo que había palidecido después de la frase de Hank, notó perder color en las mejillas al mismo tiempo que recordaba haber llenado el cuerpo de Toms de nata. Aquel malnacido, que había encontrado el tapón, lo sabía.

Ahora sí que necesitaba tirarse por la ventana.

Levantándose casi de un salto, miró a su alrededor como si tratase de encontrar la salida de emergencia para un momento como ese.

Toms le cortó el paso luchando por calmarla.

—Tranquila, Wendy —le pidió.

Que se calmase su madre si quería, ella solo quería regresar a casa.

—No quiero estar en la misma habitación que tu amigo —confesó sinceramente.

Poniendo sus manos sobre sus hombros respiró profundamente incitándola a ella a imitarlo. Lo hizo y el miedo pareció alejarse poco a poco, tras unas pocas más la calma regresó.

—Se va a comportar, te lo prometo.

Ojalá.

—¿Va todo bien? —preguntó Mattia cargado con dos platos.

Ambos lo miraron como si acabasen de pillarlos cometiendo un crimen o algo semejante.

—Sí, todo perfecto —mintió Toms.

Se sentaron mientras Mattia y Hank pusieron la mesa poco a poco. A cada paso que daban Wendy sintió acelerarse a su corazón. No había sido buena idea subir esa noche, lo mejor hubiera sido ir a su piso y rematar la noche con un buen polvo.

—Bien, Wendy, háblame de ti —pidió Mattia después de repartir un poco a cada uno.

Wendy se paralizó unos segundos.

—Bueno, no tengo muy claro qué decir de mí porque no será tan interesante con lo que podáis contar vosotros. Competir con los componentes de una banda mundialmente famosa es difícil —reconoció.

Mattia, que pareció investigarla con la mirada, tomó una servilleta y se limpió la boca con sumo cuidado.

—Por suerte no es una competición, así que no puntuaré nada de lo que me cuentes.

Esa era una suerte.

Asintió aceptando los términos.

—Soy diseñadora gráfica, me muevo en la creación de páginas web, identidad de marca y algo de publicidad. Teletrabajo, lo que es un arma de doble filo porque estar en casa a veces se hace algo tedioso, pero es un gran aliciente y te obliga a pasar muchas horas delante de un ordenador —explicó como si en una reunión se tratase.

Su voz neutra arrastró cualquier emoción que pudiera escapársele. Adoraba su trabajo y había luchado mucho para estar donde había llegado, no obstante, no disfrutaba explicando los pormenores de su trabajo.

—Eso es muy interesante, me gusta —comentó Mattia.

No es que su aprobación fuera importante, pero sí la calmó un poco.

—¿Y te gusta el mundo de la música ahora que lo conoces desde dentro? —preguntó Hank.

No se derriñó cuando sus compañeros lo miraron con cierto descontento. Él siguió sonriéndole como el niño bueno que no era mientras se llenaba la boca de brownie de chocolate.

—La verdad es que no conozco vuestro mundo. Solo escucho la música que me gusta y ya. Aunque reconozco que formar un grupo y no mataros debe ser difícil —contraatacó Wendy.

No era una damisela en apuros.

Podía morder si se lo proponía.

—¿Y qué estilos te gustan? —continuó Hank.

Ella, haciéndole esperar, tomó agua antes de contestar.

—Muchos, aunque no me convence cuando la guitarra eléctrica destaca demasiado. Es como un intento de robarse la atención del resto y del cantante.

Sí.

Acababan de declararse la guerra allí mismo.

Y no existía tregua posible.

—Eso es porque no tienes buen oído musical —contestó Hank.

—Sí, es posible. Pero he estado escuchando a cierto grupo últimamente y me parece que el guitarrista solo araña las cuerdas como un gato a su rascador. Seguro que existen muchos buenos guitarristas, pero este en concreto no parece tener buen manejo de su instrumento.

Mattia contuvo la risa al mismo tiempo que Toms la miró totalmente blanco. Hank, por su

parte, solo apoyó su mentón en su mano asintiendo mientras la miraba sin pestañear lo más mínimo.

Casi parecía que competían.

—Tal vez te enseñe lo que es tocar la guitarra de verdad para que valores la buena música. Y si te traigo del lado oscuro podré sumarme un tanto mucho mejor que «otros»... —explicó Hank con voz profunda.

¿Estaba hablando de música?

Los labios de Wendy se entreabrieron pensando otra cosa.

—Suficiente azúcar por hoy. Tiempo muerto, ¿no crees, Toms? —preguntó Mattia.

Este reaccionó rápido.

Asintió levantándose de golpe y tendiéndole la mano a Wendy se dispuso a sacarla de allí antes de que ellos se sacaran los ojos con cucharas de postre.

—¿Quieres ver la terraza? Te prometo que es espectacular y tiene las mejores vistas de toda la ciudad —dijo Toms.

Wendy asintió encantada.

—Por supuesto —aceptó tomándole la mano.

El aire se volvió respirable cuando se separaron de Hank, dándose cuenta de que habían estado a segundos de explotar.

CAPÍTULO 6



—¿Esta es tu forma de portarte bien? —preguntó Mattia recogiendo los platos sobrantes. Hank, que engullía brownie como si fuera el último en la tierra, asintió.

—He sido majo, tal vez me he pasado un poco, pero ella también —contestó con la boca llena.

Su amigo le dio con un plato en la cabeza, con suavidad y suspiró con pesar.

—A mi forma de ver, se estaba defendiendo de ti —se sinceró Mattia.

Eso fue como dispararle en el pecho sin verlo venir.

Levantándose con el orgullo herido, fingió ser apuñalado mientras se manchaba con la cuchara llena de chocolate.

—Estás de su parte —dijo con horror.

Pareció ignorarlo porque fue a la cocina dispuesto a poner en el lavavajillas lo que habían manchado.

—No es una guerra, no hay que tomar parte de algún bando. Es solo una chica, sé amable, buen niño y cuando se olvide de ella no la volverás a ver —le recordó.

Sí, a Toms no le duraban mucho.

Pronto tendría otra víctima bajo sus encantos.

Rindiéndose ante las palabras de Mattia, supo que se había comportado como un auténtico capullo. Decidió echarle una mano enjugando los platos prometiendo ser mucho mejor de lo que había sido.

—Después te disculparás —ordenó.

Eso sí que no.

Se enfadó.

—¡Eso es pasarse! ¡No lo haré! —exclamó Hank realmente molesto.

Esa era una petición que no tenía sentido. Estaba loco si pensaba que él iba a disculparse con Wendy, antes se congelaría el infierno.

—¿Qué te pasa con ella, tío? ¿Por qué te enfada tanto que esté con Toms? Nunca antes te ha importado ninguna de las chicas que se liga.

Mattia era bueno llegando al problema central de las cosas.

Esas que querían esconderse.

—No me pasa nada —mintió.

Pero su compañero ya lo había marcado como presa, no iba a poder librarse por mucho que quisiera intentarlo. Era el mejor metiendo el dedo en la herida y hurgar hasta conseguir hablar.

Hubiera sido buen interrogador de haber seguido siendo policía.

—Es más que evidente que ella te remueve algo.

—Sí, el estómago —contestó Hank.

Mattia le tiró un trapo de la cocina a la cara en señal de advertencia.

—Vale, puede que me enfade que haya caído en las redes de Toms. Después de dejarla atada y abandonarla, ha vuelto a él como un perro faldero —explicó con cierto tono de rabia.

Así.

Sin más.

—¿Y eso te molesta por? —inquirió Mattia.

Hank suspiró.

—Cuando la conocí, apartando lo evidente que tiene un cuerpazo de infarto, creí ver algo especial en ella. Fue como si ella fuera distinta a todas, no era una fan loca por tirarse a su ídolo o movida por la codicia de estar con alguien con poder, me pareció alguien real, normal... No sé...

No sabía cómo explicarse.

—Te pareció especial y estar con Toms la degrada a ser solo un objeto. ¿No es así?

Sí.

Ese era el punto.

—No las ve como personas, solo como cromos a los que coleccionar. Seguro que está con ella porque no tenía ninguna de ese color de pelo —se quejó Hank.

Mattia le quitó el último plato de sus manos. Con calma lo enjuagó y lo metió en el lavavajillas. Después, en total silencio, le puso detergente a la máquina y la encendió bajo la atenta mirada de su compañero.

—Solo puedo decirte que ya es mayorcita para elegir con quién está. No huirá de Toms solo porque te metas con ella. Déjalos que se diviertan, tal vez han establecido esos términos. Son adultos, quieren sexo y después se olvidarán, no les jodas el juego solo porque creas que merece algo mejor —explicó Mattia.

Jodía reconocerlo, pero tenía razón.

No conseguiría alejarla de él. Además, no parecía querer ser salvada. Tal vez conocía los términos de esa relación y solo era un juego para ambos.

Salieron de la cocina viendo como los tortolitos estaban en la terraza besándose acaloradamente. Eso borró su humor por completo regresando ese enfado irracional que lo golpeaba con fuerza.

—Si vuelve a dejarla atada, la sueltas tú —escupió Hank.

Poco antes...

—Lo siento mucho, Toms. No me he podido contener. No sé qué le pasa conmigo que le hubiera estrellado el brownie a la cabeza —explicó Wendy realmente avergonzada por su actitud.

No había sido una buena invitada y se había metido con la forma de tocar de Hank.

Eso era imperdonable.

—No te preocupes por eso. A Hank le va eso de pinchar al resto del mundo, por una vez que sea él el que recibe no le va a pasar nada malo. Así aprende para la próxima vez que os veáis —

declaró Toms tomándola de la cintura.

Eso significaba que...

¿Habría más veces?

—¿De verdad que no te enfadas? No quise ser una perra mala —dijo Wendy realmente atormentada.

Callándola con un profundo beso fue incapaz de detener sus manos. Lo tomó por la espalda clavando sus dedos en ella mientras se devoraban el uno al otro con hambre, demasiada.

—Me ha puesto cachondo ver como lo ponías en su sitio. Eres increíble.

Y él era un adulator que te hacía sentir bien con cada palabra que soltaba.

Besándose de nuevo estuvieron unos segundos calentando el ambiente de tal forma que parecía verano en pleno invierno. Para cuando se separaron tuvieron claro que deseaban más de ellos.

De pronto Toms rio.

—Yo había salido aquí para enseñarte la terraza —confesó.

Cierto.

Wendy miró a su alrededor sorprendiéndose de las majestuosas vistas de aquel lugar único en el mundo. Con la ciudad a sus pies, aquel ático era la envidia de cualquiera. Las luces se abrían ante ella formando un paisaje único.

—Esto es espectacular —dijo Wendy realmente sorprendida.

Caminó por aquel lugar dándose cuenta de que era mucho más grande que su piso. Bueno, casi todo lo era, pero era sorprendente.

Tenían césped artificial decorándolo todo, además de unos asientos de madera que resultaban la mar de acogedores. Después disfrutó de las luces que simulaban fuego por toda la terraza.

Daban la luz justa para ver y no deslumbrarse.

Pero la joya de la corona fue ver que, al final, tenían una gran piscina.

—¿Tenéis piscina? —preguntó sin creerse lo que veía.

—Sí, pero no la usamos mucho —reconoció Toms.

Wendy no se resistió y fue hacia ella. Era sorprendente que en un lugar tan alto hubiera algo como eso. Rio al contemplarla metiendo una mano en el agua para asegurarse de que era real.

—Está caliente —anunció con sorpresa.

—Sí, Mäel se empeñó en que fuera climatizada. A decir verdad él y Hank son los únicos que la usan —explicó.

Mäel debía ser el último integrante de la banda. Por internet, en una búsqueda rápida, había visto que se trataba del bajista. El más joven de todo el grupo, aunque con un talento espectacular.

—¿Y dónde está? —preguntó Wendy.

Toms, que vio que ella empezaba a tener frío, la envolvió con sus brazos.

—Su hermano está peleando con un terrible cáncer desde hace un año. Empeoró en los últimos meses y por eso nos vimos obligados a detener la gira. Estamos viendo cuando reactivarla siempre que Mäel sea capaz de volver. Eso significará que su hermano mejoró al fin.

Eso era terrible.

—Lo siento muchísimo —dijo casi sin palabras.

Él la besó.

—Le gustarás cuando os conozcáis —prometió.

Toms prometía algo que no habían hablado. Ellos eran solo sexo, además, la había presentado como amiga. Después se comportaba como si fueran novios o algo similar y no lo comprendía.

La confundía.

—Tal vez estaríamos más calientes en la piscina... —propuso Wendy.

Entre risas, él la besó fundiéndose el uno con el otro.

—Estás pervirtiéndome, Wendy... —advirtió.

Eso le gustó.

La piscina estaba caliente, si se metían no iban a pasar el frío que hacía en aquella terraza de ensueño.

Además, nadie los vería con tanta altura.

De pronto, el par de tortolitos se giró dándose cuenta de que, en el interior, que era una gran sala de cine, estaban Hank y Mattia mirándolos como si de dos espías se trataran.

Mattia se sonrojó, pero Hank los saludó con la mano como si nada.

—No puedo creérmelo —bufó Wendy.

—Voy a matarlos.

Viendo que ambos iban hacia allí, Mattia fue el primero en gritar que ya se iba a su habitación, que habían ido a ver una película para darles una intimidad que parecía no haber sido suficiente.

Eso calmó a Toms.

No entró en la sala, sonrió dejando que sus compañeros se fueran y retomó lo que estaban haciendo. Sin darle tiempo a pensar o respirar, la volvió a besar.

Por desgracia Wendy sintió algo extraño, abriendo los ojos en pleno beso vio como Hank los miraba con una copa en la mano. Entonces se separó de su amante con la intención de matarlo.

—Wendy... —dijo él.

—Tranquilo, seré cordial —prometió.

Yendo hacía allí, abrió la puerta de esa gran sala y entró dispuesta a enfrentar a un hombre que le estaba sacando de quicio.

—¿Podrías no mirar mientras nos besamos? Incomodas —le pidió amablemente.

Hank bebió un trago.

—No te miraba a ti, listilla, miraba al cuadro —contestando señalando hacia un extremo de la sala.

Mirando hacia allí, Wendy se topó con una sala completamente lisa, no había ni un pequeño detalle.

—Ahí no hay nada.

—Mira que le digo a Mattia que no me mueva las cosas de sitio —bromeó Hank.

Era increíble.

—No cuela —le inquirió.

Lejos de arrepentirse, Hank avanzó hacia ella hasta quedar a pocos centímetros de ella. Se miraron siendo capaces de descongelar el ártico y mantuvieron la mirada con fuerza.

—Tal vez podría unirte a la fiesta, si solo es sexo lo vuestro podríais invitarme —propuso Hank.

El alcohol estaba envenenado.

Sonriendo pícaramente, Wendy se puso de puntillas para estar lo más próximo a Hank. Quiso respirar su mismo aire, impregnarse de él y de ese aroma a cedro y menta que desprendía.

—Antes el mundo se extingue que follar contigo —confesó.

Aturdido, él la contempló sin rastro de diversión.

—Tranquila, ellos ya se van —dijo Toms entrando para tomar el control de la situación.

Entonces se dio cuenta de que Mattia había regresado para ir a por Hank, dándose cuenta de

que seguía en la sala de cine. Al parecer todos conocían perfectamente al guitarrista menos ella.

Todo era un juego.

—¿Quién se va? ¿Yo? No —rio Hank.

Toms lo fulminó con la mirada.

—Ah sí, se ve que me voy —confesó dándole el vaso de whisky a Wendy.

Giró sobre sí mismo y fue hacia Mattia. Este lo cogió del brazo como si de un niño se tratase, esta vez quería asegurarse de que sí lo seguía le gustase o no. Tuvo la sensación de que el batería hubiera sido capaz de atarlo con correa y eso.

—Perdónanos, es que estamos sin domesticar y eso —comentó Hank antes de marcharse.

Wendy suspiró sin rastro de humor.

—Es idiota —comentó mirando el vaso que le había dejado.

No tenía claro por qué lo había cogido, debía habérselo estrellado en la cabeza. Solo entonces la noche hubiera mejorado.

—Lo siento mucho, mejor te llevo a tu casa, si te parece bien —propuso Toms.

Era la mejor idea de toda la noche.

—Sí, gracias.

CAPÍTULO 7



El teléfono sonó después de una noche no tan satisfactoria como hubiera cabido esperar.

Wendy, a regañadientes, buscó su móvil perdido entre las sábanas hasta que lo logró alcanzar. Casi se sintió como una victoria después de todo. Así pues, cuando lo tuvo entre los dedos, lo estrujó con fuerza y se lo llevó al oído.

—¿Sí?

Su interlocutor rio.

—No deberías contestar jamás con un sí, los comerciales podrían usarlo para contratarte algún servicio eléctrico, sacarte una póliza de seguros o contratarte algún canal porno.

Hank.

Aquella voz era de Hank.

Despejando su cabeza de golpe como si le hubiera caído una jarra de agua encima, Wendy dio un fuerte salto incorporándose y mirando a su alrededor. Su amante nocturno se había vuelto a ir sin decir nada.

Bueno, en realidad había dejado unos pocos bombones encima de su mesilla a modo de «recompensa por el buen sexo».

Aturdida, miró su móvil para darse cuenta de que no lo tenía registrado.

¿La estaba llamando con su número personal?

—¿Cómo has conseguido mi número? —preguntó Wendy.

No se apresuró a contestar.

—Tu... amante entregado... me lo dio esta mañana. Llegó oliendo alcohol y depravación sexual y se metió en la cama a reposar la paliza que le has debido de meter —explicó.

No supo el motivo, pero se sonrojó.

Solo esperaba que Toms no hubiera dado detalles de su noche de pasión. Aunque, a decir verdad no había ido del todo perfecta porque, por algún motivo que desconocía, Wendy no había estado todo lo centrada que correspondía en un momento así.

Supongo que haber cenado con Hank la había enloquecido.

—¿Y por qué te ha dado mi número? —preguntó Wendy sin entender el porqué de esa conversación.

Él, en cambio, parecía entretenidísimo molestándola.

—Te dejaste tu bolso en casa. Supongo que nuestro pequeño encuentro te hizo olvidar el resto. Además, según dicen no has estado de 10 esta noche...

No podía ser verdad.

Iba a morir.

Aunque antes iba a matar a Toms.

—Imagino que pensabas en mí y mi espectacular cuerpo mientras mi amigo te complacía — bromeó Hanks en un tono tan profundo y ronco que provocó que se le erizase el cabello.

¿Cómo podía transmitir tanto en tan pocas palabras?

—Eres como una mala resaca, Hank —confesó Wendy.

Él estaba siendo su resaca particular.

Era molesto, angustioso y le producía dolor de cabeza. Además, estaba segura de que si seguían esa conversación también tendría ganas de vomitar.

—Le diré a Toms que sea tu aspirina entonces. Que se meta entre tus piernas y te saboree hasta que se te pase el dolor de cabeza. Dicen que funciona y las veces que lo he probado ha ido bastante bien.

Wendy jadeó sin poderlo evitar.

La imagen de ese hombre entre sus piernas la perturbó de formas que no tuvo claro que fuera legal. Él estaba jugando y se le daba bien ese juego.

De un modo que no esperaba, pulsaba los botones necesarios para que la conversación tuviera un tinte sexual sin llegar a serlo. Ese límite entre bien y mal que parecía gustarle tanto.

—¿Puedo pasarme a por el bolso ahora o estáis ocupados? —preguntó Wendy tratando de reconducir la situación.

Hank rio pillándola completamente.

—Puedo acercártelo a tu casa si quieres, tengo unas cosillas que hacer y no me costaría desviarme un poco hasta tu dirección —ofreció Hank.

Las alarmas de toda su conciencia saltaron de golpe a toda velocidad enloqueciendo ferozmente. Fue como si se declarase una guerra y las alarmas antiaéreas dieran el aviso para encerrarse en lugar seguro.

—No, gracias. Si quieres acercármelo a la cafetería grande del centro te lo agradecería, si no me paso por vuestro piso en el rato que tengáis disponible —contestó Wendy.

Su risa de nuevo, ronca, oscura y profunda la estremeció.

No había visto esta fachada de Hank anoche. Solo le había visto enfadado, atacante y desafiante. Esta versión era mucho más peligrosa porque no venía de frente, era más habilidoso atacando ahora.

Más caliente.

—Sitio neutral, ¿eh? Chica lista, pero soy un personaje público. No pueden verme por ahí con alguien sin que saquen sus móviles y graben. Dame tu dirección y será un momentito, huiré más rápido que tu amante nocturno.

Era un auténtico cabrón.

Y atacaba donde dolía.

—No vas a dejarme ir a tu piso, ¿verdad? Solo tengo la opción de que vengas por lo que veo —sentenció Wendy dándose cuenta de que no jugaba con ventaja.

No le quedaban cartas, él las tenía todas.

—Solo serán cinco segundos, no será tan horrible como suena —prometió Hank.

Ya sonaba horrible.

Ya lo era.

Y sin verle la cara.

Al final decidió desistir, estaba claro que no iba a dejarla estar hasta que consiguiera lo que quisiera. Ella necesitaba el bolso de todas formas. Así, sintiendo como perdía la partida, aceptó.

—Apunta mi dirección.

—Nos vemos allí entonces —rio Hank antes de colgar.

—Ya es la segunda vez que te vas sin decir nada. Vale que tengo el sueño profundo, pero eres un jodido cabrón. Espero que te pudras con tus fans y que te des cuenta de que has jodido algo realmente bueno. Púdrete, idiota —dijo Wendy al móvil mientras le grababa un audio a Toms.

El timbre sonó por segunda vez, tal vez la primera solo había ocurrido en su imaginación después de todo. No recordaba mucho, solo el gran enfado que tenía por culpa de su ex amante.

Abrió la puerta ferozmente, casi como si fuera a enfrentarse al mundo en cuanto lo hiciera y se topó de frente con un Hank algo sorprendido. Él, que llevaba su bolso entre sus manos, la miró de arriba abajo con cierto interés.

—Pareces diferente —confesó Hank sin siquiera saludar.

Wendy, que el enfado la cegaba, tomó el bolso de sus manos y tiró de él. Después de eso solo giró sobre sí misma dispuesta a cerrar la puerta.

—Muchas gracias y esas cosas —dijo soltando la puerta esperando que esta se cerrase sola.

Después, solo siguió caminando como si nada. Presa de la rabia tiró el bolso sobre el sofá en lo que volvía a mirar el teléfono móvil.

Nada.

Ni un mísero mensaje.

Toms era incorregible y ser quien era no ayudaba. Estaba acostumbrado a tenerlo todo para después no valorarlo. Eso había provocado esa situación. Jamás se hubiera acercado a él sabiendo como era.

No era una fan siquiera.

Pero la embaucó, lo hizo con sus gestos y sus palabras. Cuando la tuvo entre sus dedos, sentada en la palma de su mano, solo cerró aprisionándola con ferocidad. Después jugaba con ella esperando que fuera un perrito faldero.

—Maldito gilipollas —murmuró enfadada.

—Hombre, no es lo peor que me han dicho nunca, pero me sorprende después de haber sido todo un galán contigo.

La voz de Hank la sobresaltó tanto que gritó como si acabase de entrar la mismísima muerte por la puerta. Ambos se asustaron por su culpa, casi provocándole un ataque al corazón al pobre hombre.

—Lo siento, creí que te había dejado fuera —se disculpó llevándose una mano sobre el corazón.

Había estado cerca de ser reanimada y el único cercano era Hank, algo que su imaginación no quiso ni plantearse. Seguramente no la hubiera tocado ni con un palo en lo que los equipos de emergencia llegaban.

—No, ese humor que me has mostrado me ha puesto tan a tono que he venido a por más —bromeó.

¿Y ese Hank divertido dónde estaba la noche anterior?

Rindiéndose, Wendy levantó el teléfono.

—Tu amigo es un idiota, ¿lo sabes?

Por supuesto que lo sabía.

—Volvió a irse sin avisar, no contesta ni llamadas ni mensajes y encima cuenta que no estuve

a tope. ¿Cómo estarlo? Me hiciste la cena bastante difícil y yo caí en la provocación como una tonta —confesó Wendy.

Aquello no venía a cuento, él era un desconocido y encima amigo de su examante. Era absurdo contarle todo eso.

Él se mantuvo en silencio unos segundos, miró al teléfono, después a ella y así sucesivamente durante más tiempo del que le hubiera gustado. Era bastante incómodo un momento así.

—Vístete que nos vamos a tomar un café. Hay una enorme cafetería en el centro en el que sirven el mejor café del mundo —propuso Hank.

La mente de Wendy pareció colapsar al momento. Tardó un poco en comprender qué era lo que le estaba diciendo y, para cuando lo logró, frunció el ceño con bastante fuerza intentando comprenderlo.

—Pero has dicho que eres una imagen pública, no vas a esos sitios... —dijo Wendy.

Hank sonrió.

—Bueno, te he dado la oportunidad de ponerte más guapa de lo que estás. No has querido, así que, cuando te veas en las portadas, no te quejes —sentenció él yendo directamente en su dirección.

Tomándola del brazo, la afianzó con fuerza y tiró de ella sin darle opción de reaccionar mínimamente. La arrastró mientras sus pobres neuronas disponibles luchaban por saber qué estaba ocurriendo.

—¡Espera! ¡Mi bolso! —gritó con algo de cordura.

Hank, que ya había conseguido llegar a la entrada con ella como rehén, tomó las llaves de su piso del cuenco y la sacó de su propia casa.

—Yo invito, déjame ser un romántico de los de antes —rio cerrando la puerta en sus narices.

Estaba siendo secuestrada por un hombre al que no comprendía.

Socorro.

CAPÍTULO 8



—Para... —pidió Wendy.

Hank la ignoró deliberadamente.

—Vas muy rápido —inquirió la muchacha.

Bajó el ritmo dándose cuenta de que tenía razón. La había arrastrado a toda velocidad creyendo así que, cuando la soltase, no saldría corriendo en dirección contraria.

—Es que eres muy lenta —refunfuñó sin rastro de humor.

Ella, tirando de todo su peso hacia atrás, consiguió detenerlo al mismo tiempo que él la miraba desafiante.

—¿Te das cuenta de lo raro que eres? Anoche te faltó llamarme guarra por estar con tu amigo y ahora me invitas a un café.

Con toda la calma del mundo Hank sonrió encogiéndose de hombros.

—Anoche eras la presa de mi amigo, un cerdo sin igual con las mujeres. Hoy, eres una mujer liberada que se ha quitado un gran peso de encima. Ahora podemos ser «amigos».

Hasta Hank se dio cuenta de lo raro que había sonado diciendo «amigos». Su voz lo había traicionado de alguna manera y parecía haber querido decir algo con doble sentido.

—No pienso acostarme contigo por despecho —prometió Wendy.

Y él casi ronroneó con sus palabras comprendiendo lo mucho que decían tras eso.

De pronto ella pareció comprender lo que acababa de decir.

—Ni de ninguna manera. No pienso acostarme contigo —corrigió a toda prisa.

Era una tentación.

Casi como un caramelo que habían dejado acomodado en su bolsillo a la espera de morderlo.

Hank contuvo la emoción cuando sus mejillas se sonrojaron. No había cerrado la puerta del todo y eso era algo que le complacía. Quizás no era lo más leal para el grupo, pero no iba a negar que ella era diferente a todo lo visto hasta ahora.

Era de esas mujeres que parecía morder, pero que, al rascar la superficie surgía un nuevo ser.

Uno completamente nuevo.

—¡Vamos! ¡¿Es que nunca has hecho un café con un amigo?! —Hank exageró—. Ni que fuera a meterme bajo la mesa a saborearte mientras nos tomamos esa deliciosa bebida.

Le encantó verla entreabrir los labios por sorpresa y dejar escapar un jadeo sin poderlo contener.

Sabía que su imaginación la había traicionado. Eso era divertido.

Aunque era el momento de portarse bien.

De ser el niño bueno de mamá.

—Solo es un café donde podremos poner a parir a Toms por no saber ser buen amante. Seguro que ni se le levantó anoche y quiero esos detalles jugosos para torturarlo lentamente en los descansos de los conciertos.

Entonces la soltó esperando que no corriera y se alejara de él. Contuvo la respiración como si fueran a saltar al vacío ambos de la mano.

No podía saltar solo.

Le tendió una mano amiga para asegurarse de que caían ambos por aquel barranco tan grande que acababan de construir ante ellos. Ella miró su mano casi como si quisiera comprobar que tenía todos los dedos.

Vio la duda en sus ojos y tuvo la sensación de que la perdía.

Casi retrocedió un paso antes de reunir el valor suficiente como para tomar aquello que le daba. Poniendo su mano sobre la suya, el contacto fue suficiente como para que ambos parecieran ser atravesados por una corriente eléctrica.

—Y ahora café —rio Hank.

—¿No te importa que todos te miren? —preguntó Wendy algo sobrecogida.

Todos lo conocían.

TODOS.

De hecho hubo un par de chicas que casi se le tiraron encima buscando una foto y algo de frote. Puestos a ser sinceros, no las culpaba, era guapo y parecía tener un mejor humor de lo que hubiera imaginado.

Todo en menos de 24 horas.

—No, al final te acostumbras. Tú eres la que lo va a llevar peor porque sacarán artículos titulados: Hank y su nueva novia. La misteriosa mujer que acompaña al guitarrista del grupo del momento. ¿Hank enamorado? ¿El corazón de hierro se ablanda por una mujer?

Ella tomó un sorbo mientras todos esos titulares entraban en su mente. Estaba claro que no había pensado con claridad lo que estaba haciendo. Su vida iba a volverse del revés por un momento de ocio.

¡Menuda locura!

Aunque, puestos en faena, hubo un titular que le llamó la atención más que cualquier otro.

—¿Corazón de hierro? —preguntó separándose de la taza para acomodarla en su plato.

Con una sonrisa en los labios, Hank alargó el brazo hacia ella. Quedándose completamente inmóvil no fue capaz de imaginar qué se proponía.

Y, para su vergüenza, limpió la punta de su nariz con el pulgar quitándole los rastros de espuma de su café.

—Gr... Gracias —tartamudeó como una idiota.

—Chica lista. De todos los titulares te has quedado con el más jugoso —bromeó Hank.

El resto eran aterradores.

Mucho más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Te llaman el corazón de hierro? —inquirió Wendy siendo incapaz de dejarlo escapar.

Asintió.

—En los años que llevamos de fama soy el único al que no han podido juntarlo con nadie.

Alguna foto esporádica, pero poco más. Toms es el que más, por razones obvias, pero Mattia y Maël también. Yo soy el más puro y virgen del grupo.

Y una mierda.

Enorme.

Este hombre no era puro y mucho menos virgen.

—Tienes cero pinta de virgen —confesó Wendy casi sin darse cuenta.

Bebió tratando de tragar el nudo que se le acababa de formar en la garganta por su culpa. Solo por caer en sus juegos.

En esos juegos.

Era tan surrealista que no era capaz de creerse que estuvieran allí.

—¿Cómo te atreves? Yo soy la imagen de la virginidad, también de la timidez y del saber estar —rio antes de tomar un sorbo a su café.

No dejó de mirarla a los ojos mientras bebió casi petrificándola al mismo instante. Fue tan sensual que una parte de ella quiso tirarse al suelo como si se hubiera declarado un tiroteo.

Respiró desviando la mirada deliberadamente.

No estaba bien.

No podía caer en sus manos a menos de 24 horas de estar con Toms. Eso estaba muy feo por mucho que su amiga, en el momento en el que se lo contase, gritase llamándola loca y tonta por no tirársele encima.

—Bueno, vamos a hablar de Toms y de lo idiota que es —propuso Hank.

Ella titubeó unos segundos.

—No tengo muy claro que tenga que ponerlo a parir con su amigo. Es algo... raro —confesó.

Él, totalmente despreocupado, se encogió de hombros.

—Si Mattia estuviera aquí te diría lo mismo. Es buen amigo, un tío en el que confiar y con el que contar para cualquier cosa, pero como amante o amigo con roce es un auténtico cerdo.

Su sinceridad la golpeó en el pecho con fuerza.

—Sí, por esa cama han pasado infinidad de mujeres. Y, ojo, no digo que eso sea malo. Cada uno puede estar con quien quiera y nadie debería meterse en ese tema. El punto es la forma en cómo las trata.

Ahora venía lo peor a escuchar.

—Siempre se va, las deja solas porque no es capaz de formar un mínimo de vínculo, aunque sea momentáneo. Las usa y las deja, las toma y las olvida como si fueran un juguete roto. Él les quita el envoltorio, juega un rato y después busca otra.

Eso era lo peor.

Que ella era uno de esos juguetes. También le había quitado el envoltorio unas veces y ahora se buscaría uno mejor.

—Debo confesar —murmuró Hank—, que es la primera vez que desato una de sus amantes y que veo que repite más veces con alguien. Algo tuviste que gustarle más que el resto para que eso pasase.

Wendy no respondió al momento. Tomó su taza, la apuró con un gran sorbo y corrió a limpiarse con la servilleta para que él no tuviera que hacerlo. Bajando el líquido por su garganta pensó qué contestar.

Qué decir ahora.

—Menudo consuelo de mierda —declaró algo deprimida.

Pero era la verdad.

—¿Qué esperabas que dijera? ¿Ven que te abrazo y te lo hago mejor que él? —bromeó Hank

antes de arrancar a reír.

Wendy luchó por resistirse siendo incapaz de conseguirlo. Rieron al unísono dándose cuenta de lo absurdo que era esa conversación. No existía consuelo, se habían divertido y ahora deberían buscar otra cosa.

Página nueva.

—Gracias por tu sinceridad —dijo Wendy—. A decir verdad no nos prometimos amor eterno ni nada parecido, pero un mínimo sí que esperaba. Al menos un mensaje diciendo «ya hemos tenido suficiente, mejor si no nos vemos más».

A Hank se le iluminaron los ojos de forma tan pícara que Wendy se estremeció de golpe. Ese hombre podía invocar al infierno con una mirada, solo con un dichoso parpadeo.

—¿Qué? —preguntó algo asustada.

Levantándose poco a poco, apoyó sus manos sobre la mesa y no dejó de mirarla ni un solo instante. Entonces acortó la distancia que les separaba, lo hizo de forma lenta casi midiéndola si saldría corriendo de allí.

Wendy aguantó, quizás por morbo o por curiosidad de qué era capaz de hacer. Se armó de valor, mirándolo a los ojos sin pestañear y con el corazón al borde del colapso.

Y, cuando estuvieron frente a frente, respiración a respiración, su mano se elevó tomando uno de sus mechones. Con delicadeza y cariño lo peinó tras su oreja, lo hizo regodeándose en el movimiento sabiendo que la gente de su alrededor lo grababa.

Entonces descendió hacia su oído, provocándole cosquillas con su aliento respiró con fuerza.

—Vente a casa conmigo, jodamos a Toms un poco —pidió.

Retirándose poco a poco midió cada reacción, respiración y tic que pudiera emitir Wendy.

Tan sonrojada como estaba era una vista preciosa, casi un paisaje precioso para enmarcar. Su respiración se entrecortó de forma tan salvaje que reafirmó su idea de que era una mujer diferente.

Nadie se parecía a ella.

¡Y qué suerte tenía! Porque Wendy estaba ante él y no entre las sábanas de Toms.

—No pienso acostarme contigo —contestó Wendy.

Rio.

Por supuesto.

—No, solo lo vamos a molestar. Prometo ser virginal e inocente.

Ella frunció el ceño no creyéndolo ni un poco, tampoco la culpó por ello.

—No te creo —confesó Wendy.

Chica lista.

—Entonces solo diré que, si no quieres, no te daré una de las mejores noches de tu vida. Seré solo el perfecto amigo, el compañero ideal de travesuras y haremos que Toms se arrepienta por usarte como su juguete.

Eso sí le gusto, casi la vio ronronear satisfecha con sus palabras.

¿Y si decía que sí?

¿Iban a sobrevivir a algo así?

En ese momento fue su corazón el que se desbocó. Jugando podía haberse quemado mucho antes de darse cuenta. Había buscado algo realmente inocente para acabar dándose cuenta de que no lo era.

Solo esperaba que Wendy sí lo creyera.

No pensaba pedir perdón por intentar sucumbir, aunque iba a tratar de resistir.

—De acuerdo —aceptó Wendy.

Ahora sí estaban perdidos.

CAPÍTULO 9



—Hank... Me lo he pensado mejor —musitó Wendy en el portal del gran edificio.
No podía entrar allí.
No quería enfrentar a Toms.
Hank, que de alguna forma lo vio venir, se encogió de hombros dejando soltar un largo suspiro.
—Ya me imaginaba que te daría miedo al llegar. Fíjate que esperaba que fueras más valiente —soltó con cierto tono condescendiente.
Buscaba picarla.
Enfadarla.
O, tal vez, retarla.
¿Y sabéis lo peor?
Que Wendy cayó de cabeza en la provocación.
—Apártate, anda, y déjame pasar —pidió totalmente envalentonada.
No miró a Hank, no lo hizo porque sabía que lo encontraría sonriendo triunfante. Acababa de caer en su juego, bueno, en realidad ya sabía que él era capaz de hacerla caer y tampoco se había resistido tanto.
Entraron en el ascensor, Hank sacó una llave que desbloqueaba el piso superior y pulsó allí con toda la tranquilidad.
—¿Puedo preguntarte por qué disfrutas tanto con esto? Técnicamente es tu amigo —preguntó Wendy algo confusa.
No había sido una buena idea ir hasta allí.
Él la miró, lo hizo de verdad. Elevando una ceja, pareció estudiarla a fondo como si así pudiera encontrar una respuesta. Tardó tanto en buscar las palabras adecuadas que las puertas del ascensor se abrieron de par en par en la entrada del piso.
Entonces le tendió una mano.
—¿Me acompañas? —preguntó olvidándose de contestar por completo.
Wendy supo que, llegados a esas alturas, podría haberle pedido que se tirara a las puertas del infierno que lo hubiera hecho. Después de ese día iba a necesitar ayuda psiquiátrica.
O acababa encerrada en un centro.
Tomó esa mano sin saber muy bien lo que se disponía a hacer, pero aquello era un juego. Después pensarían en las consecuencias que obtendrían de todo eso.

—Ya estoy en casaaaa —canturreó Hank con alegría.

Mattia fue el primero en recibirlos. Saliendo sin camiseta de su habitación, fue por el pasillo hablando de algo relacionado con los próximos conciertos, la verdad es que no tuvieron muy claro qué decía porque se congeló en cuanto los vio a los dos.

Juntos.

Y de la mano.

—Ho... Hola Wendy. Deja que me ponga presentable —pidió mirando a su alrededor tratando de encontrar ropa.

Corrió a su habitación al no ser capaz de dar con nada disponible para taparse.

—Como habrás podido comprobar, él es el más mojigato de todo el grupo. Como si enseñarte el pecho fuera a desmayarte —hizo una pausa casi al borde de la risa—, bueno, no serías la primera en hacer eso... Mattia levanta pasiones ocultas entre la multitud.

Sí.

También Hank.

Era el soltero más cotizado de todo el país, peleaba muy cerca con Toms en cuanto a popularidad, aunque a él no parecía importarle eso lo más mínimo. En cambio, a su ex amante sí porque lo había dicho en más de una ocasión.

Hasta en momentos íntimos.

—¿Despertamos a la bella durmiente? —propuso Hank en un arrebato de euforia.

Wendy, aterrorizada, lo miró con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Quiso negarse, llegó a decir que no con la cabeza, pero su voz murió mucho antes de que él la tomase de la muñeca.

Tiró de ella con gentileza, aunque con la fuerza suficiente como para llevarla a la puerta de la habitación que tan bien conocía. Y no pudo detenerlo cuando golpeó con los nudillos la madera.

—¡Buenos días! ¡Tenemos visita! —gritó preso de una alegría repentina.

Ese hombre estaba mucho más loco de lo que hubiera imaginado jamás.

Abrió la puerta como un vendaval mientras las neuronas de Wendy todavía luchaban para procesar lo que estaba ocurriendo. Se había dejado arrastrar hasta los infiernos e iba a quemarse en ese lugar.

Toms dio un brinco cuando la puerta se abrió, tapándose con las manos la cara gruñó cuando la luz lo asaltó con fuerza. No quería ser molestado, estaba plácidamente dormido para que ahora viniera alguien a molestarlo.

—Vete, tío, tengo sueño —gruñó de muy mal humor.

Y vio la malicia en los ojos de Hank al instante, fue como contemplar a un niño tramar su nueva travesura.

Solo esperó que ella pudiera salir de una pieza de ese lugar.

—¡Vaya! ¡Pobre Wendy entonces!

Eso hizo reaccionar a Toms, el cual abrió los ojos muy sorprendido de encontrársela ahí.

—¿Wendy? —preguntó tratando de comprender qué estaba ocurriendo.

Ella solo levantó una mano y saludó como pudo.

La mano de Hank y el brazo entero se enroscó con rapidez en su cintura. Primero viajó por su espalda, llegando muy cerca de la línea de separación con el trasero, y después se ancló con fuerza en su cadera.

—Por suerte no vino a verte a ti, así no quedas peor de lo que ya lo has hecho —dijo Hank apretándola contra su cuerpo.

Dejando escapar un jadeo, Wendy se dio cuenta de lo caliente que era ese hombre. Su cuerpo

emanaba calor, tanto que no pudo pensar en otra cosa más que posar sus manos en él.

Lo hizo con discreción, porque no quería que pensase algo mal de ella. Aun así, posó una de sus manos en su pecho y casi ronroneó en ese momento. Estaba perdiendo la cabeza poco a poco.

—Vamos, dejémosle dormir, que parece muy cansado —ordenó Hank llevándosela hacia la cocina.

De pronto escucharon como Toms rodaba por la cama, tropezaba al tratar de levantarse y blasfemase al golpearse con la mesilla de noche. Ambos contuvieron la risa mirándose con picardía y, sin soltarse, esperaron a que saliera de la habitación.

—Cielo, sé que me fui anoche, pero no dije nada para no despertarte. Estabas tan preciosa y parecías tan agotada que... —Toms se quedó sin palabras.

No podía convencerla de que no era un cerdo sin sentimientos.

Hank quiso hablar, lo notó por cómo cogió aire, su pecho se levantó y no se lo permitió. Esta vez iba a contestar ella, era su ex amante y tenía derecho a replicarle su espantoso comportamiento.

Le gustase o no.

—No quiero excusas. Si tuvieras algo de empatía te darías cuenta de lo mucho que la cagaste anoche. No quiero volver a saber de ti, algo que parece recíproco por tu forma de actuar esta mañana. Paso de excusas, somos libres, ¿no? Pues disfruta con otra pobre diabla que se deje engañar por tu cara bonita.

Si hubieran tenido una cámara de fotos le hubieran hecho una foto a la cara que puso Toms. La sorpresa más absoluta viajó por todas sus facciones, fue una reacción tan real que pareció hasta cómico.

No estaba acostumbrado al rechazo, eso no lo vio venir.

Seguramente había creído que estaba allí para recriminarle su actitud y ceder en un polvo más. Que se lanzaría a sus pies suplicando que volvieran a repetir esa experiencia que buscaban en él.

Pues estaba equivocado.

Notó el aliento de Hank en su garganta, para después subir a su oído y, con toda la serenidad que pudo reunir, gruñó.

—Me has puesto cachondo.

Wendy no pudo mantener la calma, supo que palideció al momento justo antes de que toda ella pasase a ser un semáforo en rojo. Se ruborizó de los pies a la cabeza y le apenó el poco control que podía llegar a tener de su cuerpo.

Ni resistirse pudo.

—¿Así que me cambias por Hank? Yo soy la experiencia completa, nena. Y sí, puede que no quisiera más de ti, pero me gustas. Te veo y pienso en que podríamos jugar un poco más —explicó Toms.

Otra hubiera caído.

Se hubiera dejado embaucar con sus palabras, dejando que la envolviera como una tela de araña para ser devorada.

Pero Wendy tenía a Hank, el cual la cubrió con su cuerpo. Una de sus manos viajó al centro de su estómago y la empujó levemente hacia atrás para quedar totalmente tras su cuerpo.

—Tarde, soy mejor amante y ya nos han visto en la cafetería del centro. En unas horas todo internet hablará de nosotros.

Ese hombre hablaba y no tenía ni idea de lo que provocaba.

Saber eso la asustaba mucho.

Quizás demasiado.

—¿El soltero de hierro? Se la van a comer viva —rio Toms.

Sí, era una presa fácil ahora mismo.

Estaba a punto de hiperventilar.

—Le compensará el hecho de que la relacionen conmigo y no contigo. No es una conquista más, un juguete que desprecintar y desechar. Ahora será portada, protagonista y una de las mujeres más envidiadas del mundo. Así, cuando la devore, sabrá que es importante —espetó Hank.

Y Wendy sintió que iba a desmayarse allí mismo.

CAPÍTULO 10



Wendy no era tan valiente como podía haber parecido. La real estaba temblando de los pies a la cabeza en algún rincón de su mente. Por suerte fue capaz de contenerla mientras Toms se alejaba visiblemente enfadado.

Después de eso sí que se liberó, se echó a temblar mientras cientos de emociones la asaltaban directamente.

Respiró profundamente mientras temía hundirse allí mismo, en el suelo de una casa que no le pertenecía.

—Enhorabuena, le has echado valor —dijo Mattia yendo directamente hacia ellos.

Solo pudo sonreír.

Bueno, más que sonreír fue una mueca que quiso parecerse, pero que la acababa de convertir en un meme.

—No lo tengo muy claro —confesó con voz muy suave.

Se había dejado llevar por Hank. Él había sido como ese diablo en su hombro, el cual la había incitado hasta cometer la travesura. Al final la culpa no podía recaer en nadie más que en ella misma.

Había aceptado el juego sin apenas conocer las normas.

Ahora tendría que sobrevivir como pudiera.

—¡Claro que sí! Has estado espectacular —lo celebró Hank.

Él parecía radiante, como si hubiera ganado un premio de última hora y se lo estuvieran notificando en ese momento. A pesar de que él y Toms eran amigos estaba disfrutando quizás un poco demasiado ese triunfo.

—Sabes que no habrá sexo entre nosotros, ¿verdad? —preguntó Wendy dándose cuenta de que acababa de decirlo en voz alta.

Aquellos dos hombres no se inmutaron lo más mínimo. Para su sorpresa parecía que les había dicho algo similar a la previsión del tiempo de esa semana, ya que Mattia se acercó a la ventana y miró hacia el exterior.

—Hoy tengo una tarde de locos, mejor que me vaya ya. Maël dice que vendrá la semana que viene, así podremos atar cabos de la nueva gira —explicó antes de ir hacia ella.

Sin tener muy claro qué estaba pasando, él le dio dos besos en señal de despedida y se marchó de allí como si nada.

Aquello era una casa de locos.

—¿Sabes? A Maël le vas a encantar cuando le cuente lo de hoy —dijo Hank con voz aguda.

Casi parecía un niño pequeño celebrando su victoria.

No tenía intención de volver a esa casa y mucho menos de conocer a Maël, ya había tenido suficiente de ese grupo. Ahora solo quería regresar a su aburrida vida y olvidarse de las pasiones de una noche durante un tiempo.

No quería más sexo sin sentido.

Estaba aburrida de eso.

—Esto... Hank... Quizás debería irme.

Él, que no tenía intenciones de dejarla marchar, negó.

—¡Por favor! Dame el gusto de quedarte un poco más, seré bueno, lo juro.

Wendy puso los ojos en blanco.

—No sabes ser bueno. Además, ¿para qué quieres que me quede? Ya nos hemos enfrentado a Toms, creo que no puedo resistir más emociones o explotaré —reconoció dándose cuenta de todo lo que había hecho.

La prensa iba a enloquecer.

¿Y ella?

¿Podría soportar eso?

—Bueno, podríamos jugar un poco más, pero entiendo que te he llevado al límite. Lo acepto, puedes irte —aceptó Hank sin pelear ni un poco.

Aunque su sonrisa peligrosa prometía cosas, casi como un corsario a punto de lanzarse al abordaje de un pobre barco sin protección. Ahora comprendía muchas cosas, por qué era famoso y no solo por tocar la guitarra mejor que nadie.

Seguramente era el más peligroso de todo el grupo, eso sin lugar a dudas.

«Wendy, resiste». Pensó, obligándose a soportar la tentación.

Iba a irse.

Salir de esa casa, caminar hasta la suya y no volver a tener nada que ver con ese grupo de músicos.

Era sencillo.

Un paso, otro y después otro y así hasta llegar a casa.

—¿A qué quieres jugar? —preguntó Wendy.

«Boba, estúpida». Se dijo mentalmente sin ser capaz de retroceder.

Ahora solo le quedaba tirarse por la ventana, le gustase o no moriría por la caída y no por la estupidez que la acogía desde que había conocido a esos hombres. Era una muerte con clase y que les daría unas cuantas noticias a esos músicos locos.

Hank llegó a ella con rapidez, casi se sintió como si él notase que ella estaba a punto de salir corriendo y quiso detenerla. La retuvo tomándola por la cintura con bastante confianza.

Aproximándose, sus cuerpos chocaron calentándose el uno al otro. Wendy no supo reconocer si era algo malo o bueno, si era real o, por el contrario, estaba soñando algo erótico.

—Gime —susurró Hank.

Se negó a hacerlo.

Entonces una de sus manos soltó su cintura para tomarla de la nuca. En esa postura notó como la cubría por completo. Él era mucho más alto que ella y ancho, era de verdad todo un espectáculo para la vista.

Los dioses lo habían esculpido solo para provocar que miles de mujeres se enamorasen platónicamente de él.

—Ahhh... Uhmmm —gimió él con fuerza.

Muerta de vergüenza, Wendy se revolvió queriendo escapar y comprobó que estaba

completamente atrapada entre sus brazos.

Bajó a su cuello sin tomarla, solo esperó que ella dijera o hiciera algo. El tiempo se congeló en ese preciso instante mientras Wendy notaba cómo su corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—Uhhmm —volvió a gemir Hank.

Su respiración acarició la piel de su cuello, fue en ese momento en el que decidió volverse loca.

—Ahhhhhhhh... —gritó Wendy sin miedo al fracaso.

Supo que acababa de dibujar una sonrisa tenebrosa en la cara de su capturador. Ya lo conocía a pesar del poco tiempo que habían pasado juntos.

Hank se irguió cuando escuchó la puerta de Toms abrirse. Pudo sentir la mirada de hielo en su nuca y decidió no girarse, no podía. Estaban provocándole después de una noche no tan perfecta.

¿Eso cómo los dejaba?

—Tío, en tu habitación, no quiero prepararme un café sobre tus babas —dijo Toms con todo el desprecio del mundo.

Reduciéndola a un número.

A una puta.

Ni eso.

Era un trapo que acababan de pasarse entre ellos y parecían estar divertidos con eso.

¿Cuántas veces lo habrían hecho?

Y ella había aceptado el juego creyendo que así jodería el ego de Toms. ¡Qué tonta había sido!

Llevando sus manos al pecho de Hank, lo empujó con fuerza queriendo librarse de su agarre. Este se resistió un poco creyendo que jugaban, pero en cuanto la miró a los ojos comprobó el dolor que se vislumbraba en ellos y se apartó.

Levantó las manos a modo de rendición, no obstante, ya era tarde. El daño ya estaba hecho.

Quiso llamarla, decirle que se estuviera quieta, que solo era un juego y no fue capaz de pronunciar palabra alguna.

La vio correr hacia el ascensor de la entrada, no tardó en llegar y en pocos minutos estaría fuera de su casa y de su vida. Lo sabía por el dolor que había visto en sus ojos, ella no le perdonaría eso.

—Joder, Hank —se dijo a sí mismo.

Corrió casi saltando la mesa del salón, alcanzó el ascensor cuando las puertas se cerraban. Metió las manos y, haciendo fuerza, volvió a abrirlas poniéndose en medio para evitar que volvieran a cerrarse.

No iba a perderla.

No ahora.

—Lo siento, Wendy. Me he dejado llevar —explicó.

Ella estaba a millones de kilómetros de distancia. Abrazándose a sí misma a modo de protección, su lenguaje corporal le decía que le había hecho daño. No la culpaba, se había pasado con el juego sin darse cuenta.

Esa mujer lo incitaba a más y sabía que si ella se lo había permitido sí que hubiera saboreado su cuello sin importar Toms.

—Deja que me vaya —pidió sin rastro de humor.

«No ahora». Pensó Hank.

Llevándose una mano sobre el corazón, Hank la miró a los ojos.

—Te juro que me siento fatal. Me he pasado jugando. Deja que sea un buen chico y te prometo que jamás haré que te sientas mal.

«Por favor».

Wendy le regaló un precioso corte de mangas.

—Eres como Toms con sus promesas —escupió.

—¡Disculpa! Esa cucaracha no tiene mi clase —sonrió—. Además, yo sí cumplo mis promesas.

No creyó ni una palabra.

Tenía que lanzar su última tirada o se iría para siempre y él no quería eso.

—Mira el lado bueno. Te han visto conmigo, si no cumplo mi palabra ves a la prensa y diles que tengo el rabo corto o que me muerdo las uñas de los pies o algo.

Una leve risita se escapó de los labios de Wendy convirtiéndole en el hombre más afortunado del mundo. Su corazón se aceleró a toda prisa escuchándola y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para que sus rodillas no se doblasen ante ella.

—Vale, pero solo tendrás una oportunidad.

—Suficiente —prometió Hank tendiéndole la mano.

Ninguno de los dos tuvo claras las implicaciones que tenía que ella se aferrase a él con fuerza y entrelazan sus dedos.

CAPÍTULO 11



—¿Y te quedaste en esa casa? —preguntó Bonnie.

—Me hubiera tirado por la ventana, pero es un ático, así que preferí mantener mi integridad intacta —bromeó Wendy.

Su amiga se estaba volviendo loca de verdad.

Ya habían saltado las primeras noticias de la nueva conquista del famosísimo Hank, iban a cazarla pronto para sacar información. Por suerte era una mujer con una vida bastante aburrida, no encontrarían nada.

—¿Y qué hicisteis?

Bonnie no pensaba dejarla en paz.

—Nos tomamos un café en la terraza, cerca de la habitación de Toms. Él gritaba como una hurraca para joderle el sueño a su amigo y yo me divertí con sus mil ocurrencias. La verdad es que ha sido entretenido. Y no, no HA HABIDO SEXO —dijo remarcando esas últimas palabras con muchísimo énfasis.

No quería pensar en Hank en términos sexuales.

Jamás.

—¡¡¡¡¡¿POR QUÉ?!!!!!!

Del grito tuvo que apartarse el móvil para evitar quedarse sorda por culpa de su amiga. Al parecer ella hubiera visto con buenos ojos haber estado con Toms por la noche y haberse metido en la cama con Hank.

—¡Era demasiado pronto! —exclamó tratando de explicarse.

Que su amiga no lo entendiera no era su culpa.

—Además, no pienso hacer nada sexual con Hank —corrió a sentenciar Wendy.

No.

No podía verlo como algo sexual.

Era demasiado para su cabeza pensar que ese hombre podía meterse entre sus sábanas. Estaba convencida de que podía carbonizarse entre sus manos si se lo proponía.

Esa imagen no iba a salirse en meses o años de la mente.

—Pues yo lo haría, total, ya medio mundo se cree que lo hacéis —refunfuñó Bonnie con cierto rastro de celos.

Sí.

Estaba claro que ella sí lo haría.

—Si lo conocieras no lo dirías con esa seguridad —aseguró Wendy.

De pronto el móvil comenzó a vibrar, mirándolo se dio cuenta de que Hank había sido invocado como un espíritu. La estaba llamando y si se lo decía a Bonnie seguro que ella sería partidaria de coger el teléfono.

—Me está llamando —dijo sin rastro de humor.

Y Bonnie, que era Bonnie, lanzó una risa de villana que sabía hacer desde que iban a primaria juntas.

Era buena voz para una película animada de dibujos animados, asustaría a los niños durante generaciones y sin darles escapatoria.

—Entonces te cuelgo, a ver qué quiere tu amorcito —dijo con una evidente burla en sus palabras.

Wendy puso los ojos en blanco.

—Eres muy mala —escupió.

—Sí, pero me quieres así.

En eso tenía razón.

No aceptaría a su amiga de ninguna otra manera. Era perfecta como era y cambiarla solo la haría una persona diferente. Así pues, aceptaba esa risa malvada y se despidió con cariño de Bonnie.

—Adiós, zorrón —contestó ella.

Y ahora tocaba descolgar a Hank.

—Hola —saludó Wendy como si nada.

—Eres muy tardona. Casi sale ardiendo tu teléfono y tú sin cogerlo. ¿Es que no querías volver a saber de mí?

Estaba a punto de desearlo, tal vez así todo mejoraba de una vez.

—Estaba al teléfono —contestó sin tener muy claro por qué debía darle explicaciones.

Él rio como tan bien sabía hacer.

Por el ruido ambiental que escuchó de fondo supuso que estaba en la calle, hasta pudo escuchar una moto a toda velocidad y después una especie de camión o autobús. Parecía ser una calle muy concurrida.

—¿Y quién era? ¿Quién puede ser más importante que tu novio ficticio?

La pregunta la congeló al instante. Fue como si su cerebro se cortocircuitase y tuviera que arrancar el sistema.

—Primero: no te importa. Segundo: no eres mi novio ficticio —declaró Wendy con bastante contundencia.

Ese hombre era un grano en el culo.

Loco.

—¡Vaya! Me gustan las mujeres directas. Yo hubiera hecho las cosas bien, un par de cenas, un cine tal vez, un paseo de la mano y después te hubiera llevado a mi cama a quemar las sábanas. Por la mañana te hubiera dado un genial beso y te hubiera pedido que fueras totalmente mía, pero me gusta tu estilo, yendo a lo importante.

Wendy parpadeó sin podersele creer. Ese hombre había desayunado algo en mal estado o similar porque no paraba de decir estupideces. Una detrás de otra, aunque debía reconocer que el plan era ideal.

Bien pensado.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó tratando de discernir si le estaba tomando el pelo o debía llamar a un hospital para que le atendiesen.

Su risa casi provoca que sus rodillas dejen de sostenerla.

Estúpida, boba.

—No. Eres tú quién ha dicho que no eres mi novia ficticia, así que, asumo que eres una real. No obstante, te doy la oportunidad de hacerlo bien, de conocernos antes de tirarnos a los brazos del otro.

Sí, definitivamente estaba loco.

—¿Te has tomado alguna droga? —preguntó Wendy.

O había mezclado muchas.

Todo era posible.

—Sí, haz esta imagen en tu mente: tú y yo entre mis sábanas de seda, resbalando mientras nuestros cuerpos se frotan. Yo te acaricio y tú a mí, mientras con mis besos descubro a qué sabes y dejo que tus jadeos y gemidos me vuelvan loco —hizo una pausa para respirar porque ambos lo necesitaban—. Tomo un pecho tuyo en mi boca mientras abro tus piernas con las mías, porque sí, voy a meterme entre ellas y no te penetraré directamente, antes necesito saborearte.

Wendy tragó saliva al borde del desmayo, era una imagen demasiado caliente como para sobrevivir. No pudo evitarlo, tuvo que ir hacia el sofá y sentarse o morir allí mismo, sobre la alfombra.

No se quejó, no le dijo que parase.

No podía.

—Después, dejaré que me saborees tanto como necesites, soy un amante generoso, pero también me gusta recibir cariño. Quiero que me chupes, que me acaricies y me arañes si lo necesitas. También me muero por escucharte gemir y mirarte a los ojos mientras mi polla entra en tu cuerpo. Quiero poseerte, Wendy.

Esa era toda una declaración de intenciones.

O una declaración de guerra.

—No... No va a pasar —jadeó Wendy siendo incapaz de protegerse de un bombardeo como ese.

No se podía resistir.

—Pasará. Cuando esté dentro de ti te besaré el cuello, te morderé suavemente antes de seguir subiendo hasta la boca. Gemirás mi nombre, te agarrarás a mi espalda y llegarás al orgasmo rápidamente.

Iba a llegar en ese momento y sin necesidad de ser tocada.

—Te abrazaré mirándote sin parar como te retuerces para mí, gritando mientras el orgasmo te atraviesa de los pies a la cabeza. Miraré cómo echas la cabeza hacia atrás, aprietas los ojos con fuerza y te rindes al placer. Y solo después, puede que te deje que me montes como lo salvaje que puedes llegar a ser.

La estaba tentando.

«Huye». Se dijo a sí misma.

—¿Puede? —preguntó Wendy decidiendo jugar a su mismo juego.

Su risa fue tan profunda y gutural que provocó que todo su cuerpo se estremeciera.

—Te sentarás a ahorcajas sobre mí, con tus manos en mi pecho y me montarás como una amazona. Yo miraré tus pechos rebotar por los movimientos y tu cuello cuando grites arqueándote hacia arriba. Entonces tomaré tu barbilla con mi mano y, en pleno éxtasis, te ayudaré a llegar a mi boca. Solo entonces volverás a llorar mi nombre entre tus labios y yo te daré la liberación que necesitas.

¿No hacía mucha calor en esa habitación?

Estaba ahogándose.

—¿Y tú no piensas llegar? ¿Solo voy a disfrutar yo? —preguntó Wendy.

En ese momento fue el turno de Hank de jadear. No tuvo claro si de excitación o de sorpresa, tal vez no vio venir ese movimiento.

—¿Qué me harías, Wendy?

Su voz fue tan oscura que hasta creyó estar tratando con un demonio.

—Primero bajaría de ti y lamería tu pecho, lentamente mientras mis manos te acarician acabararía llegando a tu polla.

—Sigue... —pidió casi enloqueciendo.

Él era mucho más valiente en ese tema, pero no pensaba quedarse atrás.

—Tomaré tu polla y me la meteré en la boca. No la punta o solo chuparte un poco con la lengua, me la meteré hasta el final para ver si puedo con ella completa. Después subiré y bajaré mientras mi lengua tortura tu punta. Y quiero sentirte gemir, quiero que seas tú quién diga mi nombre.

Hank gruñó casi como un animal salvaje.

Él iba por la calle, se lo imaginó vestido con la ropa que le gustaba llevar en casi todas las fotos de internet. Seguramente llevaría pantalones ajustados negros, una camisa blanca y un chaleco negro abierto. Algo simple, pero sumamente elegante para él.

Sus anillos en casi todos los dedos le darían una pinta peligrosa y sus pulseras sonarían con cada paso que diera. Ellas, de plata y oro, se golpeaban las unas a las otras luchando por destacar.

Y sus botas.

¿Cómo olvidarlas?

De punta metálica, golpeando el suelo con fuerza una y otra vez con cada paso, dejando claro que era el amo del lugar.

—Voy a dejar que me chupes, que me tomes entero, pero cuando pierda el control acunaré tu rostro y lo llevaré a mi boca. Me besarás con fuerza, Wendy, nada de ser dulce, me besarás como toca.

Wendy respiró agitadamente.

—Si lo hacemos no quiero ser dulce o amable. Quiero que sea como una guerra, morderte, que me muerdas y me hagas perder el control —pidió Wendy en un acto de valentía.

Su corazón iba a estallar de los nervios.

—Lo haremos —prometió convencido—. Después te giraré, quedarás con la espalda hacia mí mientras tus manos se agarran a las sábanas. Y te follaré, Wendy, te tomaré apoyándome en los puños que pondré a los lados de tu cara para que me veas, que sientas que sigo ahí. No tendré control, te embestiré con fuerza dejando que sientas todo el placer que tengo para darte.

¿Bomberos?

¿Hola?

Comenzaba a necesitarlos.

—Besaré tu nuca, tu hombro y lo mordisquearé sin hacerte daño, solo placer...

Sí.

—Eso me gusta... —confesó.

Estaba a punto de tocarse a sí misma si esa conversación seguía así.

—Y no me correré así, te giraré de nuevo, quiero que me mires mientras llego. Quiero mirarte a los ojos cuando grite tu nombre, que estés a mi merced y no perderme ni una sola de tus reacciones. Quiero estudiarte, tatuarte en mi mente y recordar cada momento que pase contigo.

Wendy gimió sin poderse contener. Estaba al borde de la locura por un hombre que había

entrado en su vida sin avisar.

—Sí, así... Gemirás para mí y yo para ti, Wendy.

Cada vez que decía su nombre el mundo giraba sobre sí mismo. Era una auténtica locura.

—Hank...

Gruñó como un feroz animal.

—Estoy tan cachondo que todo el mundo puede notar mi erección, Wendy y es por tu culpa. Tengo que entrar en una reunión importante y solo voy a estar pensando tenerte solo para mí —explicó él.

Wendy rio suavemente.

—Pues vas a causar una buena impresión —bromeó ella.

Y él pareció divertido con eso.

—Tengo que irme, pero antes de que eso pase tengo una petición.

¿Más?

Ese hombre podría pedirle el mundo que ella se lo daría en esos momentos solo por un maldito orgasmo. Toms no le había proporcionado tanto placer tocándola como lo había hecho Hank solo en una llamada.

—Di que serás mía, que no va a ser una fantasía —pidió Hank casi al borde de la locura.

¿Eso estaba bien?

Apenas se conocían.

El miedo, la excitación y los nervios se mezclaron en su mente.

¿Y si ella también era mala?

—No, no lo seré. Aunque siempre podrás tocarte pensando en esta conversación, en este momento de éxtasis que hemos compartido. Porque sí, Hank —ella también sabía jugar—, no vas a superarme. Las otras van a recordarte a mí y vas a tener la polla dura muchas noches pensando meterte entre mis piernas.

Su jadeo fue tan real que casi lo sintió saliendo del teléfono.

—Eso ya lo veremos —prometió Hank—. Tengo que irme, adiós.

Y colgó.

Dejándola con una sensación de vacío tan gutural que tembló abrazándose a sí misma. Había llenado los espacios que nunca supo que tenía a su alrededor, ahora parecía abandonada.

¿Quién era realmente ese Hank y por qué era tan intenso?

CAPÍTULO 12



Hank gruñó en forma de saludo cuando entró en la reunión. Por suerte no era el último en llegar, no le gustaba llegar tarde a ningún sitio, aunque sí habría desviado su dirección para llegar a casa de Wendy.

—¿Ahora nos saludamos así? —preguntó Maël mirándole la entrepierna.

No se avergonzó.

—Tuve una conversación... Interesante —dijo sin más.

Maël asintió. Dejando que se sentase a su lado, le dio unos papeles en los que decía que su hermano había sido dado de alta. Ya lo sabía porque habían estado hablando de ello el día anterior, no obstante, verlo era la confirmación de que por fin tenía buenas noticias.

Girando su silla, abrazó a su amigo con fuerza.

—No sabes lo mucho que me alegro, tío —dijo realmente contento.

Su amigo, en cambio, lo empujó un poco tratando de librarse de su agarre.

—Cuidado que vas a sacarle un ojo a alguien con eso tan cargado.

Ahora sí que sintió vergüenza. Recolocándose el paquete cada uno pareció recobrar la compostura mientras una pausa algo forzada y molesta se abría entre ellos. Ese momento había sido muy extraño.

—¿Es por la chica con la que te han fotografiado?

La pregunta de Maël tenía sentido y estaba claro que era por ella, así que, solo asintió sin tener mucho que decir.

—¿La misma que ha estado con Toms? No es que vaya a juzgarla, soy el primero de disfrutar de mi cuerpo al máximo. Estar con Toms es una experiencia que mejor no vivir, pero me parece curioso que le hayas echado el ojo a alguien que se acerca a él.

No pudo contestar porque Mattia entró en el despacho y, al parecer, ya tenía la oreja puesta en la conversación.

—Lo raro es que una chica como Wendy haya estado con Toms, no es de las que le gustan a él. Esta es... especial de verdad. De esas mujeres que no dejas escapar fácilmente —explicó Mattia.

¿Él también se había interesado?

¿O la veía como él?

—Vas a tener que presentármela —pidió Maël divertido con la situación—. Y, a juzgar por tu erección, primero consumiros el uno al otro para después conocernos con la tensión sexual

rebajada.

Mattia arrancó a reír a carcajadas.

—¿Erección? ¡Tío! ¿Vienes cachondo?

Hank les regaló un corte de mangas.

—Ya no, es solo que estaba hablando con ella antes de entrar. Le he dicho todo lo que quería hacerle y solo de pensarlo me he vuelto loco. He estado a un paso de no venir a la maldita reunión.

Ser sincero era una cualidad que todos apreciaban, aunque esa vez hubieran preferido no saber tanto. Lo vio en sus caras antes de que comprendieran que no tenía suficiente sangre para pensar.

—Yo huelo a romance aquí —dijo Maël esperanzado.

—Yo huelo a cuero quemado de lo cachondo que está, más bien —contraatacó Mattia.

Él solo podía pensar en Wendy.

¿Se estaría tocando por sus palabras?

¿Querría verlo después de esa maldita reunión?

¿Podría hacer las cosas bien por una vez en la vida?

Todas sus relaciones habían fracasado. Lo buscaban por sexo, fama o dinero, no veían a la persona real. Sí que disfrutó en su día de alguna noche de pasión, pero dejó de hacerlo cuando muchas de sus conquistas buscaban hacerse fotos para subirlo a las redes.

Odiaba a la gente en general.

Los cosificaban, los amaban sin conocerlos y mucha gente vivía esa fantasía. Eran un objeto para usar, para disfrutar y después presumir que habían estado con él. A Toms eso no parecía importarle, pero su corazón no podía soportarlo.

Quería ser real, que lo vieran a él en vez de a la banda.

Necesitaba ser visto como una persona, que le escucharan y tuviera opinión propia. Quería gustar, no por ser guitarrista, por su personalidad y cuerpo. Una noche de pasión y tal vez otra.

Salir sin tener que temer que lo exhiban como a un premio.

Ser real.

Por una vez en la vida.

—¿Dejamos el tema? Ya viene Toms —anunció Hank con el rostro totalmente cambiado.

El ambiente cambió justo en el momento en el que el último de la banda entró en acción. Con apenas un saludo cordial, la tensión se podía cortar con un cuchillo cuando él y Hank se miraron.

Al parecer Toms no estaba muy contento después de todo, no entendía los motivos porque él solía olvidar a sus juguetes con mucha facilidad.

—Hemos venido a hablar de la gira —recordó Mattia.

Era una persona que buscaba calmar al grupo siempre, algo que se agradecía, pero no parecía posible.

—Por supuesto, soy todo un profesional. Sé hablar de trabajo sin entrar en temas personales —explicó Toms.

Hank se mordió la lengua.

Si le contestaba ambos se tirarían a la yugular.

Eso le hizo plantearse algo: ¿por qué habían llegado a esa situación?

Nunca antes le habían importado las conquistas de ese hombre y ahora Wendy llenaba su mente. Casi se sentía ridículo, como en una película que el tiempo se para cuando los protagonistas se conocen y surge el amor.

Solo que a él no se le había parado el mundo, se le había puesto dura la polla al verla desnuda

y atada.

No era lo mismo.

—¿Ya te la has follado? ¿Te han gustado mis babas? —preguntó Toms sin siquiera sentarse en la silla.

«El profesional».

—Por suerte ya estaba bañadita, no sabía a ti. Aunque dudo que la hayas saboreado mucho si la dejas tirada dos veces. Yo, en cambio, no he podido dejar de lamerla para borrarte de su piel. Ya no tiene que recordar tu soldadito de plomo, no después de que yo entre con toda la artillería pesada.

Puede que una parte de su mente se hubiera dicho a sí mismo que no tenía que pelear. Puede que no quisiera una discusión y puede que Mattia lo matase después, sin embargo, no pensaba dejar escapar una provocación como esa.

Si quería jugar.

Él sabía hacerlo.

—¿Después a quién se tirará? ¿A Mattia o a Maël?

La insinuación cruzó una raya demasiado roja como para dejarla pasar. No iba a golpearlo, tampoco a tirarlo por la ventana porque estaban cerca del piso número veinte, pero iba a contraatacar.

—Después de ti es normal que haya buscado algo mejor, pero conmigo tiene el paquete completo. No tendrá a nadie más porque la lleno por completo —contestó Hank.

Se estaba comportando como un troglodita, casi como si ambos se fueran a sacar el rabo para ver quién meaba más lejos o cuál de los dos tenía el más largo.

Estaba claro que él.

—Vamos a calmarnos, muchos grupos se rompen por chicas, pero en el nuestro no va a pasar —regañó Maël.

—Exacto. Toms, tú has superado a Wendy, la dejarás en paz. Y tú, Hank, haz lo que quieras con ella, pero no provoques —explicó Mattia casi como si de un padre se tratase.

Ambos no contestaron al momento, tomaron una larga respiración y asintieron como si papá les estuviera regañando después de pelearse. Ahora les haría darse un abrazo para después darse un besito y todo arreglado.

Si le hacía abrazarlo lo estrangularía.

—Yo estoy de acuerdo, la dejaré en paz. Ya tengo unas pocas en la agenda a quien llamar, pero él está quemando todo internet con la foto de Wendy. No paran de hablar de ellos dos, de la pareja del «siglo».

Los celos no le quedaban demasiado bien a Toms, aun así, estaba feliz de verlo retorcerse en ellos como un vil gusano.

—Eso nos viene bien —inquirió Maël en su defensa—. No es que haya sido algo premeditado, pero que hablen de nosotros nos da publicidad y ahora con la nueva gira nos dará un fuerte impulso. Tenemos que aprovecharlo.

Vender a Wendy como un producto publicitario no le gustó en absoluto. No lo había hecho por eso ni mucho menos.

Tendría que hablar con ella de eso, más que nada para que se preparase para que le pregunten sobre ellos. Tal vez ahora comenzaba a comprender que la había metido en un lío mucho mayor.

—Si nos ayuda a vender, yo me apunto —rio Toms.

Ese hombre iba a llevarse un puñetazo.

Mattia tuvo que intervenir de nuevo, sí, porque si no iban a matarse allí mismo les gustase o

no.

La reunión fue larga, pesada y tediosa, pero acabaron bien casi cuatro horas después. Unas horas en las que había tenido que soportar las pullas de Toms y las cuales había contestado con bastante gracia.

No pensaba que una cucaracha le hiciera sentir mal.

Toms fue el primero en irse, seguido de Mattia que lo interceptó antes de llegar al ascensor. Supo, por sus expresiones corporales, que estaba calmándolo y recordándole que dejase pasar el tema.

¿Lo haría?

¿Haría caso a papá?

—Bien, Hank, yo tengo una pregunta —dijo Maël.

Sorprendido, lo miró.

—¿Cuándo me la presentas?

Hank sonrió.

Sí, ese era su amigo y compañero de travesuras.

CAPÍTULO 13



—¿Y por qué no la llamas? —preguntó Maël.

Hank cabeceó un poco la idea.

¿Llamar a Wendy después de una conversación tan caliente?

No sabía qué podía decir después de eso. ¿Hola? ¿Cómo te va? ¿Nos tomamos un café?

¡Oh! ¡Mejor!

¿Follamos?

Eso era de locos.

El juego se le había salido de las manos y estaba fuera de control. Tal vez debía haber pensado un poco más sus movimientos. O quizás haberse alejado, ella era ese peligroso elemento que podía desbaratarlo todo.

—¿Y qué le digo? ¿Quieres un café?

Estaba tan confuso.

Tan perdido.

Solo por jugar un poco.

Maël chasqueó la lengua visiblemente molesto. Yendo a la cocina trajo una cerveza para cada uno, la abrieron y dieron un fuerte sorbo mientras los pensamientos peleaban por colocarse en su sitio uno a uno.

—Sé natural, dile lo que quieres y cómo lo quieres —propuso Maël.

Reprimió el impulso de reír. Era lo más cercano al típico «sé tú mismo» que todo el mundo decía.

—No puedo hacer eso —reconoció Hank.

Los fantasmas del pasado comenzaban a llamar a la puerta, unos que le recordaban por qué se convirtió en el corazón de hierro. Esos motivos eran mucho más pesados que cualquier otra cosa.

—¿Y eso por qué?

Maël era el típico que encontraba algo tecnológico y pulsaba todos los botones como si estuviera loco. Sorprendentemente la máquina no colapsaba, acababa haciendo lo que él quería.

Y eso pasó.

Notó como con él se abría como siempre había hecho. Era esa persona a la que poder explicarle cualquier cosa.

—Wendy se merece un caballero. Flores, abrirle la puerta del coche, llamadas, abrazos después del sexo, enamorarla poco a poco y después perderse en su cuerpo a conciencia —explicó Hank sin tener muy claro qué más decir.

¿Cómo podía pensar así de ella?

Era todo tan extraño y aterrador.

—Pues sé ese caballero que se merece.

Parecía simple. Realmente sus palabras lo alentaban a coger esa opción, aferrarse a ella y hacerlo. La realidad era otra muy distinta, no podía serlo porque era tan imperfecto que asustaba.

—No puedo —dijo enrocándose en eso.

Maël volvió a chasquear la lengua.

—Eres perfecto como eres, Hank —le recordó como si de un mantra se tratase.

Uno que no se creería jamás.

—No soy lo suficiente, tengo demasiadas aristas. Fingir solo lo empeoraría todo —explicó Hank.

No era un príncipe de brillante armadura.

¿Tan difícil de entender era?

—Yo solo sé —y ahora venía la mayor perorata de su amigo— que has dado unos pasos agigantados desde que la conoces. El verdadero corazón de hierro no se ha dejado fotografiar con nadie en años, no ha permitido que nadie lo haga vulnerable y muchos menos le ha declarado la guerra a Toms.

Sí.

No había pensado nada sus actos.

—Y —continuó Maël—, si has dado esos pasos yo me tiraría a la piscina. Después veremos si sabéis nadar, os ahogáis el uno al otro o tengo que tirarme al agua para sacarte de allí.

Estaba al borde de un precipicio, uno al que había evitado asomarse en años. Ya había probado lo que era, se había resbalado y las heridas seguían tatuadas en su piel y alma. Unas que no lo dejarían jamás.

Ahora caminaba lentamente hacia él, solo por una chica que encontró atada y desnuda en la cama de un amigo.

¿No era raro?

Maël le proponía probarlo, quemarse y ver a dónde llegaban. Lo que él no comprendía es que su corazón era de hierro, ya había perdido la capacidad de amar. Nadie podía recuperarse de eso.

—No puedo —volvió a contestar Hank.

Tendría que decirle la verdad a Wendy. La llamaría y le diría que había sido agradable, como un oasis en un desierto, pero que prefería dejarlo estar. Era mucho mejor para ambos antes de entrar en una espiral que los succionase a los dos.

—Una pena porque te está llamando —dijo Maël con su teléfono en la mano.

¿Cuándo lo había cogido?

Anticipando sus movimientos, quiso ir a por él, no obstante, Maël fue mucho más rápido. Corrió al otro lado de la casa mientras descolgaba aquella dichosa llamada. Su amigo era hombre muerte.

La guerra que le había declarado a Toms iba a quedarse en una riña de niños pequeños cuando acabase con él.

—Hola, Wendy. No me conoces, soy Maël, un placer.

Cuando lo escuchó se quedó helado y petrificado en el sitio. Allí, en medio del pasillo, contempló como su amigo se giraba con una enorme sonrisa y ponía el altavoz del teléfono.

Ahora no podía atacarlo. Quizás solo le quedaba tirarse por la ventana.

—Ho... Hola, Maël. Es un placer conocerte —contestó Wendy cortemente.

Y su amigo hizo un «oh» con la boca, como si fuera la cosa más mona del universo. Aquello

era una pesadilla. Ese hombre era el peor de todo el grupo y al final iban a ser uno menos.

—¿Puedo hablar con Hank? —preguntó algo avergonzada.

Sí.

Por supuesto que sí.

—Lo siento, ahora mismo está en la ducha, pero le diré que le has llamado —mintió deliberadamente.

Solo existía un único problema: a Maël se le daba muy mal mentir. Hasta Wendy lo detectó en cuanto lo dijo. Ella dejó escapar un suspiro largo que significó tanto que los estremeció.

Ella creía que estaba siendo rechazada.

«Es lo mejor». Pensó Hank.

—Claro.

—¿Le dejo un recado? —preguntó Maël.

Sí, que podía morirse después de haberla usado para un par de juegos y después dejarla ir como a un perro abandonado.

—No finjas. No soy tonta, no va a llamar.

Maël jadeó. Hank no pudo porque no le quedaba oxígeno en el cuerpo. Apenas era consciente de que su cuerpo respiraba de forma automática y ya. El resto había dejado de existir en ese momento.

—Seguro que sí —aseguró Maël.

Escucharon reír amargamente a Wendy.

—Mira, no importa. Dile que al menos podía ser un puto hombre y decírmelo él mismo. No necesitaba que su amigo hiciera el trabajo sucio.

El odio era un sentimiento amargo en boca y mucho más difícil de tragar si era Wendy la que se lo ofrecía. Hank tembló unos segundos dejando que esas palabras lo apuñalasen varias veces antes de arrancarle el teléfono a Maël de las manos.

—¿Wendy? ¿Hola?

Ella jadeó.

—¿Hank?

La sonrisa oscura de Maël fue tan letal que lo sobrecogió. Ese hombre podía dominar el mundo si se lo proponía.

—Sí. Mira, no te voy a mentir. No estaba en la ducha, es solo que no tenía claro qué decir después de nuestra última llamada. Y Maël solo quiso ayudar —explicó Hank en un arrebato sincero de valentía.

Ahora ya estaba perdido y si se escapaba iba a ser un cobarde. No quería ser eso, tampoco decirle de no verse nunca más. Era como una caricia para una piel que ya había olvidado que eso existía.

Y se moría por probarlo.

—Repíteme: Hola, Wendy, ¿te apetece que nos veamos?

Hank apretó los labios. Gruñó un poco dándose cuenta de que estaba a punto de ceder como si de un perrito feliz se tratase.

No lo haría.

Jamás.

—Hola Wendy, ¿te apetece un café?

Y, sin embargo, lo hizo. A medias.

—Podrías convencerme... Es posible... Me lo tengo que pensar...

Estaba jugando y eso le gustaba. Sonrió sorprendido con su actitud.

—¿Y cómo te convenzo? —preguntó Hank casi suplicante.

En momentos como ese supo que si le hubiera pedido la luna se la hubiera dado. Sí quería verla, sí quería saborearla y también quería ser el hombre que merecía. Ese que podía llegar a ser.

Alguien real.

No solo un producto consumible de la industria musical.

—Bueno, tengo un buen vino para abrir, pero tengo un gusto terrible para elegir películas. Tal vez una estrella del rock como tú, que ha tenido que vivir tanto y ha estado en tantas alfombras rojas puede recomendarme algo decente... —dijo Wendy con una risa nerviosa de fondo.

Trató de ocultarla, pero ya la había escuchado.

Ella jugaba mientras su corazón latía a toda prisa. Estaba nerviosa, ansiosa por saber si él la correspondía.

—Tengo unas cuantas en mente —contestó Hank.

Escuchó cómo su respiración se entrecortaba. También cómo tragó saliva y supo que él podía gruñir glorioso por conseguir ese tipo de reacciones en ella.

—¿Me dejas ir a tu casa? —se envalentonó Hank.

Ahora sí que eso no tenía salvación. Acababa de saltarse todas las salidas de emergencia y solo había corrido a toda velocidad en su dirección. Si eso salía mal iba a ser su culpa.

—Pídemelo bien.

La voz de Wendy sonó sensual, casi como una sirena susurrándote al oído que te metas al agua. Ella iba a ahogarte en su abrazo eterno, en ese momento de éxtasis antes de darte cuenta de que era demasiado tarde.

—Wendy —se lamió los labios después de pronunciar su nombre—, quiero ir a tu casa para abrir ese vino, bebérmelo de tu boca y ombligo. Después pondremos cualquier película cutre y, cuando te aburras de ella, tendré excusa para recorrer tu cuerpo con mi lengua.

Maël tosió suavemente a su espalda.

Había olvidado su presencia.

Por suerte ella no lo notó, bastante ocupada estaba con volver a respirar después de haber escuchado eso. Jadeó dejando salir el aire poco a poco, después tomó un par de respiraciones y contestó.

—Bien, si me lo pides así... No me puedo negar.

Y colgó.

Esperándolo.

Hank se quedó mirando la pantalla iluminada de su móvil mientras procesaba toda la información que tenía. Había pasado de no saber si llamarla a querer dejar de verla y a quedar en su casa.

Para devorarla.

—Tío, te envidio. Esa tía mola de verdad —comentó Maël dándole una palmada en el hombro.

CAPÍTULO 14



Wendy estaba ATERRORIZADA.

Se había duchado, maquillado un poco y vaciado medio armario intentando encontrar algo lo suficientemente sexy para cuando llegase Hank. Todavía le quedaba peinarse y tal vez perfumarse, aunque no en lugares chupables.

Estaba loca.

No podía hacer eso.

—¿Y por qué lo has invitado? Eres tonta —se regañó a sí misma.

Después de la llamada tan caliente que habían tenido era de imperiosa necesidad tratar de ver si era capaz de hacer todo lo que decía. Quería su boca, su cuerpo y conocerlo de verdad.

No solo sexualmente hablando.

No era como Toms.

Toms era un espectáculo físico, no obstante, se negaba a hablar de algo interesante. Todo iba al mismo tema, algo que podía soportar porque solo había buscado tener un momento íntimo.

Hank era diferente.

Era divertido, misterioso y su fachada de tío duro escondía algo feroz detrás. Era ese hombre que siempre enamoraba en las películas o series, el atormentado con corazón de oro.

O al final resultaba que era un canalla.

—Ya podrías haberte estado quieta, pero nooooo. Tú tenías que llamarlo —se dijo a sí misma.

Si la viera hablando sola seguro que la etiquetaría como «loca del año» y saldría corriendo de allí.

El timbre sonó asustándola todavía más. Ahora era real, estaba allí uno de los hombres más conocidos del mundo, uno por el que había club de fans que le desearían la muerte ya mismo.

El soltero más codiciado.

Peligroso.

Hank.

Yendo hacía la puerta tuvo que obligarse a caminar porque no era capaz de hacerlo con la tranquilidad que merecía el momento. Ella lo había invitado, ahora no podía echarse atrás.

Bonnie la mataría si lo hiciera.

Abrió la puerta con una valentía que no tenía y ambos se quedaron mirando con bastante confusión.

No sabían qué decir o qué hacer.

Hank pareció salir de ese trance mucho antes que ella. La miró de arriba abajo con una mirada de hambre tan brutal que ayudó a que temblase. Era la cena de ese hombre y tal vez no iba a poder ni ser el postre.

—Estás impresionante —gruñó Hank como si de un animal salvaje se tratase.

—Tú estás muy guapo.

Guapo no era la palabra.

No existía nada que pudiera definirlo.

Iba casi como el día que lo conoció. Sus pantalones ajustados y negros debían ser marca de la casa ya, no había talla que se ajustase a nadie de esa forma, marcándolo todo y mostrándole lo fuerte que estaba.

Después su camisa blanca impoluta y el chaleco oscuro que deseaba arrancarle para así llegar a la piel más rápido.

Esta vez había cambiado las gafas, estas eran algo más cuadradas y no le daban una imagen de cerebritito. Él era el maestro, el jefe y el dios de toda la clase, ese que chasqueaba los dedos y todos obedecían.

Le gustó ver el sombrero rock que llevaba, tan oscuro como casi toda su ropa tenía un cinto azul oscuro con motivos plateados. Era el guitarrista de los sueños húmedos de cualquiera.

Y podía estar con él.

—¿Puedo pasar? —preguntó Hank con cierto nerviosismo.

Wendy dudó. Miró hacia atrás para volver a encararlo.

—No lo sé... —contestó con voz temblorosa—. No sé qué estamos haciendo realmente. Tengo un poco de miedo.

Su sinceridad iba a estropear aquel momento, Bonnie la mataría y la tiraría a cualquier zanja que encontrase.

Y se lo iba a merecer.

Dando un paso hacia delante, Hank se tomó el sombrero para quitárselo y dejar su cabello, color chocolate, libre. Fue un gesto que parecía trivial, pero nada más lejos de la realidad.

Cubriéndola con su cuerpo por culpa de la cercanía, ese movimiento provocó que lo mirase a los ojos mientras él sonreía. Prometía algo más que miedo esa noche, algo más que dudas.

—Entonces deja que sea yo quien dé el primer paso —pidió Hank.

Wendy aceptó asintiendo.

Hank había tenido dudas durante todo el trayecto, se había planteado mil veces darse la vuelta, escribirle alguna excusa y no volver jamás. No obstante, él no podía hacerle eso.

Como si la gravedad se alterase por culpa de Wendy, se sintió atraído hasta su casa sin poder pensar en nada más.

Ella tenía miedo. Estaba nerviosa y podía verla temblar. Otras se hubieran tirado a su cuello sin pensarlo, casi le hubieran echado el lazo al verlo en el umbral de su puerta, pero Wendy casi estaba a punto de pedirle que se fuera.

Eso le obligaba a ser bueno, a ser la persona que merecía.

Cerró tras de sí atrapándola con la mirada con la misma fuerza que ella lo hacía con él. Sus ojos eran ese remanso de paz que necesitaba para respirar, ese lugar en el que podía ser él mismo sin fingir ser el rockero que todos querían que fuera.

Eso lo animó a seguir.

—¿Película entonces? —preguntó Hank.

Wendy parpadeó asintiendo.

No era lo que quería, pero no le diría lo contrario para no acelerar las cosas.

Acababa de darle la excusa perfecta para salir huyendo hacia el salón, sofá o lo que fuera. De hecho, esperó que así lo hiciera y estuvo a un paso de correr, lo notó en sus movimientos dubitativos y la forma en la que se llevó una mano al pecho.

Entonces negó con la cabeza.

—No, película no —declaró convencida.

Hank sonrió.

Con mucha cautela, como si estuviera a punto de tocar a un tigre salvaje, Hank llevó una mano a la parte superior del brazo de Wendy. Esta cerró los ojos un breve instante con el contacto y pareció relajarse instantáneamente.

¿Qué más necesitaba?

¿Un mapa del tesoro?

Como si fuera el mayor corsario que hubiera surcado nunca antes los mares, usó su mano libre para tomar su barbilla. La tomó con firmeza suficiente como para saber que la tenía presa, que era suya.

Entonces descendió besándola profundamente. No quería juntar sus labios y ya está, necesitaba tomarla de verdad. Que su boca fuera como un santuario al que rezarle todos los días antes de dormir.

Saboreó su interior cuando esta le dejó pasar. Su lengua juguetona le prohibió el paso unos segundos, aunque supo ganársela porque se retiró para después darle caza.

Hank tuvo que obligarse a respirar cuando las manos de Wendy se aferraron a su camisa. Primero lo hicieron con cariño, casi delicadamente, pero después se agarraron con ferocidad arrugando el tejido de la ropa.

Dejando su barbilla, viajó a su nuca y la acarició. Dejando que sus dedos entrasen entre los mechones de su pelo, alcanzaron su piel y la aferró con fiereza.

Lo peor vino después. Ella gimió, lo hizo de verdad perdiéndose en su boca y entonces el caos explotó a su alrededor como si siempre hubiera estado allí, esperándolos, deseando que cayeran en la trampa.

Wendy supo que ese hombre sabía a lima y que olía a peligro. Estaba tomada por sus manos, la sostenía casi como un premio al que admirar mientras su lengua hacía piruetas en su boca.

Entonces Hank tomó una de sus manos, la soltó del agarre de su camisa y la guio pecho arriba hasta su hombro. Wendy, casi regañándole, succionó su labio inferior en señal de advertencia.

¿Y él qué respondió?

Se apretó contra su cuerpo dejando que todo entero rozase contra su piel. Ya casi parecía que no tenían ropa porque su calor corporal la estremeció. Era tan caliente como prometía.

No quisieron soltarse para respirar.

Wendy dejó que su mano derecha viajase por su pecho, palpándolo mientras buscaba un lugar donde sujetarse para no caerse. Ese hombre era una atracción sin cinturón de seguridad.

Y fue peor cuando la tomó de la cintura.

Con su cuerpo contra el suyo, Wendy se aferró a su hombro y después dejó que su otra mano fuera a su brazo. Necesitaba tomarlo, cogerse fuerte mientras la gravedad desaparecía.

Nunca la habían besado así.

Jamás la habían tomado de esa forma, dejando sus instintos más primarios al descubierto y con sed de más.

Era salvaje.

Caliente.

Y necesitaba más de ese hombre.

Hank rompió el beso, lo hizo poco a poco, casi como si le costase soltarse o hubiera una fuerza magnética que lo enganchara a ella. Con ambos jadeando en busca de aire, ascendió hasta que sus frentes estuvieron la una contra la otra.

Y su mirada la desbarató de los pies a la cabeza.

—¿Abro el vino y bebo de tu boca? —preguntó Hank.

Era el momento de la verdad. Bien podía echarse hacia atrás y dejarlo pasar o perderse en aquella aventura tan extraña y caliente.

Él no había entrado en sus planes de ninguna de las maneras. Nunca hubiera imaginado algo semejante y, aun así, era algo real. Tenía la opción de ser valiente o arrepentirse el resto de su vida.

Tomándolo del cuello de la camisa, sonrió y lo obligó a descender para tenerlo a su merced. Besó sus labios lentamente, saboreándolo, pero sin dejarle entrar en su boca. Solo entonces tomó su labio inferior y lo succionó arrastrando un gemido con él.

—Después —contestó finalmente Wendy—, ahora quiero tu boca en otro sitio.

Soltando su camisa bajó hasta tomarle una mano, él se aferró a ella aceptando el trato que estaban a punto de sellar.

Guiándolo mientras sus caderas se contoneaban sensualmente, caminó hasta su habitación, llevándose consigo como si fuera una sirena y aquel lugar fueran las aguas profundas donde se ahogaría.

Hank no consiguió llegar a la habitación, tuvo que detenerla, cogerla de la cintura y aprisionarla contra la pared. Notó como Wendy parecía jadear de sorpresa antes de regalarle una sonrisa juguetona.

¿Sabía lo que eso acababa de desatar?

A toda velocidad bajó hasta su cuello y lo tomó como si de un vampiro se tratase. Lamió su piel con verdadera hambre, de pronto tuvo la sensación de que ella era algo nuevo en su vida. Sintió que sus papilas gustativas saboreaban por primera vez, como si nunca lo hubieran hecho antes.

Wendy gimió profundamente cuando Hank le mosdisqueó el cuello. Gritó su nombre, lo hizo con verdadera pasión.

Sintió que iba a consumirse allí mismo.

Levantó una mano tratando de tomar el cuerpo de ese hombre, de tocarlo y acariciarlo, pero Hank pareció verla venir y la aprisionó primero. Entrelazando sus dedos a los suyos, la obligó a retroceder hasta que su mano tocó la pared.

Y pasó lo mismo cuando trató de hacer el mismo movimiento con la otra mano. La alcanzó, entrelazó sus dedos y la contuvo contra la pared.

Después ascendió para tomar su boca. La besó ahogando su voz cuando Wendy trató de pronunciar su nombre de nuevo. Sus labios la dejaron muda, alimentándola con besos y quemándola tan profundamente que supo que jamás volvería a ser la misma.

Ese hombre dejaba huella.

Una imborrable.

Provocándolo, Wendy se contoneó forzando que él pareciera gruñir. Se frotó contra su cuerpo buscando hacerle perder el control una vez más. Pecho contra pecho e intimidad contra intimidad, descendió levemente para después subir.

—Si sigues así no vas a llegar a la cama, voy a hacértelo aquí mismo —advirtió Hank con

una mirada letal.

Wendy levantó el mentón con orgullo.

—Puede que algo sí hagamos aquí —contestó.

Sacando una valentía que no sabía que era suya, Wendy liberó sus manos para colocarlas en el pecho de Hank. Después, mirándole a los ojos con intensidad, lo empujó levemente hasta que su espalda tocó la pared de detrás.

Arrancándole el chaleco provocó que él dejase escapar una risita pícara. Después vino la camisa, la cual abrió lentamente, con suma paciencia mientras Hank la miraba como un animal hambriento.

—No me tortures así... —suplicó bajando a sus labios.

Wendy le negó el beso y siguió con los botones.

—Te gustará después —prometió convencida.

Cuando estuvo abierta, se regodeó en el movimiento de sus músculos al írsela quitando. La tela se deslizó por su piel mostrándole un cuerpo hecho exclusivamente para el pecado.

Ese hombre había sido esculpido por dioses y tenía la capacidad de arruinar cientos de vidas con él.

Wendy se pasó la lengua por los labios al notar que se le secaban.

No pensó, solo actuó. Besó un pectoral, después el otro y mirándolo levemente unos segundos a los ojos, usó su lengua para descender lo más lenta que supo. Necesitaba saborearlo a conciencia, recordarlo para siempre.

Le gustó verlo al borde de la locura, gemir profundamente mientras su cuerpo se sacudía de anticipación sabiendo lo que vendría a continuación. Ambos deseaban eso, pero Hank aceleró su respiración casi imaginándose.

Entonces Wendy tomó el cinturón de su pantalón, lo abrió con la misma calma que con la camisa. Fue cuando se arrodilló, quedando a la merced de ese hombre, que él jadeó conteniéndose.

Volvió a mirarlo.

Necesitaba ese contacto visual para ser fuerte, para continuar con la batalla que habían iniciado. Y él sonrió casi dándole el mundo en bandeja de plata.

Tomó su pantalón al mismo tiempo que su ropa interior. Esta vez no se regodeó, lo bajó a toda prisa descubriendo su miembro duro y humedecido esperando ser tomado; ser saboreado.

Wendy lo tomó con una mano disfrutando con la sensación antes de abrir la boca y metérselo sin contemplaciones. El grito gutural de Hank no la asustó, pero sí la animó a seguir adelante.

Él parecía un animal salvaje, casi como un tigre a punto de comerse a su presa y eso era tan excitante que la volvió loca.

No tuvo piedad. Se lo metió en la boca una y otra vez, dejando que todo él fuera saboreado con verdadera devoción. Él era grande, duro y fuerte y peligroso. Y Wendy estaba perdida en su cuerpo.

Entre jadeos de puro placer, Hank acarició su mejilla con sumo cariño.

—Wendy... —dijo disfrutando de ese momento.

Lo tomó el tiempo que necesitó, entrando y saliendo de su boca mientras él parecía estar convirtiéndose en bestia mientras gruñía y se perdía en ese placer.

Fue cuando Wendy se retiró un poco para respirar que Hank lo aprovechó. Tomándola de la barbilla, la levantó y la besó mientras sus manos afianzaban su rostro con cuidado.

—Ahora... Es mi turno —declaró casi quemándola con esa mirada.

Wendy tembló.

No de miedo, aunque sí por pura excitación.

Él se quitó los zapatos y acabó de sacar su ropa en un ágil movimiento que la sorprendió. No rio, no obstante, tuvo que contenerse para no decirle que ese era un buen truco.

Tomándola de la mano, él se aventuró a la primera puerta que encontró. Agradeció ver que era su dormitorio porque necesitaba tomarla ya.

Hank deseó ser capaz de quemar ese vestido que llevaba Wendy, así no tendría que pelearse con ningún cierre. Pero como no era mago, la giró para encontrarse una cremallera que pedía a gritos ser bajada.

Esta vez, a pesar de que su mente le decía que «no», fue paciente y la bajó muy poco a poco. Eso provocó que recibiera una mirada de reprobación por parte de Wendy, una que le hizo reír.

—¿No te gusta? Tú has hecho lo mismo —dijo Hank.

Ella resopló.

—Copión.

Solo cuando llegó a la base supo que era el momento de descubrir ese cuerpo que tanto ansiaba acariciar. Tomando la tela sobre sus hombros, lo fue bajando poco a poco y él pareció colaborar porque cayó por su propio peso hasta sus talones.

No quiso pensar, no quiso nada más que sentir.

Depositó un primer beso en su hombro, uno que provocó que Wendy echase la cabeza hacia atrás con un jadeo entre los labios. Entonces la tomó con sus brazos, dejando que sus cuerpos calientes chocasen.

—No llevas bragas —rio Hank en su oído.

—¿Es un problema?

Era pícara, caliente y su cuerpo era el mayor de los pecados.

¿Qué más podía pedir?

—Para nada, así puedo follarte antes —contestó Hank.

El cierre del sujetador resbaló entre sus dedos, sin oponerse a ser abierto y después hizo que esa prenda cayera al suelo. Era el momento de comer, ella era el primer plato, el segundo y el postre.

Y no pensaba dejarse ni un trozo.

Girándola sobre sí misma, la guio de espaldas hasta que sus piernas tocaron la cama. Después, como si fuera un dulce animalito desvalido, le dio sus manos para ayudarla a subir sin que se hiciera daño.

Después se convertiría en el lobo que se la comería.

Subió con ella, dejando que su cuerpo se frotase contra el suyo. Su pecho tocó sus piernas y ascendió por su vientre hasta cubrirla por completo. Entonces volvió a besarla con locura.

Esa boca era el lugar seguro, ese sitio en el que perderse para renacer de nuevo. Esta vez la lengua de Wendy fue más dura, lo golpeó con fuerza mientras bailaba como una auténtica amazona.

Hank no veía el momento de dejar que sus manos recorrieran su piel. Deseaba tocar tanto y solo tenía dos manos... Iba a ser concienzudo porque necesitaba estudiarla, sentirla como suya.

Bajando por sus hombros, no se avergonzó en ir directamente a por sus pechos. Colmándose de ellos en las palmas de sus manos, sonrió como si acabase de conquistar el mundo entero.

Rompió el beso porque su boca le pidió llenarse de ella, de otra parte de su cuerpo. Y, cuando tomó su pezón, los dos gritaron de forma tan gutural que parecieron conectar de mil formas distintas.

Arqueando su espalda, Wendy buscó que su piel rozase la de ese hombre. Él la volvía loca, la

ayudaba a retorcerse en busca de placer y la calmaba para después morir por su lengua.

Torturó un pecho al mismo tiempo que abrió sus piernas con las suyas y se coló entre ellas. Llenó ese espacio reclamándolo como suyo propio y ella lo aceptó con verdadera alegría.

Jadeó cuando tomó el otro pecho entre sus labios, pero gritó cuando notó que los dedos de su mano derecha descendían por su vientre hasta su intimidad. La acarició con calma, descubriendo cada labio y pliegue antes de tomar el clítoris para masajearlo.

Wendy tembló cuando sus dedos le proporcionaron placer. Se dejó llevar por sus movimientos, por su lengua saboreando su pecho y cerró los ojos disfrutando. Él era caos y destrucción, pero también salvación.

Y llegó al orgasmo con su nombre entre los labios.

—¡Hank! —gimió retorciéndose de placer dejando que aquellas oleadas punzantes la atravesasen.

—No existe mayor placer que sentir como tus labios lloran mi nombre —ronroneó Hank en su oído—. Pero no he acabado contigo.

Wendy no podía pensar, en su mente solo existía el placer y los restos de un orgasmo que la había golpeado con fuerza. No podía recuperarse de eso, no tenía aliento suficiente.

Sin tiempo a reaccionar, los labios de Hank cayeron sobre su sexo, tomándola tan rápido que la sorpresa la agitó. Él usó sus manos para tomar sus caderas casi como si tuviera miedo de que fuera a escaparse.

La saboreó con voracidad. Hasta lo escuchó gruñir con la boca completamente llena de ella. Succionó su clítoris dejando que Wendy experimentase momentos de verdadera locura.

Entonces lo miró y se dio cuenta de que él ya la miraba desde hacía unos minutos. Su mirada fue tan intensa que creyó derretirse allí mismo. Se vio reflejada en sus pupilas mientras la tomaba con la lengua como un verdadero loco.

—Hank...

Él acababa de saborear la ambrosía que tanto ansiaban los dioses. El cuerpo de Wendy se la había proporcionado de buen grado y ahora un siervo de esa mujer. Estaría a sus pies siempre que pudiera a beber de ella de nuevo.

Casi prediciendo lo que vendría a continuación, Wendy estiró la mano hacia la mesilla de noche. Del primer cajón sacó un preciado preservativo que le arrancó de entre los dedos dispuesto a no perder el tiempo.

Wendy sonrió viéndolo pelear con ese trozo de plástico, parecía estar a punto de volverse loco tratando de encajarlo correctamente, pero, cuando lo consiguió, su locura fue puramente real.

Colocándose sobre ella, la cubrió por completo antes de tomar sus labios. La besó suavemente, casi con miedo de hacerle daño, la saboreó poco a poco, dándose el tiempo suficiente como para continuar.

Después se acomodó entre sus piernas y entró en ella. Lo hizo con sumo cuidado, mientras los besos la distraían y enloquecían a partes iguales. Después, cuando estuvo totalmente dentro, se estuvo quieto unos segundos.

Era grande, caliente y necesitaba que se moviera, así que, Wendy contoneó sus caderas.

—No tienes espera —rio Hank.

—Te necesito ahora, Hank —sollozó ella.

Él se movió un poco, dándole placer, aunque no lo suficiente y fue entonces cuando lo fulminó con la mirada.

—Eres tan mona cuando te enfadas —bromeó Hank.

Ella no le encontró la gracia.

—Pídeme lo que quieras y será tuyo, Wendy —susurró acercándose a sus labios.

Estaba lista.

Caliente.

Y abrumada.

—Fóllame, Hank.

Acató la orden casi como si acabasen de pedirle que se lanzase al vacío a oscuras. Se movió, esta vez con fuerza y comenzó a bombear con velocidad dejando que el placer les hiciera gemir a la vez.

—Eres un paraíso —dijo Hank.

Le hizo el amor, entre caricias y besos, él tomó su cuerpo como un lugar sagrado. Ella era una pieza de arte para ser observada y cuidada. Wendy era la que desataba una parte de él que llevaba demasiado tiempo dormida.

—Me... Me... —tartamudeó Wendy moviendo las caderas, acompañando sus movimientos e instándole a ser más rápido.

Hizo lo que necesitaba, quería verla llegar, ser el culpable de ese orgasmo que parecía estar a punto de saltar por los aires. Entonces tomó su barbilla y la instó a mirarlo a los ojos unos breves segundos.

—Córrete para mí.

Al momento, Wendy se arqueó y tembló mientras el orgasmo la sacudía de los pies a la cabeza. Se aferró con fuerza a sus brazos como si tuviera miedo de caerse a un abismo y él la sostuvo con cautela.

Bebió de sus labios después de eso, los tomó mientras notaba como ella luchaba por respirar y el clímax la abandonaba.

—Vas a matarme —declaró Wendy.

—Si morimos, moriremos juntos —prometió Hank.

Y, como si se hubieran girado las tornas, ella puso las manos en el pecho y lo empujó instándole a salir de encima.

Wendy ronroneó cuando Hank se movió sin rechistar. Ahora era suyo, completamente suyo y pensaba gozar de ese momento. Lo instó a tumbarse, dejándolo expectante para el siguiente movimiento.

Sintiéndose poderosa, como si de una amazona se tratase, Wendy subió a ahorcajas sobre su cuerpo y dejó que su miembro entrase en ella hasta lo más profundo. Ambos gimieron con fuerza en ese momento.

Después solo se miraron unos segundos.

Acariciándose un pecho, Wendy comenzó a contonear sus caderas provocándole oleadas de placer. Fue un manjar para la vista verlo retorcerse, gemir y cerrar los ojos mientras ella lo montaba.

Entonces ascendió un poco y bajó, comenzó a repetir ese movimiento mientras él se perdía en el placer. Saborearon ese momento, mirándose, gritándose de puro éxtasis el uno al otro y deseándose.

Wendy subió el ritmo, entonces Hank la tomó de la cintura afianzándola con fuerza. Después ascendió un poco hasta lamerle un pezón para después desplomarse de nuevo sobre la cama.

Y se dejó llevar.

Moviéndose al compás, los dos comenzaron a follar el uno al otro. Buscaron el placer de su acompañante y también disfrutaron del suyo propio. Se tomaron sin contemplaciones, sin miedo

y con tanta hambre que parecían no haber comido nunca.

Entonces Wendy llegó de nuevo, casi explotando entre sus manos como fuegos artificiales. Y fue tan mágico verla llegar que supo que no existía belleza en el mundo que la igualase.

No se detuvo, Wendy siguió subiendo y bajando a pesar de que el clímax la abandonó segundos después. Lo tomó profundamente, casi gruñendo desesperada dejando que su miembro la penetrase una y otra vez.

Hank apretó la mandíbula cuando notó el orgasmo llegar. Buscó la mirada de Wendy, haciéndola cómplice de lo que vendría a continuación y ella sonrió absolutamente gloriosa.

—Córrete para mí, Hank —dijo devolviéndole la orden.

Gritó llegando al clímax tan salvajemente que creyó desmayarse allí mismo. Culminó, enterrándose en su cuerpo casi reclamándolo como suyo. Y logró decir su nombre entre respiraciones agitadas.

—Wendy...

Compartiendo las mismas respiraciones agitadas, ambos volvieron a mirarse el uno al otro, contemplándose con auténtica pasión antes de que Wendy se desplomase a su lado, completamente agotada.

Su risita picante le resultó demasiado seductora. Era una auténtica perdición esa mujer.

Y si esa noche seguía así...

Tal vez ninguno de los dos saliera con vida de ese dormitorio.

CAPÍTULO 15



Hank observó a su acompañante. Ella dormía plácidamente, su respiración tranquila y profunda parecía indicarle que estaba en calma, que no había ninguna pesadilla en su mente.

Era una imagen tan serena que le sobrecogió el corazón.

No era de los que se quedaba a dormir después del sexo. Siempre solía quedarse un rato, un par de horas antes de marcharse. No era como Toms, que las dejaba tiradas. Él conectaba con sus parejas sexuales, hablaban y dejaban claro los puntos antes de que partiese.

Pero con Wendy había sido diferente.

Todo lo era.

Y eso daba miedo.

Una hora antes:

—¿Ya te escapabas de mí? —preguntó Hank viendo a Wendy salir de la cama.

Ella, de puntillas porque el suelo estaba demasiado frío, contoneó sus caderas yendo hacia la puerta.

—No, me hago pis y tengo hambre. Estaba tan nerviosa porque vinieras que no he comido nada en casi todo el día —explicó.

Su sinceridad lo golpeó fuertemente.

Acomodándose sobre sus codos, se irguió un poco para verla marchar hacia el baño. Le resultó curioso que pudieran hablar de un tema tan trivial como el pis después del sexo.

Ella era... ¿Impactante?

Salió con una sonrisa en los labios y un alivio completamente comprensible.

—¿Puedo ir a limpiarme? —preguntó Hank.

Wendy sonrió.

—No, quédate con el condón colgando —rio.

Lo vio levantarse de la cama. Era glorioso, como un guerrero a punto de entrar en batalla, tan imponente que sus instintos le gritaban una y otra vez que se arrodillase a su paso para pedirle clemencia.

Y puede que lo hiciera.

Tal vez si le pedía que le hiciera el amor de nuevo aceptaba hacerlo.

Dándole una suave palmadita en el trasero, Hank pasó por su lado hasta encerrarse en el baño para limpiarse.

Y ese era el momento para correr a la cocina para prepararse algo para comer. Los nervios le habían impedido hasta beber agua y ahora, con toda la tensión liberada, necesitaba llenarse de otra cosa.

—¿Tienes hambre? Puedo prepararte algo —preguntó Wendy alzando la voz para que la escuchara.

No contestó inmediatamente.

—Vale.

¿Qué podía ofrecerle?

¿Qué comían las estrellas del rock?

Abriendo la nevera, el frío golpeó su cuerpo lo suficiente como para tener que cerrarla de golpe. Era mucho mejor pensar en qué hacer antes de actuar. De lo contrario se convertiría en un bloque de hielo.

—¿Qué comes? —preguntó Wendy escuchando los pasos de Hank acercarse.

Él, que no comprendió demasiado la conversación, la tomó de la cintura y la apretó contra su cuerpo antes de darle un beso.

—A ti —contestó.

Derretirse al estar cerca de ese hombre era algo obligatorio, su forma de hablar y de ser te atrapaba profundamente.

—A ver, que no soy nadie famosa ni nada, no sé qué coméis y tampoco tenga claro que pueda tener algo que te guste o de tu clase —explicó Wendy sintiéndose un poco mal por pensar así.

No tenía nada que ofrecer.

Atrapada entre sus brazos, quiso retroceder, no obstante, él pareció contenerla con más fuerza. Entonces rehusó mirarlo, puede que por vergüenza por darse cuenta de que no era suficiente.

Que aquello había sido una fantasía agradable, ahora la realidad se imponía.

—Wendy —dijo Hank con autoridad.

Obedeció casi instintivamente, como si su cuerpo no pudiera resistirse a su voz.

—Soy una persona normal y como cosas normales. Si tienes pan de molde y crema de cacao me harás el hombre más feliz del mundo.

La normalidad con la que lo dijo la abrumó. Los miedos podían provocar que sintieras que el mundo se derrumba a tu alrededor cuando no es verdad. Y, por suerte, tenía todo lo que había pedido.

Sonriéndole con alegría, se puso de puntillas para darle un beso en la línea de la mandíbula inferior y fue a buscar la comida. Esta vez sí la soltó, disfrutó de verla dar saltitos hacia un mueble esquinero del cual sacó todo lo que le había pedido.

Su alegría era real, estaba contenta con poder satisfacerlo y eso le resultó adorable. Era feliz con bastante poco y esa era una cualidad rara de ver.

Cuando tuvo dos bocadillos preparados, le tendió uno a Hank y se sentó en la esquina de la encimera, en el lado más alejado de donde los había preparado. Él la acompañó yendo hacia ella, pero antes se detuvo para coger el bote de crema de cacao que había dejado sin cerrar.

Mattia enloquecería si la viera dejando eso así, con el cuchillo de untar dentro y ella sentada así. Bueno, a él también le hubiera molestado en otro momento, por suerte en ese le pareció lo más erótico.

—Me miras extraño... ¿Sientes la necesidad de desinfectarlo todo? —preguntó Wendy

enarcando una ceja.

Hank negó.

—No puedo decirte de lo que siento necesidad —jugueteó antes de empezar a comer.

La película había desaparecido del plan de aquella noche, así como también una cena romántica. En realidad, ¿qué era más romántico que un bocadillo dulce?

Era lo más original que había hecho nunca.

Comieron en silencio, mirándose como si esas miradas pudieran decir algo más que palabras. Durante un segundo, ambos creyeron sentir el corazón del otro, como si aquella conexión fuera mucho más profunda.

—¿Por qué has traído el bote? —preguntó Wendy acabando de comer.

Cierto.

El bote de crema de cacao.

Hank, que apenas era capaz de tragar el último bocado, sonrió casi atragantándose por culpa de su imaginación.

Él quería hacer algo expresamente con ese dulce, solo que no tenía claro si ella iba a aceptarlo. Tal vez era momento de pasar a la acción y olvidarse de todo lo demás. Solo los valientes pueden conseguir algo bueno.

Metiendo un dedo en la crema de cacao, lo untó bien y, después, lo llevó hacia ella. Wendy no se movió ni un ápice, esperando expectante cuál sería su siguiente movimiento.

Manchándola con el dulce, restregó su dedo contra su pezón derecho. Lo cubrió completamente, dejándola pringosa y tan apetecible que sintió que se le hacía la boca agua.

—Para eso traje el bote —contestó Hank.

Tenía crema de cacao en el pezón, eso era un hecho irrefutable.

Nada lo cambiaría.

Temblando por la anticipación, Wendy se arqueó un poco casi ofreciéndose como si de un regalo se tratase.

—¿Me limpias? —preguntó con una leve sonrisa.

Hank miró su dedo todavía manchado y, sin contestarle en ningún momento, volvió a mojarlo en la crema para después sacarlo y lucirlo con orgullo. Wendy supo que en su mente viajaban mil ideas.

¿Alguna sería buena?

¿Saldrían de una pieza de ese lugar?

—Ahora estate muy quieta... —advirtió Hank.

Lo estuvo, más que nada por la curiosidad hacia su nuevo movimiento, necesitaba saberlo. Él se acercó peligrosamente hacia su otro pezón, sin embargo, pareció pensárselo mejor y ascender hasta su cuello.

Comprendiendo lo que ocurriría, Wendy miró hacia el techo dándole todo el espacio disponible como para que pintase su piel.

Rio cuando su dedo le hizo cosquillas, aunque luchó por aguantar en el sitio. Quería que eso pasase, lo necesitaba más que nada.

Y, después, ella metió un dedo en aquel bote.

—Mi turno —declaró convencida.

Yendo directamente bajo su ombligo, trazó una línea hacia abajo y no se detuvo hasta llegar a la punta de su miembro. Esa era la cúspide que necesitaba saborear. Además, no contenta con el resultado, mojó el dedo una vez más para pintarle bien.

—Eso ya es gula —rio Hank.

Sí.

Lo era.

Iba a pecar de golosa esa noche porque volvió a mancharse esta vez para llegar a sus labios. Trazó otra línea, esta vez en horizontal de comisura a comisura prometiéndole saborearlo a conciencia.

Hank no pudo soportarlo. Abriendo la boca tomó el dedo de Wendy y lo saboreó. Gruñó cuando el dulce se mezcló con el sabor de su piel, era incluso mejor de lo que había sentido antes.

Y, para cuando la dejó ir, ambos tenían el mapa del tesoro con el camino a seguir.

Como si se tratase de un auténtico salvaje, Hank se lanzó sobre el pezón de Wendy pillándola de improviso. Se lo metió en la boca dejando que su lengua comenzara a dibujar círculos con los que borrar sus manchas.

Era un manjar.

Nunca antes había saboreado nada semejante.

No existía.

Wendy gimió de puro placer. De pronto pareció querer desmayarse, pero él puso sus manos en su espalda y la sostuvo con fuerza. No podía escapársele ahora.

Solo cuando tuvo su piel bien limpia, supo que era el momento de algo más. De ir hacia otro premio sabroso que había manchado a conciencia. Y tenía que ser bueno limpiándola.

Quizás el mejor.

Con sumo cuidado, la tomó de la nuca. La llevó hacia él con lentitud, contemplando sus ojos y descubriendo que sus pupilas estaban dilatadas como las de un felino por culpa de la excitación.

Era perfecta.

Wendy tembló entre sus manos, dejando que Hank la guiase hasta su boca una vez. La besó, pero no como se besa a alguien de una noche, ese era un beso distinto. Fue profundo, conquistador y quiso dejar claro que ese momento no iban a olvidarlo jamás.

Luchando por sobrevivir, Wendy tomó aire cuando vio que Hank se acercaba a su cuello.

Por miedo a la caída profunda al abismo, se sujetó a los hombros de ese hombre. Y este la mordió con suavidad arrancándole el mayor gemido hasta la fecha. Incapaz de pensar en nada más, se abrazó a su cuerpo mientras Hank la lamía.

No tuvo piedad, frotó su lengua contra su piel, limpiándola y provocándole un placer que no esperó encontrar.

Ese lugar siempre había sido sensible para ella, pero ahora había adquirido un nuevo nivel.

—Hank... —suspiró.

Cuando acabó de lamerla ascendió a su boca de nuevo. Con el sabor dulce en sus labios, ambos se tomaron como si jamás lo hubieran hecho antes. Fue reconfortante toparse con esa cercanía y muy estimulante golpearse con la lengua.

Danzaron, casi como si fuera un baile medieval, con sus lenguas tomando todo lo que pudieran dar.

Se asaltaron como verdaderos vikingos, olvidándose de la lógica o cualquier raciocinio posible.

Solo entonces Wendy se retiró unos centímetros.

A Hank no pareció gustarle porque apretó la mano que seguía en su nuca y no lo consiguió. Ella se mantuvo inflexible, lo que le arrancó un suspiro a ese hombre a modo de desesperación.

—Ahora yo —rio Wendy.

Cediendo y luchando contra sus instintos, Hank retrocedió los pasos que Wendy le pidió.

Ella bajó de la encimera, lo hizo poco a poco dejándole observar el espectáculo. Al final, descubrió que ella se colocaba de rodillas en el suelo arrancándole un gemido glorioso desde lo más profundo de la garganta.

—Me toca a mí saborearte.

Y él se moría porque lo hiciera.

Tomó su miembro sin miedo, desde abajo evitando mancharse la mano y se lo metió en la boca. No esperó a lamerlo superficialmente primero, lo tomó con fuerza provocando que Hank perdiese el control.

Esa lengua podía declararse absolutamente ilegal.

Era buena, muy buena.

Lamió con fiereza cada pulgada de su piel, dejándolo limpio mientras el placer lo hacía respirar, gruñir y gemir a la vez.

—Dame las manos —pidió Hank.

Wendy revoloteó un poco antes de dárselas. Él las tomó con cariño, descendió lentamente y besó la palma de una para después repetir el mismo movimiento con la otra.

Acto seguido, entrelazó los dedos con los de Wendy y las echó hacia atrás hasta aprisionarlas contra la encimera.

Allí, de rodillas y con las manos sujetas, era un espectáculo para la vista. Nunca antes había contemplado algo semejante. Era un deleite para todos los sentidos disponibles en ese momento.

Con cuidado, él movió sus caderas hacia delante y hacia atrás mientras ella lo tomaba.

Ambos gimieron, algo que lo ayudó a seguir. No fue violento o duro, quería que ambos disfrutasen de ese momento. Y ella lo chupó con verdadera hambre.

Ese placer era demasiado como para sobrevivir.

Solo cuando Hank la liberó, Wendy volvió a ponerse en pie. Ambos se miraron en absoluto silencio, sonrientes por aquello, pero sabiendo que no podían acabar ahí.

Tomándola por el trasero, Hank la levantó y la sentó en la encimera. Después, con cuidado de que no se hiciera daño, la tumbó sobre ella. El frío de aquel material al chocar con su espalda la hizo arquearse con un gemido.

—Veo que te gusta el efecto frío —bromeó Hank.

Tomándola por los muslos, tiró de ella un poco colocándola mejor, más cerca de su cuerpo y supo que aquella cocina se había hecho a la altura perfecta.

—Hank... —suspiró Wendy.

Una de sus peligrosas manos, la derecha para ser más concretos, descendió por su piel, tocándose un pecho antes de tomar su intimidad. Verla tocarse fue como echar gasolina al fuego.

—¡Oh! —alcanzó a decir Hank.

No se contuvo porque no quedaba autocontrol en su cuerpo. Acercándose sin dejar de sostener sus muslos, se enterró en su cuerpo mientras la veía masturbándose tan pícaramente.

—Eres demasiado peligrosa —reconoció Hank.

Wendy solo gimió.

Bombeó con fuerza y rapidez, ansioso por dejar que el placer los embriagase hasta el más y puro de los éxtasis. Esa noche habían acordado morir en los brazos del otro, nadie saldría vivo de allí.

No de una pieza al menos.

Wendy retiró su mano cuando el orgasmo la sacudió de los pies a la cabeza. Se retorció de puro placer mientras su clímax la golpeaba hasta lo más profundo de su cuerpo.

Y Hank no se detuvo.

Subiendo una de sus piernas sobre su hombro, dejó caer la otra para así poder apoyar una mano en la encimera. Segundos después, buscó la mano de Wendy, la misma con la que se había masturbado y se la llevó a la boca.

Saboreó sus dedos húmedos, gimiendo y loco por su sabor.

—Eres...

No pudo decirlo.

No tenía palabras para describirlo.

Ella acarició su pecho, lo hizo con cariño mientras él bombeaba con fuerza. Necesitaba mirarla, ver lo que cada movimiento les provocaba el uno al otro. Sentir como el placer viajaba del uno al otro sin cesar.

Sin soltar la mano que acababa de saborear, la ayudó a descender hasta la cima, aunque no la soltó.

Cogerle las manos le ayudaba a seguir vivo, era como ese salvavidas que lo alejaba del borde de un precipicio. Hacía real ese momento, solo así sentía que no iba a parpadear y perderla.

Wendy lo acarició con verdadero sentimiento, su mano libre viajó por su piel lentamente para después ascender a su rostro. Dibujó la línea de la mandíbula y también su mejilla, después lo tomó y lo miró tan profundamente que creyó que sus almas acababan de conectar en ese momento.

—Wendy... —anticipó Hank.

Moviéndose los dos al compás, fueron rápido, como si de una carrera de coches se tratase. No se tuvieron miramiento alguno, las contemplaciones saltaron por los aires mientras ambos gemían y gritaban al mismo tiempo.

Y fue entonces cuando Hank llegó casi rugiendo en ese momento. El placer fue tan gutural que solo pudo cerrar los ojos, saborearlo y jadear en busca de un aire que parecía no querer llegar a los pulmones.

Todo por su culpa.

Por Wendy.

Solo por ella.

Volviendo a la realidad:

Recordar lo que habían hecho en la cocina le hizo sonreír. Después de eso la había cogido en brazos como si de una obra de arte se tratase, la apretó contra su pecho y la llevó hasta el baño donde ambos se limpiaron.

No quiso que cogiera frío, así pues, la llevó a la cama mientras los brazos de Wendy se envolvían en su cuello.

Y cayeron en la cama, agotados por todo lo que había pasado.

Ella se había dormido muy rápido, pero él parecía bastante reacio a hacerlo. No había dormido con nadie en años y eso le resultaba terriblemente aterrador.

Wendy era distinta a todas.

Así lo sentía.

Era reconfortante verla dormir a su lado, tan relajada que parecía la paz personificada.

Y él sintió verdadero miedo.

Entonces, completamente dormida, Wendy se apretó contra su cuerpo buscando su calor.

Sorteó su brazo y se colocó entre él y su pecho, justo entonces lo usó como si de una almohada se tratase.

Acomodándose sobre su cuerpo, su mano buscó su corazón y se posó sobre él casi haciéndolo temblar.

Ella se aferró a su cuerpo tan cariñosamente que Hank sintió que algo dentro de él se prendía. Estaba al borde de un abismo, uno que había contemplado la primera vez que la conoció.

Esa mujer podía hacerlo caer.

Hasta lo más profundo.

No obstante, a pesar de que los miedos le pidieron que corriera, que saliera de esa cama, se quedó.

Envolviéndola con su brazo, la sostuvo mientras la sentía respirar profundamente y descansar sobre su cuerpo. Ese iba a ser un momento que atesoraría el resto de su vida, porque era de esos pocos instantes inolvidables.

Con cariño la acarició y disfrutó de su compañía.

Se sentía extraño, pero agradable.

Era esa cercanía la que llevaba años evitando. Nadie podía llegar hasta él, nunca y, sin embargo, Wendy lo abrazaba en sueños. Confiaba en él, lo sostenía refugiándose en su abrazo.

Y Hank suspiró.

Tomando la mano que ella depositó sobre su corazón, Hank entrelazó los dedos como le gustaba hacer. Eso le hizo sentir mejor, casi como si volvieran a conectar. Le transmitió una paz que llevaba años sin sentir.

Una calma.

Una previa a la tormenta.

CAPÍTULO 16



—¿Dos veces? —preguntó Maël engullendo dos galletas de golpe.

Los nervios provocaban que comiera compulsivamente, pero a ese paso iba a ahogarse saqueando los muebles de la cocina. Era la versión rubia del monstruo de las galletas.

—Eso dije, sí. No sé ni cómo pasó... —cabeceó Hank recordando la noche anterior con Wendy.

Por la mañana ambos habían compartido un agradable café antes de darse cuenta de que llegaba tarde a una reunión. Dándole un casto beso como despedida, salió de su casa tan rápido que olvidó su sombrero y el cinturón.

—Claro, eso suele pasar. Te resbalas y le metes la polla a alguien, en el telediario solo hablan de eso —comentó Maël con voz casi irreconocible por lo llena que tenía la boca.

A este paso se le ahogaba y tenía que reanimarlo.

Su día no dejaba de mejorar.

—Sé cómo pasó... No es eso. Es que ella me hizo sentir —hizo una pausa para tragar saliva —, distinto. Surgió todo de forma tan natural que me sentí mal cuando me alejé de ella, cuando me fui de una forma tan brusca de su casa.

Tendría que haberse quedado, lo sabía desde el primer momento y, aun así, había salido a toda prisa tras el café. Ella parecía contenta, pero él solo se atormentaba por no haberla tenido un brazos un buen rato más.

—Huelo cierto toque picante, mezclado con sexo y algo más... Lo de anoche no fue una noche para olvidar. No lo hiciste solo por pasión, amigo —comentó Maël.

Quiso negar aquellas acusaciones.

Decirle que se equivocaba.

Pero no encontró las palabras adecuadas para verbalizarlo.

—No puede ser otra cosa y lo sabes —dijo Hank con bastante brusquedad.

No le gustó que Maël frunciera el ceño, no estaba de acuerdo con él, pero, como siempre con ese tema, no diría nada.

Mattia entró en la sala de reuniones después de imprimir mil papeles que iba a repartirles cuando Toms llegase. A pesar de haber llegado tarde le quedaba el consuelo de que el cantante de su banda era la persona más impuntual del planeta Tierra.

—Aquí huele a Wendy —anunció el recién llegado con una sonrisa.

Hank olfateó el aire y, por desgracia, se dio cuenta de que su perfume se había impregnado en su piel bastante fuerte. Sí, olía a ella, lo que lo reconfortó de un modo que se sintió terriblemente

aterrador.

—Nuestro amigo ha pasado la noche con ella —sonrió Maël.

Iba a matar a ese hombre.

Después caería Mattia porque este sonrió ampliamente y asintió en completo silencio mientras comenzaba a organizar el papeleo.

—Dilo ya, que después viene Toms y no me apetece escucharlo —pidió Hank.

Puesto a sufrir que no fuera con ese idiota cerca.

—Deberías traerla más veces a casa. Su compañía... Te hace bien —declaró Mattia.

Fue a replicar, de hecho abrió la boca para hacerlo, aunque se contuvo porque la puerta se abrió dejando entrar a Toms y sus gafas de sol que parecían cubrirle el rostro entero.

—Mirad, si nuestro querido Toms nos honra con su presencia. Ya pensaba que te habías olvidado de tus compromisos —regañó Maël.

Toms lo ignoró.

Dándole un sorbo al café que llevaba en una mano, buscó un lugar donde sentarse y se dejó caer a peso muerto. Después de eso solo suspiró para dejar claro que no estaba allí por voluntad propia.

Todo él gritaba enfado.

Su look desaliñado indicaba que venía directamente de una fiesta, una que se había alargado más de lo esperado.

—¿Estás demasiado cansado para hablar de la gira? —preguntó Mattia.

Toms asintió.

—Preferiría seguir donde estaba. En el reservado más vip de toda la ciudad mientras dos bellezones rubios se turnaban para chuparme la polla. Tener que dejarlas hambrientas me ha jodido el día —explicó con bastante mal humor.

Al parecer ya había encontrado nuevo juguete, bueno, en realidad eran dos.

—Tranquilo, cuando acabemos podrás llamarlas para que te la sigan chupando o no, eres muy de dejarlas tiradas después del sexo. Tal vez ya se hayan olvidado de ti y hayan encontrado a alguien mejor.

Las palabras de Hank palidecieron al resto, los cuales se quedaron inmóviles mientras él y Toms se miraban.

Para hacerlo más dramático, Toms se quitó las gafas y lo contempló más bien como si fuera un despojo humano. No estaba feliz con tenerlo allí, más bien parecía encolerizado.

—No existe nadie mejor que yo. Las que están conmigo después tienen que conformarse con un segundón como el guitarrista —sonrió perversamente—. Aunque eres un tipo con suerte, nunca me la han chupado tan bien como Wendy. Tiene una técnica buenísima, ¿verdad? Y ese cuerpo... Meterme en su coño fue tan placentero que podría tocarme pensando en ella... Lástima que ya esté demasiado usada para mi gusto, pero a ti no te parece importante quién la haya chupado antes.

Las palabras de Toms lo enfurecieron hasta un punto en el que creyó verlo todo rojo. Levantándose de golpe, tuvo que ser Maël quien se pusiera ante él, deteniéndolo en seco para evitar una pelea.

—Ahora no, Hank. No dejes que te provoque —pidió con suma calma.

Quería su cabeza en una bandeja de plata.

Matarlo no sería suficiente, torturarlo quizás.

—Eso, Hank. Hazle caso a la voz de la conciencia del grupo. Después de todo, hemos perdido mucho tiempo para arrancar esta gira por su culpa. Su hermano moribundo nos ha jodido

los planes demasiado tiempo, que tu polla caliente no haga que perdamos más —declaró Toms entre risas.

Maël, que quiso matarlo, no fue capaz de hacerlo porque tuvo que usar toda su fuerza para contener a Hank.

Perdió el control, notando su mandíbula tensarse, supo que necesitaba pegarle hasta que perdiera el conocimiento. Luchó por librarse del agarre de Maël y, cuando creyó hacerlo, Mattia también lo contuvo.

—¡Soltadme! —bramó fuera de control.

Toms sonreía glorioso mientras lo contenían, lo cual se hizo mucho más frustrante. Ese hombre no merecía estar ahí, era solo una escoria en el grupo que debían aplastar.

—¡Cálmate, Hank! No te rebajes a su altura —pidió Maël.

Forcejeó con ellos mientras la rabia lo condenaba a la locura. Ese Toms era un monstruo, lejos quedaba el amigo que fue una vez. Ahora era ese terrible hombre que eran incapaces de reconocer.

Ellos habían mantenido una relación cordial, quizás con algo de tensión, pero calmada hasta Wendy.

Ahora la guerra estaba servida.

—Mirad, yo me voy, necesito un coño donde meterla para celebrar lo de hoy —dijo Toms levantándose—. Ya me pasaréis las fechas de la gira, yo digo que sí a todo. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Hank se detuvo en seco al verlo irse, esa cucaracha era solo una molestia con la que ya apenas sabía lidiar. De pronto algo lo sobrecogió, casi fue como si su propia mente le advirtiera de algo.

Yendo tras Toms, fue retenido de nuevo por miedo a hacerle daño.

—¿Qué celebras? —preguntó Hank.

Eso sí detuvo a su compañero, el cual giró sobre sí mismo con una sonrisa gloriosa.

Entonces lo supo.

Acababa de hacer algo terrible.

—Antes de llegar a la reunión me han parado unos periodistas. Les he dicho que estamos preparando nuestra nueva gira, que es algo que llevan meses queriendo saber, no obstante, han mostrado más interés por Wendy... ¡Menuda decepción!

Hank quiso avanzar a pesar de que lo contuvieron con todas sus fuerzas. Logró moverse unos centímetros antes de volver a anclarse al suelo. Aquel ser había hecho algo horrible.

Se le veía en la mirada sin alma.

—Dime que no has dicho nada malo —suplicó Maël siendo capaz de encontrar palabras.

Hank solo quería gruñir como un animal salvaje y tirársele a la yugular.

Entonces sonrió mucho más, mostrándoles que podía ser un auténtico ser despreciable.

—Les he dicho que es un capricho pasajero, que el corazón de hierro no estaría con una mujer que ha intentado buscar la fama a toda costa. Entonces me han preguntado más y no puedo mentir, les he reconocido que tuvimos un idilio maravilloso. Fuimos tan felices... Pero se puso demasiado celosa, tanto que tuve que coger distancia y entonces buscó otra presa.

Señaló a Hank.

—El muy iluso cayó porque es débil, pero pronto volvería a la normalidad. Nadie puede enamorar al corazón de hierro, mucho menos una mujer que se abre solo para buscar un poco de atención.

Era un hijo de puta.

—Bastardo —graznó Hank.

No fue consciente de lo que pasaba hasta que fue demasiado tarde. Mattia, que estaba ante él, fue directamente hasta Toms y le propinó un sonoro puñetazo. Uno que provocó que cayera al suelo muy aparatosamente.

—¿No eres feliz si no destruyas la vida de la gente? ¡¿Te das cuenta de lo que has hecho?! ¡Van a lapidarla! ¡Acabas de lanzarle a toda la prensa y sabes lo crueles que pueden ser! —gritó Mattia fuera de sí.

Su enfado era equiparable al de los demás, aunque él se lo tomó mucho más personal porque sabía lo que la prensa podía hacer. Había vivido en sus carnes el acabar perdiendo a alguien por lanzar falsedades de una persona.

Toms, al que le sangraba el labio inferior, rio.

—Es solo una bromita de nada, en dos días se olvidan de ella.

Levantándose, retrocedió un poco cuando Hank acortó la distancia que los separaba.

—Mira, en dos días me dejo fotografiar con otro bollito y monto una exclusiva. Wendy será historia, te lo prometo —propuso colocándole bien el cuello de la camisa a Hank.

Lo estaba midiendo.

Provocando.

—Haz esa puta exclusiva ya, que no le pase nada a Wendy o te destrozo —amenazó Hank.

Toms se encogió de hombros.

—Todo lleva su tiempo, pero me daré prisa, te lo prometo.

Y se marchó como si nada.

Dejando a los que un día fueron sus amigos tirados de nuevo.

Y con un gran problema entre manos.

CAPÍTULO 17



—No lo coge —dijo Hank visiblemente desesperado.

Más de diez llamadas a Wendy no habían servido de nada porque solo saltaba el contestador. Le había escrito también y el resultado había sido el mismo, absoluto silencio por su parte.

—Quizás esté trabajando y no lo ve —animó Mattia.

Ojalá.

Cuando abriera las redes sociales iba a colapsar. Ya habían salido miles de artículos hablando de la supuesta novia del corazón de hierro. Esa que solo buscaba fama a toda costa.

La definían como un monstruo. Ni siquiera los peores seres de las historias se parecían a la crueldad que emitía Wendy en aquellos artículos. Ahora era alguien horrendo y la gente adoraba encontrar un objetivo al que odiar.

Era su pasatiempo favorito.

—Dame su número, deja que la llame yo —pidió Maël.

Se lo dio con la esperanza de que fuera así, necesitaba sentir la voz de Wendy o enloquecería.

—No podemos salir del edificio, está infestado de periodistas. El muy cabrón ha tenido que decirle que estábamos reunidos —anunció Mattia entrando en la sala—. Puedo preguntar a los guardaespaldas si pueden sacarnos por el sótano.

El mundo iba a presenciar el asesinato de Toms en las próximas horas. No podía haber sido más cruel ni proponiéndoselo. Estaba claro que estar con Wendy le había molestado mucho más de lo esperado.

—Jamás imaginé que Toms pudiera ser tan cabrón —comentó Mattia.

—Yo sí —dijeron Maël y Hank a la vez.

Ya hacía años, pero habían conocido a Toms siendo realmente cruel con ellos. Parecían haberlo arreglado, no obstante, si se le llevaba la contraria corrías la suerte de que acabasen las cosas de esa manera.

Era un traidor.

El peor de todos.

Los acababa de lanzar a los leones junto con Wendy para que la prensa la despedazara de la peor manera posible.

—¿Queréis dejarme en paz?! —bramó Wendy desde el altavoz del teléfono de Maël—. No sé quién os ha dado mi número o mi dirección, pero esto ya es acoso. ¡Olvidaos de mí!

Estaba aterrorizada.

Su voz temblaba mientras parecía estar llorando.

Solo entonces Hank notó que su corazón se encogía tan dolorosamente que tuvo que llevarse la mano al pecho para tratar de contener sus emociones. El daño ya estaba hecho, era demasiado grande como para curarlo o pararlo.

—Wendy, soy Maël, el amigo de Hank —le dijo tratando de calmarla.

Ella rio amargamente.

—¿Sabe tu amigo lo que dicen de mí? ¿Lo ha dicho él a la prensa o solo Toms? ¿Se han dado ideas para hundirme la vida? ¿O lo has hecho tú?

A Hank no le dolió que pudiera pensar así de él, en realidad lo ignoró por completo. Solo se fijó en su tono de voz y en el miedo que transmitió. Su voz temblaba, haciéndole entrever que su barbilla también lo hacía mientras luchaba por contener las lágrimas.

Y eso lo enfureció.

Estaba al borde de un ataque de ansiedad. Estaba tan desesperada por el miedo que hablaba muy rápido y, de fondo, podían escuchar a la prensa llamar al timbre una y otra vez, a la par de aporrear la puerta.

—¡Iros ya! —bramó fuera de sí.

Acorralada en su propia casa.

Y todo por Toms.

La ira era un sentimiento que podía llevárselo todo como un vendaval. Ahora mismo Toms era hombre muerto. Podían haber tenido sus diferencias en el pasado, pero decirle a la prensa algo semejante sobre Wendy era demasiado.

—Wendy, te juro que no he sido yo y lo siento. Prepara una maleta, coge lo indispensable y te avisaré cuando llegue a tu casa —dijo Hank atropelladamente.

Podría haberse tomado el tiempo para explicarse, no obstante, tuvo la sensación de que ella estaba preparada para colgar y por eso lo dijo a toda velocidad. Necesitaba que lo escuchase.

Que le dijera algo.

—No vas a venir a mi casa —contestó Wendy dejando clara su postura.

Lástima que no pensaba hacerle caso.

—Sí y te voy a recoger para que te vengas a la mía mientras miramos de contener todo esto.

Hank mantuvo el control en todo momento. Su voz no elevó o disminuyó el tono para ser totalmente transparente con sus intenciones. No quería sorpresas o malos entendidos, así que se esforzó mucho para contenerse.

Debía ser calmado.

Por ella.

—No pienso hacerlo —escupió Wendy.

Pero era terca como una mula.

—Lo harás porque si no voy a tirar la puerta, ponerte sobre mi hombro y secuestrarte el tiempo que me dé la gana —explicó Hank olvidando que quería ser calmado.

Ya no podía.

Ella se negaba a colaborar mientras una estampida de periodistas aporreaba su puerta y no paraban de llamarla al móvil. Toms había desatado el caos en la vida de Wendy por pura venganza.

—Es un secuestro de todas formas —remarcó ella.

Podía considerarse así bajo un ámbito legal, pero nada más lejos de su intención.

—Sí, pero puedes elegir los términos: por las buenas o por las malas —dijo Hank remarcando cada sílaba.

Quería que lo escuchara, que se diera cuenta de que estaba de su parte y que iba a protegerla a toda costa. Puede que el tono ya no fuera el adecuado, pero sus intenciones seguían siendo las mismas.

—No pienso vivir bajo el mismo techo que Toms, si es verdad que solo ha sido él —aclaró Wendy.

Ese era un buen punto.

Uno comprensible.

Lo curioso era que pensase que ese cerdo iba a vivir en su piso después de lo que había hecho. Sí, vivían todos, pero la propiedad era exclusiva de Hank, lo que le permitía hacer lo que quisiera con ellos.

En este caso quemar las cosas de Toms y mandarlo de patitas a la calle como el cerdo que era. Y que agradeciera que vivían en el ático, de no ser terriblemente peligroso y mortal para cualquier viandante, tiraría sus cosas por la ventana.

—De eso nos encargamos nosotros —aseguró Maël.

Su voz serena pareció ser suficiente como para conseguir que Wendy suspirase. Querían mostrarle que no estaba sola.

—Eso no me calma —dijo a regañadientes.

—Wendy —dijo Mattia—, te juro que no te cruzarás con Toms. Por lo que a mí respecta, no pienso tolerar que una persona así entre de nuevo en el piso. No tendrás que enfrentarlo. Además, te juro que arreglaremos esto.

Eran un equipo.

Y estaban todos a una.

Necesitaban salvarla porque sabían que no era culpable de nada. Eso había sido una disputa entre dos personas que se habían creído amigos mucho tiempo. Ahora era más que evidente de que eran enemigos.

De los peores y más temibles.

—Confía en mí, solo una vez más —pidió Hank.

Wendy dudó.

—Tú nunca me harías esto, ¿verdad? Es que la prensa dice tantas cosas que...

Estaba hecha un caos. Sus pensamientos parecían incompletos, saltando de unos a otros dándose cuenta del lío en el que estaba metida.

—¿Qué dirá mi padre cuando vea las noticias? ¿O mi abuela? Van a pensar que soy...

En su mente, Hank contempló a Wendy a punto de derrumbarse. Casi podía vislumbrarla con toda la oscuridad a su alrededor a punto de ser engullida si nadie la salvaba.

Y él quería ser esa luz.

Quien la protegiera de todo mal.

—Todo irá bien, te lo prometo. Saldrás más fuerte de todo esto, solo déjame ayudarte. Confía en mí.

Pedirlo era fácil, no obstante, hacerlo era la tarea más complicada. Él lo sabía bien porque no confiaba en nadie. Después de mucho dolor en su vida, la confianza no era algo que regalaba a cualquiera.

Pedirlo era de hipócrita.

Aun así necesitaba sentir que ella podía sentirse segura con él.

—¿Cómo lo arreglarás? —preguntó Wendy.

Era difícil de responder.

—¿Sinceramente? No lo sé.

Se estaba coronando.

—Pero, sí que sé que no voy a parar hasta conseguirlo. Por mí como si hacemos una exclusiva diciendo que nos casamos para acallar las voces, después contamos que Toms estaba enamorado de ti y por eso soltó tanta mierda. Nos creerán seguro —explicó Hank divagando completamente.

Wendy rio.

Lo hizo de verdad y sonó como cántico de dioses.

Maël levantó una mano, aunque Wendy no pudo verlo.

—Yo me pido ser el niño de las flores —dijo.

—Pues yo puedo officiar la boda —bromeó Mattia.

Ya está.

Ya tenían solución.

—De verdad, Wendy, solo confía en mí.

Y, tras unos segundos de silencio, al fin contestó.

—De acuerdo, aquí te espero.

CAPÍTULO 18



Maël tomó el brazo de Hank casi como si contuviese una hemorragia. Fue fuerte, contundente y con una seriedad que nunca antes había visto. Eso le obligó a calmarse, no tenía que perder los nervios.

Estaban en la limusina, aparcados en la casa de Wendy mientras los periodistas se arremolinaban a su alrededor.

Lo mejor hubiera sido mandar a un guardaespaldas para que la recogiera, pero sabían bien que ella no se iría con nadie que no fuera Hank. Ya había costado mucho que cediera en irse con él.

No podían estropearlo.

—No digas nada. Solo baja, cógela y sube —le recordó Maël.

No iban a hacer declaraciones por el momento. Tenían que encontrar el modo de salir de esa situación sin dañar a Wendy. Esa era la prioridad, que tuviera una vía de escape a todo esa locura que se había desatado a su alrededor.

Vio como su guardaespaldas lo esperaba a la salida del coche y después miró la mano de su amigo, sujetándolo.

—Lo haré bien, de verdad.

Mucho dependía de ello.

Wendy hiperventilaba.

Había sido tan estúpida de salir con Toms, pero más por irse con Hank. Ella había provocado eso, le había dado a Toms lo que necesitaba para destruirla. Había cargado el arma para que la apuntara en el pecho.

Y ahora estaba en un buen lío.

Su teléfono volvió a sonar, esta vez con un número conocido: Papá.

Jadeó muerta de miedo.

No podía decirle nada, tampoco era capaz de articular palabra. Nunca le había pasado algo, era imposible creer que eso pudiera estar pasando. Solo se había divertido un poco, nada más.

De pronto aporrearón la puerta con tanta fuerza que creyó que iban a derribarla.

—¡Iros ya o llamaré a la policía! —gritó, desesperada.

—¡SOY HANK!

Su voz hizo que todas las demás callasen. Fue un grito tan visceral que hasta los pájaros del vecindario decidieron quedarse en silencio al mismo momento. Casi fue como si el mundo se detuviera en seco.

Wendy ahora solo tenía que salir.

Irse con él.

¿Qué dirían los periodistas después de eso?

¿Con qué la atacarían?

Un segundo golpe le indicó que debía salir ya y dejar de pensar en las catástrofes que podían llegar. La que tenía encima ya era lo suficientemente mala como para no quererla. Debía aprender a lidiar con ella antes de nada.

Cogiendo la mochila que preparó, puso la alarma de casa y abrió dispuesta a enfrentarse al mundo.

El mundo fue mucho más rápido que ella porque, cuando abrió, miles de flash de cámaras dispararon a toda velocidad. Se sintió como en un tiroteo, aunque sin chaleco antibalas.

Antes de darse cuenta de lo que ocurría, el guardaespaldas de Hank le puso una gorra y le obligó a bajar la cabeza. Después de eso, Hank la rodeó con uno de sus brazos y la afianzó con fuerza.

Tiró de ella obligándola a caminar entre la multitud.

Los pocos metros que la separaban de la limusina fueron intensos. Escuchó voces, las cámaras hacer fotos y los pasos siguiéndolos mientras no paraban de preguntar por el Corazón de hierro.

Y si sabía que ella se había acostado con Toms.

La puerta del automóvil se abrió de par en par dejándola entrar a toda velocidad. Wendy, con el culo, rebotó en el asiento mientras luchaba por irse lo más lejos posible de la puerta.

Solo cuando entró Hank las voces parecieron disiparse.

Entonces contempló a su alrededor dándose cuenta de que no eran los únicos presentes. Mattia y alguien más estaban ahí.

—Hola, Wendy —sonrió Mattia.

Ella solo alcanzó a parpadear.

La limusina arrancó haciendo real que acababa de huir de su casa como un animal asustado.

—Joder... —jadeó quitándose la gorra.

No sabía qué más decir.

Era todo un torbellino de emociones que no era capaz de parar. Todas giraban a su alrededor entre gritos y terribles escalofríos. Parecía que todo iba mucho más rápido y ella había elegido quedarse paralizada en el sitio.

—Gracias por venir, hasta que no te he tenido a mano no tenía claro si aceptarías venirte —comentó Hank.

Parecía aliviado.

—A decir verdad... Yo tampoco lo tenía claro —confesó.

¿Qué podía hacer?

¿Mentir?

—Hola, soy Maël. Hubiera preferido conocerte en otras circunstancias, pero sé ser buen anfitrión, ya verás.

Aquel rubio de ojos azules, hijo del dios Apolo, se aproximó a ella y le plantó dos sonoros besos en sus mejillas mientras Wendy apenas era capaz de pronunciar ni siquiera su nombre.

—Yo...

—¡Qué mona! ¡Es tímida! —dijo Maël como si acabase de descubrir algo realmente asombroso.

Wendy se sonrojó por completo, casi parecía un semáforo y deseó que se la tragase la tierra. Dadas las circunstancias, tampoco iba a ser mucho peor que todo lo que estaba viviendo.

—No seas malo —regañó Mattia.

—No lo soy.

No lo había sido.

Eran bastante singulares aquellos hombres y Maël era la pieza que había faltado desde el principio. Ahora sí parecían tener concordancia, como si antes hubiera un error que hacía que las piezas no encajasen.

Después de esas pocas palabras se dio cuenta de que Hank estaba en absoluto silencio.

De reojo pudo comprobar que la miraba con tal intensidad que podía fundirse en aquel asiento de un momento a otro. Era cuestión de tiempo que aquello ocurriera y nadie podría evitarlo.

Wendy aceptó al fin que todo aquello estaba pasando. Había estado un buen rato en modo negación o quizás en supervivencia y ahora su cuerpo parecía querer relajarse y venirse abajo.

No podía permitirlo.

Su móvil volvió a sonar sacándola del trance de sus propios pensamientos.

Miró la pantalla dándose cuenta de que era otro número desconocido. Ahora parecía que todo el mundo tenía su número, el cual cambiaría a la primera oportunidad que tuviera.

—Apágalo —pidió Hank.

No fue una orden, pero su voz sonó mucho más profunda que su habitual tono.

Obedeció al instante y se lo mostró como si así lo dejase más tranquilo. Así no volvería a molestarlos.

—Bien, Wendy —dijo Mattia atrayendo toda su atención—. Te pido perdón por la situación que acaba de desatarse y te aseguro que pondré a tu disposición todos los medios posibles para que esto acabe pronto. No dejaremos que tu nombre sea cuestionado.

Sonaba tan serio.

Tan real.

—¿Tú le has dicho eso a la prensa? —preguntó Wendy con mucha seriedad.

Supo que acababa de sorprenderles a todos con su pregunta y no le importó.

—No, no lo hice, pero...

—Entonces no te disculpes —le cortó Wendy.

Era clara.

Solo podía disculparse Toms que era el causante de todo aquel lío innecesario. Después tendría una charla con Bonnie y le explicaría lo «maravilloso» que era su querido Toms.

Era un monstruo.

—Una parte de sus declaraciones es cierta... —Titubeó—. He estado con los dos...

Eso la hizo sentir inferior.

¿Por qué?

Nadie tenía que avergonzarse de la gente con la que había estado. El número no importaba siempre que hubiera sido consentido en ambas direcciones. No eras mejor por ostentar un gran número de conquistas o por mantenerte pura hasta el matrimonio.

Y, aun así, se sintió miserable.

Hank dejó caer una mano sobre su rodilla con bastante suavidad. Lo miró queriendo verse reflejada en sus ojos, en esa mirada intensa que deseaba quemar el mundo en su nombre.

Solo por ella.

—No —dijo tajante—. Eres una diosa a su lado y él una maldita cucaracha a la que pienso aplastar.

Wendy sonrió sin saber muy bien por qué.

Y, sin poderlo evitar, se imaginó a sí misma brillante, hermosa como una diosa y una cucaracha con la cara de Toms siendo aplastada por su caballero de brillante armadura. Por supuesto, después de eso, Hank la llevaba a su palacio.

O torre teniendo en cuenta lo alto que vivía.

—Además, mira el lado bueno —rio Maël—. Vas a vivir con los chicos del momento. El mundo entero te va a envidiar.

Guiñó el ojo con picardía.

Había sido una broma.

¿Verdad?

¿No estaba a punto de vivir con los lobos del cuento?

—Espera, ¿vivir? Solo voy a quedarme una noche —aclaró Wendy.

La limusina se detuvo en el sótano del edificio. Por suerte se habían encargado de la prensa y nadie los molestaría de camino al interior. Ese fue un gran alivio y suspiró cuando uno de los guardaespaldas lo dijo.

Maël y Mattia fueron los primeros en salir y Wendy tenía que esperar que Hank lo hiciera también.

—Hank, es solo una noche —repitió dejando claro los términos.

Él solo sonrió como solo ese hombre podía hacer. Las puertas del infierno se abrieron entonces y se convirtió en el demonio más sexy del reino.

—Yo prometo tratar de cumplirlo.

Mentira.

Y más mentira.

—Bueno, pero me instalo en el sofá —remarcó Wendy.

La sonrisa de Hank se hizo más profunda, hambrienta.

—Eso sí que no pienso prometerlo porque no lo voy a cumplir.

CAPÍTULO 19



—No vas a dormir en el sofá —rio Maël.

—Y tanto que sí —replicó Wendy.

Mattia y Maël se echaron a reír como si acabase de explicar el mayor chiste contado. No se tomaban en serio sus palabras porque tenían claro que el hombre que tenía pocos pasos atrás no iba a dejar que eso pasase.

Sentía su mirada en la nuca como si fuera un francotirador a punto de darle el disparo de gracia.

Era aterrador.

O morboso.

Estaba por decidirlo después de todo.

—Hank, voy a dormir en el sofá —dijo en voz alta lo más confiada que pudo.

Después del caos que se había desatado en su vida lo que menos necesitaba era pelearse con ese hombre sobre los términos de dónde dormiría. Esa iba a ser su última palabra y necesitaba ser inflexible con eso.

Hank, que caminó hasta ella, puso sus manos sobre sus hombros con mucha cautela, pero con el peso suficiente como para que lo notase allí mismo. Además, su respiración lenta sobre su cabello también se hizo presente.

Parecía cubrir todo el espacio de ese enorme salón.

—No.

Una sílaba.

Dos letras.

Y una entonación como el villano más terrorífico del mundo. Fue tan letal que un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza.

—No puedes decidir dónde duermo —se quejó Wendy.

Aunque esta vez lo hizo con un tono más suave.

Él se agachó hasta quedar en su oído.

—Es mi piso, mis normas y tú eres mi secuestrada, ¿recuerdas?

—He venido voluntariamente —recordó Wendy.

Él apretó un poco sus manos sobre sus hombros, agarrándola con más fuerza, aunque sin dañarla en ningún momento.

—Eso no cambia el hecho de que ahora... Eres mía.

En otras condiciones y otro escenario, esas palabras eran las perfectas para que su intimidad se mojase. Aunque su cuerpo no era de elegir momentos idóneos porque toda ella se calentó.

Gimió suavemente antes de darse cuenta de que lo hacía.

Eso había sonado tan morboso que la había excitado de un modo casi visceral. Podía sentir su cuerpo pidiéndole que sellase el trato, que la hiciera suya para siempre y estuvieran años encerrados en su habitación tomándose el uno al otro.

Tuvo que recordarse que no era el momento.

—¿Y yo no tengo opinión? —contraatacó Wendy.

Él ya había visto lo que esas palabras habían provocado, no obstante, no pensaba dejar de pelear.

—La tendrás en otras cosas. El resto del día eres dueña de ti misma, el momento de dormir es mío.

Sí y mil veces sí.

Hasta estaba pensando en sellar el trato con un beso.

Wendy se apartó de ese hombre. El efecto que tenía en ella era algo casi paranormal, como si con su toque fuera capaz de derretirlo todo y hacer que sus neuronas explotasen sin más.

No podía perder el control.

—No seas así conmigo, ahora no —declaró Wendy y tuvo que mirar al suelo.

Estaban en serios problemas, no podían pensar en sexo.

—Te juro que lo voy a solucionar.

Quería creer en esa promesa, de verdad que sí, pero eran demasiadas cosas en contra como para que lo consiguiera. No podía arreglarse, su mundo se vendría abajo mientras la prensa le decía que era una buscona que solo se había acostado con Hank por despecho.

Y encima añadían que era una celosa patológica.

—¿Cómo? ¡No se puede!

Wendy lamentó ponerse a gritar porque no solucionaba nada.

—Lo siento, Hank. Estoy nerviosa... —se disculpó.

Él quiso aproximarse, rodearla con sus brazos y eso provocó que ella retrocediera. No quería eso, no podía permitirse ese contacto en ese momento porque ahora tenía muchas cosas en las que pensar.

—Wendy.

No escuchaba.

No podía.

—¿Y qué voy a decirle a mi padre? Debería llamarle... —Hizo una pausa—. Me ha llamado tantas veces... Tiene que estar asustado y todo.

Y no sabía cómo dar el dichoso paso.

Era tan difícil.

—Dame el teléfono, por favor —pidió Hank.

Sus miradas chocaron como dos trenes de alta velocidad, fue fuerte, pero al mismo tiempo supo que él podía convertirse en ese rescoldo, en ese lugar del mundo donde sentirse segura.

Y, teniendo claro que era una absoluta locura, se lo dio.

—Vamos a llamarlo juntos, quizás así se quede tranquilo —propuso.

Uff.

O empeoraba las cosas.

Supo que tenía que ser valiente de una vez. El miedo no podía bloquearla de esa manera, eso no arreglaría las cosas. Además, Toms necesitaba un escarmiento por el daño que estaba tratando

de causar.

Debía ser fuerte de una vez.

Ayudó a Hank a desbloquear el móvil y él buscó en su agenda.

De pronto enarcó una ceja.

—¿Me tienes como idiota-amigo-de-Toms? —preguntó con una sonrisa bastante burlona.

Uy, sí.

Wendy se sonrojó de los pies a la cabeza.

—Es que fuiste muy antipático al principio. Lo cambiaré, te lo prometo —explicó bastante arrepentida con que pudiera ver eso.

—Vale. Pero tienes que ponerme tío-del-rabo-largo.

Wendy rio.

No iba a ponerle eso por mucho que él lo soñara. Podía pedirselo de rodillas que no cedería ni un milímetro.

—No haré eso —reconoció ella.

—Pues no me gustan los nombres como bizcochito, cuqui y esas monerías.

Hank parecía muy serio al respecto, lo que provocó que su mente comenzara a pensar un nombre para él. Seguro que daría con uno lo suficientemente bueno como para que fuera cariñoso y divertido a la vez.

—Vamos a llamar, anda, que me despistas —se quejó Hank antes de encontrar el número llamado «Papá».

Un clásico.

No hizo ni un tono antes de que su padre descolgase completamente asustado.

—¡Hija! ¡Hija! ¿Estás bien? ¿Qué has hecho? ¡Estás en todos los canales!

Su voz luchaba entre la vergüenza y la preocupación, lo que la hizo sentirse culpable y miserable al mismo tiempo. Era evidente que iba a creerse lo que pusieran en la televisión y en internet, pero no dejaba de doler.

—Señor, déjeme presentarme, soy Hank y sí, su hija está bien y no ha hecho nada malo. Es todo un malentendido que solucionaremos, se lo aseguro —explicó con una voz tan neutra y calmada que la sorprendió.

Había hecho un cambio de registro en menos de dos segundos.

—¿Disculpe? Están llamando zorra a mi hija por acostarse con usted y que es una celosa manipuladora. Eso no es un malentendido. Quiero saber si es verdad o no, necesito hablar con ella.

Wendy, dándose cuenta de que su padre necesitaba saber que no era lo que se consideraba una «guarra», se sintió decepcionada. La conocía bien, sabía que ella no era así.

Y ahora le habían implantado la duda.

Poco a poco, fue doblando las piernas hasta quedar de rodillas en el suelo, abatida, casi como si acabasen de dispararle en el corazón. Seguramente el dolor debía ser el mismo, aunque no era una herida mortal.

—Hank... —dijo un Mattia que acababa de llegar al salón junto a Maël.

La señalaron a ella porque, mientras hablaba con su padre, se había girado dejándola de espaldas.

Rápidamente descendió hasta quedar a su altura, la envolvió con un brazo tratando de aportarle una seguridad que no llegó. Se sintió en el borde de un gigantesco precipicio, como si fuera a hacer un deporte de riesgo sabiendo con certeza que no habían asegurado la cuerda.

—¿Me escucha? Déjeme hablar con mi hija, tengo derecho —exigió su padre.

—Y su hija se merece un mínimo de respeto. No es una zorra o una guarra, es una persona increíble que se ha visto envuelta en un problema que no debía. Toms pagará caro esas declaraciones falsas y nauseabundas, se lo aseguro —explicó Hank alzando la voz, enfadado.

Pero su padre parecía obcecado en necesitarlo de su propia voz para creérselo.

Insistió una y otra vez hasta que Wendy fue capaz de reunir fuerzas.

—Yo no soy una celosa, papá. Me acosté con Toms unas pocas veces, dejamos de hacerlo porque me trató como un juguete de usar y tirar. No estaba buscando fama o arrimarme a nadie —explicó con pena.

A él no debería haberle tenido que remarcar algo tan obvio.

—¿Y te has acostado con Hank?

Wendy tembló.

Sabía lo que opinaba su padre de estar con chicos sin ser su pareja, decirle la verdad confirmaría en su mente lo que la prensa decía. Tampoco podía mentirle, no deseaba engañarlo porque no era necesario.

Nadie debería avergonzarse por con quién pasa la noche.

—Sí lo hice —contestó Wendy.

El silencio recorrió la estancia durante demasiado tiempo.

—No vuelvas a esta casa nunca más —contestó su padre—. ¿Me has entendido?

Alcanzó a tragar saliva mientras un dolor mucho peor a cualquier otro, se instaló en su pecho. Asintió mientras las lágrimas empezaban a recorrer sus mejillas y supo que su padre no la estaba viendo.

Solo podía escucharla.

—Vale —contestó.

—Señor, está siendo terriblemente injusto con ella —intervino Hank.

—Tú cállate. Me merezco respeto y no que la defienda un loco rockero que vete a saber con cuántas ha estado. Ella era una chica respetable y me la habéis manchado. Eso no se puede lavar.

Y colgó.

No quiso escuchar nada más. Tampoco es que tuviera mucho que contar, solo había sido un poco de diversión. Era su cuerpo, su vida y ahora todo parecía venirse abajo a tanta velocidad que dolía.

Hank notó como Wendy temblaba bajo su agarre. No quiso imaginarse el dolor que estaba sintiendo porque podía ser tan gutural que los arrastraría a ambos.

Aturdido por la conversación con el padre de Wendy, dejó el móvil en el suelo y miró a sus compañeros. Ellos solo tenían ojos para la mujer que se estaba viniendo abajo en medio de su salón.

Su padre la había dejado tirada como si no valiera nada.

La había convertido en un despojo el único ser en el mundo que debía haberla protegido ante todo.

Eso no era solo culpa de Toms, también era el pensamiento tan horrible que tenía ese señor.

—Wendy... Lo siento... —dijo Hank.

Wendy sollozó rompiéndose en pedazos. Fue como ver caer un cristal al suelo, pasó de emitir unos pocos quejidos mientras las lágrimas manchaban su rostro, a romper en un llanto tan agónico que amenazó con acabar con ella.

La abrazó con fuerza, llevándola a su pecho para que así sintiera que no estaba sola. No caería, no permitiría que siguieran rompiéndola por algo que no había hecho. Él la defendería.

Ahora él iba a convertirse en esa persona que necesitaba. La que no pensaba marcharse de su

lado hasta que todo pasase.

—Vas a salir de esta. Pasaré, te lo aseguro, aunque tenga que matar al puto Toms y a todo el que se me ponga por delante.

Wendy no pudo contestar, solo lloró. Fue como abrir las puertas al dolor de un modo tan intenso que supo que ya no volvería a ser la misma. Nadie podía volver a serlo después de llorar de una forma similar.

Sus gritos y sollozos rompieron el corazón de todos los presentes. Impotentes, contemplaron como Wendy perdía el control de sus emociones y se hundía sola, sin ayuda posible.

Ahora serían ellos los que le darían una mano para seguir adelante.

CAPÍTULO 20



—¿A dónde coño te crees que vas? —preguntó Maël.

Hank se colocó la cazadora. Era más que evidente que iba a bajar a enfrentarse con Toms, pero sus compañeros creían que era mejor quedarse allí arriba y que alguien le bajase sus cosas.

No lo convencerían.

Wendy había pasado una hora entera de reloj llorando sin consuelo alguno. No habían importado los abrazos, caricias y palabras que ninguno de los tres le hubieran colmado. Se había roto a pedazos.

Sin cura.

Después, agotada, se había dormido en los brazos de Maël y la habían llevado a la cama de Hank para que descansase.

Eso ninguno de los tres lo olvidaría jamás. Ese maldito día iba a estar implantado en sus recuerdos el resto de su existencia, o al menos en la de Hank. Era algo que no creyó ser capaz de sobrevivir nunca jamás.

—Está abajo, voy a bajar a verlo —contestó Hank.

Maël le cortó el paso.

—Y una mierda.

Mattia hizo un «shh» indicándoles que no gritasen. No querían despertar a Wendy y que supiera que Toms estaba allí. Los guardaespaldas no lo habían dejado subir, pero no tardaría en montar un espectáculo.

—Si bajas y le golpeas, la prensa se nos comerá vivos —recordó Maël.

Lo sabía.

—No pienso pegarle. Mantendré el control.

Eso era como pedirle a un pirómano con un mechero en la mano que no quemase el bosque. Era poco probable que eso no pasase. Todos lo sabían. Además, Toms sabía bien cómo provocarlo.

Dar a la tecla adecuada para hacerlo saltar.

—Yo bajaré contigo —propuso Maël mirando hacia Mattia esperando la aprobación.

De los tres uno tenía que quedarse con Wendy. No querían que despertase y se viera sola.

Mattia era el más calmado, tal vez él pudiera llevar mejor la situación. No obstante, Maël era el escudo de Hank. Eran amigos a muerte y se habían metido en todos los líos posibles juntos.

No era concebible separarlos y Mattia lo sabía.

—No quiero pelea. Hazlo por Wendy, porque si salta a la prensa que os liais a puñetazos no habrá nada que podamos hacer para salvarla —explicó Mattia con toda la calma que pudo.

Sabía que era una misión suicida aquello.

Solo podía confiar en que sabrían qué hacer.

Ambos asintieron aceptando un trato que era muy improbable que cumplieran, aun así, decidió tener fe en ellos. Era la primera vez en años que Hank se veía envuelto con una mujer.

El corazón de hierro era real.

No dejaba que nadie lo alcanzase, pero esta vez Wendy parecía haber rascado la superficie.

Merecía la pena intentarlo.

—Tú estate calmado —recordó Maël mientras bajaban por el ascensor.

Hank asintió.

Estaba entumecido por la rabia. Su mandíbulas rígidas parecía estar a punto de estallar en cualquier momento y sus puños apretados querían golpear la cara de ese malnacido.

Debía controlarse.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron vio a Toms tras dos guardaespaldas que le impedían el paso.

—Vivo aquí, idiota. ¡Tienes que dejarme pasar! —gritó totalmente enfurecido.

Al parecer no le había gustado ver que habían bajado parte de sus cosas en maletas. No mucho porque no habían tenido demasiado tiempo, aunque sí lo suficiente como para instalarse en otro sitio y que no le faltase ropa.

—Ahora ya no vives aquí —dijo Hank luciendo una enorme sonrisa.

Toms lo miró preso de la ira.

—¿Ahora vas a echarme? ¿Por ella? ¡Vamos! ¡Somos amigos! —gritó queriendo alcanzarlo.

Le cortaron el paso sin tocarle ni un solo pelo, solo se colocaron ante él evitando así que pudiera dar con Hank.

—Después de lo que has hecho dudo que seas un amigo. Y sí, voy a echarte por ella, de hecho, estás en la puta calle y no vas a poner un pie en mi piso. Habértelo pensado antes de echar mierda por la boca —explicó Hank metiendo sus manos en los bolsillos.

Necesitaba calma suficiente como para no caer en ninguna provocación.

Toms rio como si acabase de enloquecer de repente.

—¿Y todo por un coño caliente? ¡Hay muchas Wendys en el mundo! En dos días la prensa la olvidará y buscará otra víctima. Sabes cómo funciona. Además, tú sabes que esta publicidad nos ayuda a arrancar la gira con buen pie y muchos seguidores. —Sonrió como un auténtico psicópata—. Nos estoy haciendo un favor. Van a venderse las entradas como nunca antes.

No podía hablar. En ese momento solo quería tener el cuello de ese hombre entre sus manos y apretar fuerte.

—Eres un monstruo —escupió Maël—. Ella está completamente rota. La prensa se ha tirado sobre ella, han aporreado la puerta de su casa y busca cualquier información para destriparla. No puedes sentir tan poca empatía por otro ser vivo.

Así era.

No sentía nada más que felicidad al sentir esas palabras y lo supieron por cómo cerró los ojos y se lamió los labios. Casi pareció llegar al orgasmo en ese momento al sentir esas palabras.

Estaba absolutamente feliz.

—¿Ha llorado mucho? —preguntó volviendo a lamerse los labios.

Hank dio un paso al frente antes de detenerse.

No podía tocarlo.

Por Wendy. Solo por ella.

—Lárgate de aquí, ya te irán bajando tus cosas —explicó Hank queriendo irse de allí.

Ya lo había mirado a los ojos y se había cerciorado que el amigo que un día fue, ya no existía.

Ese Toms era un monstruo que no reconocía, lejos quedaba la amistad que un día compartieron.

Ellos formaron el grupo. Lo vieron nacer y después llegaron Maël y Mattia.

Tocaban en el garaje de su padre, primero por aburrimiento y después para impresionar a las chicas. Al final se dieron cuenta de que les gustaba aquello, que eran buenos y quisieron más.

En los inicios solo estaban ellos dos solos.

Dos incomprendidos.

Eran los raros del grupo, se metían en peleas y chocaban con todo el que quisiera tocarles. Al final se reconocieron como iguales, iniciando una amistad que había durado mucho tiempo.

Y, un día, de broma, encontraron una guitarra en el garaje del padre de Hank.

Ese había sido el mejor día de su vida.

Toms había cantado con una voz que nunca antes había escuchado, una que escondía por vergüenza y Hank había arañado las cuerdas de esa guitarra. No había tocado bien, pero conectaron como si ese instrumento fuera parte de su alma.

La sintió como un trocito de él que siempre debió estar allí.

Ahora ya no eran esos niños. Eran dos adultos que nada tenían que ver, él era un monstruo y Hank debía recoger los pedazos que había dejado tras de sí.

—No sois nada sin mí, chicos —rio Toms.

No importaba.

—Dale un besito de mi parte a Wendy esta noche. He visto que has ido a por ella, la prensa solo habla de eso.

Eso sí que lo provocó de verdad. Queriendo ir a golpearlo, tuvo que ser Maël el que le pusiera una mano en el pecho recordándole el trato que habían acordado previamente.

No podía tocarlo.

—Eres hombre muerto, Toms —declaró Hank visiblemente enfadado.

Y eso sí le provocó un enorme placer a su examigo. Se pasó la mano por el pecho como si ese toque le proporcionase placer mientras las palabras de Hank le hacían ronronear.

Era asqueroso.

Terriblemente abominable.

—Rompo todo lo que tocas. Te lo dije en su día, no voy a dejarte ser feliz nunca. Es un hecho y joderé cada una de tus relaciones hasta que no deje nada de ti. Voy a destruirte el resto de mis días —explicó Toms con una frialdad absoluta.

Los recuerdos de años pasados golpearon su mente tan duramente que creyó caer de rodillas. Se sostuvo como pudo, luchando por parecer fuerte ante el hombre que un día se lo quitó todo.

Sí.

Toms lo había roto hasta convertirlo en nada.

Era el creador del Corazón de hierro y se enorgullecía de eso. Lo había tenido que escuchar años alardeando de algo así. Y Hank siempre creyó que no le importaba, que era mejor así.

Que valía la pena su amistad.

—¿Por qué? —preguntó Hank tratando saber qué tan horrible había hecho para merecer ese trato.

¿Por qué?

¿Por qué merecía sufrir?

—Esta noche no podrás tocarla igual, Hank. Tú sabes lo que puedo hacerle y lo haré. No tendrás ni una pequeña brizna de felicidad mientras viva. Voy a romperla una y otra vez, hasta que se aleje de ti.

Sus palabras estaban tan cargadas de rabia que parecía mentira que una vez fueran amigos. Toms lo odiaba con cada pulgada de su alma, todo él vivía y respiraba para hacer de la vida de Hank un infierno.

—No se merece nada de esto y lo sabes —añadió Maël.

Toms lo señaló con rabia.

—Tú no te metas. Esto es entre mi amigo y yo.

No los consideraba amigos a Maël y Mattia. Era un hecho que ahora constataban, pero que habían intuido muchos años. Era cordial con ellos, hasta divertido, no obstante, su relación era distinta.

Él era el especial.

Y debió cometer un gran error en algún momento porque ahora Toms era un monstruo.

—¿Qué te hizo cambiar? —preguntó Hank.

Toms se mordió el labio inferior.

—Tú lo sabes y yo también. Solo piensa un poco.

Sí.

Puede que lo supiera, pero no por eso debían ser enemigos ahora. Necesitaba escuchar algo de su viva voz. Que le explicase, después de tantos años, cuál era el error tan grave que había cometido.

Convirtiéndose en el Corazón de hierro nunca había tocado a nadie. Había procurado alejarse de todo el mundo, que nadie lo alcanzase jamás. Había un muro a su alrededor y había cumplido.

No podía ser lapidado ahora por Wendy.

No lo merecía.

—Vas a decirme por qué, Toms. Ahora —ordenó Hank con autoridad.

Su amigo lo miró a los ojos con rabia, con ira y hasta con felicidad, pero reconoció la orden como si estuviera obligado a obedecer. Luchó contra ese impulso unos segundos antes de rendirse y sonreír.

Iba a contestarle.

—Porque puedo. Siempre eres el eje de la prensa, el misterioso, el mejor, el erudito y los demás somos pasto de la normalidad. Yo soy el cantante, yo debería llevarme los elogios y no un simple guitarrista que podría cambiar por cualquiera —explicó con tanta rabia que lo sorprendió.

¿Había escondido esos celos y rabia todos esos años?

¿Eso lo impulsaba?

—El puto Corazón de hierro siempre es la noticia —rio con sorna y tanta ira que parecía estar consumido por ella.

Hank asintió.

—Tú me creaste. Me rompiste hasta que me convertí en él. Hice lo que esperabas de mí y no fue suficiente. Seguiste teniéndome celos —explicó Hank comprendiendo tarde a su amigo.

Su propia creación se le había vuelto en contra.

Lástima.

—¿Y Glen? ¿Por qué lo hiciste? —preguntó Hank armándose de valor.

No había pronunciado su nombre en años porque todavía dolía. Esa mujer había sido la caída

de su vida. Por su culpa lo habían roto, hecho pedazos hasta convertirse en el hijo de perra que era ahora.

Todo por ella.

La mujer que llegó y se llevó su corazón. Por eso ahora era de hierro, la verdad era que no tenía.

—Sí y me divertí mucho con ella y más cuando la dejé. Creo que acabó casada con un perdedor que trabajaba de mecánico en un pueblucho de mala muerte. Pobre infeliz, ella pensó que nos tendría a uno de los dos y nos perdió —rio Toms.

Nunca le importó.

Y su sinceridad fue tan abrumadora que dolió.

Tarde obtenía unas respuestas que nunca antes habían llegado. Se había limitado a seguir viviendo a pesar del dolor, ignorándolo como si todo se pudiera arreglar. Convenciéndose de que era más fuerte que eso.

Y ahora Toms le recordaba que seguía siendo un juguete en sus manos.

—Pero Wendy sufrirá más que Glen, créeme —prometió Toms—. Ella es especial y por eso la traje al piso, sabía que no te resistirías a ella.

Maël se interpuso cubriéndolo completamente con su cuerpo y fue cuando se dio cuenta que había estado a punto de ir a golpearlo. Había actuado por instinto, olvidándose de todo y dejándose llevar como un auténtico salvaje.

Wendy era un plan.

Solo un plan.

Nunca la contempló como otro ser humano, como alguien que siente o padece.

Era solo un juguete, uno que arrojó a sus manos convencido de que lo tomaría.

—Dejarla atada fue tan divertido y cuando os vi en la cena peleando el uno con el otro, supe que había hecho bien de traerla. Era la chica perfecta, la única capaz de llegar a mi Corazón de hierro.

Apretó los puños, enfadado, preso de la ira.

—Eres un hijo de puta, Toms —escupió Maël.

—Gracias, siempre lo fui, pero eso ya lo sabíais. Os convenía por la pasta que hacemos cantando. Nunca os importó lo hijo de puta que fuera siempre que entrasen billetes en vuestras cuentas del banco. ¿Y ahora os avergonzáis? Os he dado muchas exclusivas para que siguiéramos en la cresta de la ola.

Toms estaba cegado.

O era un monstruo al que no habían sabido interpretar a tiempo.

—Sacadlo de aquí —ordenó Hank.

Los guardaespaldas lo tomaron de los brazos y él no se negó. Saldría por sus propios medios para no montar un espectáculo. La prensa esperaría pacientemente sus próximas declaraciones.

—Recuérdalo, Hank. Tú eres mío, yo te cree, yo te puedo destruir —rio antes de irse.

Lunático.

Enfermizo.

Y solo.

Hank tembló unos segundos por culpa de las emociones que golpeaban en su pecho. Aquel hombre no era un desconocido, había sido su amigo y también el causante de todo lo bueno y lo malo en su vida.

Ahora debía expulsarlo para siempre, alejarlo para que nunca más pudiera alcanzarlo.

Debía protegerse.

No podían destruirle de nuevo.
Tenía que salvarse del dolor.

CAPÍTULO 21



Hank entró en el piso en absoluto silencio, como si el mundo hubiera olvidado las palabras a pesar de conocerlas bien. Tenía la cabeza hecha un lío, un completo desastre a punto de estallar.

No podía hablar con Mattia, no ahora. Necesitaba que fuese Maël quien le explicase todo porque reproducir lo vivido era demasiada tortura.

Cada rincón de su mente pensaba en Glen.

En ella.

Y lo que esa mujer significó en su vida.

Interpretando un papel, se había amoldado a ser el Corazón de hierro. Ser así lo mantenía a salvo de todo el mundo, de Toms incluso. Pero ser tan dócil había provocado que él buscase una diversión.

—¿Lo has visto?

La voz de Wendy lo sobresaltó.

Girando sobre sus talones, se topó con ella a cierta distancia. Adormilada, salía de su habitación mientras lo contemplaba mucho más que a los ojos. Era como si pudiera desnudar su alma y verlo completamente.

Y sabía que algo no iba bien.

Hank se limitó a asentir.

Wendy supo que su corazón no podía latir más rápido o explotaría. El hombre que tenía delante era muy diferente al que había conocido. De un modo extraño, casi mágico, había cambiado.

Caminó hacia él de forma lenta, casi como sopesando sus reacciones y temiendo que pudiera hacerle daño. Al ver que solo la miraba sin ponerse violento o alejarse, se colocó delante.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó dándose cuenta de que Hank parecía roto.

Mucho.

No contestó.

Armándose de un valor que no tenía, levantó ambas manos y acunó su rostro luchando por encontrar algo que pudiera conectarlos de alguna forma. Su mirada era tan fría, tan hueca, que supo que estaba a años luz de distancia.

—Hank —pronunció Wendy con voz firme.

De pronto él pareció darse cuenta de su presencia. La contempló unos segundos antes de fruncir el ceño, confundido.

—¿Qué te ha hecho? —volvió a preguntar.

Necesitaba saberlo.

—Él... Me ha recordado lo que soy... —reconoció abiertamente.

Wendy tembló con sus palabras. Lejos quedaba el hombre cariñoso y divertido que había conocido. Él sí era ese hombre que toda la prensa decía, el antipático, el que pasaba de todo.

El puto Corazón de hierro.

Ese ser.

Y, en cuanto lo reconoció, Hank sonrió y se apartó de su toque como si este quemase.

—Tú también lo ves, ¿verdad? —le preguntó Hank con sorna.

Asintió.

Ese hombre era totalmente diferente al que conocía.

—Yo me quedaré en el sofá, será lo mejor para los dos —dijo Hank sin rastro de humor en la voz.

—No...

¿Qué podía decir?

Estaba en su casa, eran sus normas y tal vez sí era lo mejor para ambos. Después de todo solo habían pasado una noche juntos. No eran nada más que eso, un par de polvos y después solo el caos.

El absoluto y terrorífico caos.

—Como tú digas —aceptó Wendy alejándose.

Rindiéndose.

—Tío, lo que ha dicho Toms es de locos. Parecía otra persona, un auténtico psicópata —comentó Maël todavía perturbado con lo que había visto.

Él ya conocía esa faceta de Toms, había lidiado con ella más veces de las que se atrevería a decir en voz alta. Era como un alterego de un amigo que nunca debió serlo. Siempre se había aferrado a la parte buena.

Y tarde comprendía que eso no existía.

Era solo una ilusión.

—Tenéis que contarme qué coño ha pasado —gruñó Mattia.

Pero Mattia ya se lo imaginaba.

Hank lo supo en cuanto lo miró a los ojos. Sospechaba lo que Toms había dicho o hecho, porque él también conocía ese lado oscuro, esa personalidad perturbada del que había sido su amigo.

Y odiaba la idea de que fuera de nuevo ese dichoso hombre.

—Me ha recordado mi sitio y que no podré tocar de nuevo a Wendy... Que no la veré igual —explicó Hank.

Con auténtico dolor, la miró de arriba abajo y ella pudo ver en sus ojos mil emociones distintas. Dentro de ese hombre se estaba dando una batalla tan feroz que ninguno de los bandos podía ganar.

Al final, con una pose neutra y terrible, solo hizo una mueca. Usando su mano derecha, la subió y bajó casi como si quisiera tocarla en la distancia, aunque conteniéndose contra todas sus fuerzas.

—Y tiene razón. Ella ya no es igual ahora —sentenció Hank.

Eso fue como un disparo en el corazón.

¿Eso qué significaba?

—¿Ahora me ves como él? ¿Una aprovechada o una guarra? —preguntó Wendy con dolor en

sus palabras.

Hank negó un poco con la cabeza.

—Te prometí que te ayudaría con esto. Yo me encargaré de Toms y de tu reputación, después te irás para siempre.

La estaba echando de su vida como había hecho su padre. Por desgracia y, por algún motivo que desconocía, sus palabras dolieron muchísimo más que las de su progenitor. Él ahora era distinto.

Inmóvil en el sitio, Wendy se limitó a respirar luchando por recordar cómo se hacía. Y, de mientras, su corazón moría provocando un agujero tan grande en su pecho que supo que nunca volvería a curarse.

—Hank, estás precipitándote. Ahora mismo estás en caliente, descansa un poco y después lo hablamos todo más tranquilamente —propuso Mattia.

Él era la calma personificada, ese manto cariñoso que podía curar a cualquiera de los presentes.

Lástima que su corazón ya no tuviera cura.

—Sé muy bien lo que digo, pero gracias, Mattia.

Tenía tan claro que ahora ella estorbaba que dolió seguir mirándolo. Así pues, dándose cuenta de que Toms había ganado, Wendy fue derecha hacia la habitación de Hank.

—Yo creo que la has jodido, aunque no me has pedido opinión —comentó Maël.

Lo había hecho o ella al creer que podía protegerla.

Se había metido en ese problema ella sola. Se había acostado con dos hombres a los que habría tenido que dejar de lado. No necesitaba eso en su vida, era feliz como estaba y ni siquiera era fan suya.

Pero cayó.

Tan tonta, estúpida... Sentirse deseada había sido una inyección de energía para su ego o su amor propio. Y estar con Hank había sido tan especial que por un momento creyó que el amor era posible.

¡Menuda idiota!

Tomó la mochila con fuerza, se la colocó y supo lo que tenía que hacer.

Mirando a la puerta, tomó aire animándose a sí misma y mentalizándose de que pelearía con cualquiera que se interpusiera.

A toda prisa, comenzó a cruzar el salón dispuesta a marcharse de aquel lugar. Solo tenía que alcanzar ese maldito ascensor y después el mundo la engulliría sin piedad. Ya no le importaba.

Hank reaccionó cortándole el paso de golpe.

—¿A dónde vas? —preguntó sin rastro de humor.

Ella no lo miró, no podía.

—Quítate de en medio —pidió con la vista fija en el suelo.

No se movió ni un centímetro.

—Te quedas aquí —ordenó como un auténtico general.

—No. Me largo, no quiero molestar al puto Corazón de hierro —dijo Wendy masticando las palabras.

Dando ella el primer paso, luchó por rodearlo antes de que él la sujetase por los brazos. La contuvo con fuerza y la ancló en el suelo casi como si hubiera un mecanismo para retenerla.

—No te vas, te dije que esto era un secuestro y tú aceptaste —recordó.

La rabia fue tan feroz que Wendy se animó a mirarlo a los ojos, esta vez no cedería porque el hombre que le había prometido protegerla ya no estaba. No quería tratar con el que tenía delante.

—O me dejas pasar o llamo a la policía y este juego de secuestro pasará a ser real —amenazó Wendy con verdadero dolor.

Eso sorprendió a Hank, quien pareció consternado unos segundos antes de volver a ser frío.

—No te creerán con todo lo que han empezado a decir de ti. Además, hay vídeos yéndote conmigo sin oponer resistencia. Siempre me creerán a mí antes que a ti puesto que eres una desconocida.

La mano de Wendy picó después de, a toda velocidad, darle un sonoro guantazo a Hank. Nunca antes había sido partidaria de la violencia, pero sus palabras la habían herido tan profundamente que no supo contenerse.

Quiso disculparse, justificar sus actos, no obstante, decidió mantenerse allí.

Fuerte.

—Déjame pasar, ahora —ordenó Wendy—. Ya he tenido suficiente de sentirme como una puta.

Hank, a regañadientes, soltó poco a poco su agarre liberando a Wendy definitivamente. Estaban en un punto de no retorno, ella ya había tenido suficiente de esa situación y él no podía volver a ser quien conocía.

No ahora.

Ni nunca.

Cerró los ojos permitiéndole irse siendo incapaz de mirarla por última vez. Era lo mejor para ambos.

—Puede que no me creas, pero solucionaré esto —prometió Hank.

—Que te den —escupió ella con voz estrangulada.

Quería llorar o quizás ya lo estaba haciendo.

No quiso planteárselo.

Wendy se limpió las lágrimas de sus mejillas con el dorso de la mano antes de irse. Dio al botón de bajar y solo deseó que ese ascensor bajase a toda velocidad. Lamentablemente, antes de que las puertas se cerrasen, Mattia se coló rápidamente y quedaron juntos en aquella caja metálica.

—¿Qué haces? —preguntó Wendy.

Él solo levantó las manos en señal de rendición.

—Mira, sé que ese Hank da miedo. No puedo explicarte por qué es así, debe ser él quien dé el paso. No obstante, no puedo dejar que te vayas del edificio porque la prensa nos comerá. Si queremos ayudarte, tienes que colaborar un poco —explicó con cariño.

Wendy negó.

—No puedo estar compartiendo oxígeno con Corazón de hierro.

Eso era aceptable.

Y si no lo entendía le importaba bien poco.

—Bien, eso puedo entenderlo, pero yo tengo un pequeño «loft» en este edificio que uso para escapar cuando el grupo se pone muy intenso. Quédate ahí.

Wendy parpadeó sorprendida.

¿Ese hombre estaba ofreciéndole su casa?

—No quiero abusar así de ti —reconoció atormentada.

—No lo haces porque yo te lo ofrezco. Por favor, Wendy. Quédate ahí, déjame ayudarte y a Hank de paso.

Ese hombre era un ángel caído del cielo y estaba allí solo para cuidarlos a todos. Wendy se rindió porque el miedo a enfrentarse a la prensa al salir del edificio era demasiado grande.

Asintió mientras suspiraba agotada.

—Lo siento mucho, Mattia. No quería provocaros tantos problemas.

Él solo le dio a un piso y dejó que el ascensor fuera hacia allí.

—A veces un problema así es el empujón necesario para mejorar. Tú solo ten fe —le dijo.

Ella no tuvo claro a qué se refería, aunque no preguntó porque solo necesitaba descansar. Un poquito antes de volver a la guerra.

—Gracias.

—No me lo agradezcas todavía. Tendrás que ser fuerte porque ese «puto» Corazón de hierro te necesita —dijo antes de guiñarle un ojo.

¿A qué se refería?

CAPÍTULO 22



Ese «loft» era como tres veces su apartamento. Mattia se lo había pintado como algo pequeño, coqueto y nada más lejos de la realidad. Estaba claro que esta gente no sabía lo que era un piso medio.

Algún día lo llevaría a su casa y vería lo que era algo «pequeño».

A pesar de ese detalle, tuvo que reconocer que Mattia tenía buen gusto decorando. Parecía una casa de esas que salían en redes sociales, todo blanco y madera natural con un sinfín de plantas artificiales que daba un toque muy hogareño.

Casi pudo sentirse en su casa.

Aunque fuera la de un completo desconocido.

Se sintió tan extraña en ese lugar, completamente sola. No estaba bien, ella debía estar en su casa.

Por muy generoso que fuera Mattia, Wendy se sentía fuera de su elemento.

Lamentablemente, salir significaba enfrentarse a una prensa que ya se creía las palabras de Toms. Todo serían acusaciones, preguntas y tratar de sacar un titular lo más jugoso posible.

Tal vez podía decir que le gustaba cocinar a sus ex o que a veces disfrutaba de paseos desnudos por el monte para conectar con la naturaleza. Después de eso acabaría en un centro psiquiátrico.

Yendo casi en modo automático, Wendy sacó el teléfono y marcó el teléfono de su amiga.

—¿Estás bien después de lo que ha dicho ese petardo? —preguntó ella sin siquiera saludarla.

El corazón le dio un violento vuelco, era la primera persona del exterior que la creía sin necesidad de explicarse. Vale que ella sabía parte de la historia, pero podía haberse resistido a la verdad de haber querido.

—¡Oh, Bonnie! ¡Es todo tan caótico! ¡Tengo miedo! —exclamó viniéndose abajo de nuevo.

Abrazándose a sus piernas, lloró en el sofá de Mattia mientras su amiga la escuchaba por el altavoz. No era la imagen ideal, lo sabía bien y preocupar a Bonnie tampoco era de su agrado.

Lamentablemente sus emociones se habían salido de control.

—Cielo, ¿has hablado con tu padre?

Lo había hecho y había conseguido un agujero en el corazón por su culpa. Ahora era la repudiada de la familia.

—Ya sabes cómo es. Se cree que han mancillado a su niña y que soy una guarra —confesó con una dura punzada en el corazón.

Su padre la había desechado como si toda su vida no valiera nada. Poco le importó que que hasta entonces hubiera tratado de ser una hija ejemplar y lo mucho que se esforzó por serlo.

Ahora era lo peor del mundo.

—Lo siento muchísimo, no es justo.

Agradeció las palabras de Bonnie, aunque eso no haría cambiar de opinión a su padre. Seguiría siendo el de siempre por mucho que intentase borrar lo que acababa de suceder. Su corazón no se curaba tan pronto.

—¿Y qué tal ese pisito de soltero? ¿Mola? —preguntó su amiga tratando de distraerla.

Wendy miró a su alrededor.

—¿Pisito? Tendrías que ver este puto sitio, es enorme.

Rieron a la vez.

Ese consuelo la ayudó mucho después de ver cómo todo su mundo se desmoronaba. La amistad era capaz de rescatarte cuando lo necesitas sin importar lo profundo que fuera el agujero.

Y ella estaba feliz de tenerla en su vida.

Aunque fuera la única que quedase.

—Baja a hablar con ella —ordenó Maël.

Hank lo ignoró.

Su amigo tenía un defecto muy grande: era muy intenso. Cuando se lo proponía podía convertirse en el ser más pesado del universo. Era alguien insufrible que no convenía a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Estaba convencido de que hasta había tenido que cansarse de su propia voz.

—No.

—Yo estoy con Maël, tienes que bajar —propuso Mattia.

Que él lo dijera tuvo más peso. Mattia era la voz de la razón, ese hombre que siempre estaba ahí para dar un consejo amigo cuando tocaba. Tal vez si él lo decía... Debía bajar y hablar con Wendy.

—No. No lo haré —declaró convencido.

De pronto, de las manos de Maël voló un cojín que impactó en su cara.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Hank dándole unos segundos para recapacitar sobre lo que había hecho.

Sin atisbo de remordimiento o culpa, Maël se encogió de hombros.

—Te lo mereces. No me gusta interaccionar con Corazón de hierro, quiero mi Hank de vuelta.

Suspiró, agobiado.

Esa versión de sí mismo era la mejor disponible. Después de todo, ser el «otro» solo le había traído problemas. Debía ser de hielo, impenetrable y fuerte para que nadie lo alcanzase.

Que nadie le hiciera daño.

—No está, deje un mensaje después de la señal —bromeó Hank regalándole un corte de mangas.

Maël, completamente indignado, se levantó del sofá y fue directo a la cocina. Aquel monstruo iba a comerse todo lo que pillase. Los nervios lo hacían devorar hasta la espuma de los cojines si se terciaba.

—Me mudo con ella. Paso de dejarla sola porque se haya encoñado del capullo del grupo — declaró mientras metía comida para dos semanas en una bolsa.

Hank y Mattia se asomaron para comprobar como arrasaba esa cocina hasta casi no dejar nada. Casi creyeron que iba a llevarse hasta el hielo del congelador, pero se contuvo.

—Sí, fijarse en Toms fue un error por su parte —comentó Hank.

De pronto Maël giró para fulminarlo con la mirada. Lo hizo de tal forma que hasta creyó que el suelo temblaba bajo sus pies. Sintió verdadero miedo al verlo tan ferozmente enfadado.

—El capullo eres tú. Está encoñada de ti, no del imbécil de Toms —remarcó dejándolo sin habla.

No podía contestar a eso.

—No viene por tu fama, no quiere acercarse a ti por dinero o poder y ve realmente como eres. Yo no me lo pensaría —comentó Mattia—. Todos estamos solteros por algo, el mundo es difícil cuando eres conocido. Si yo tuviera la oportunidad de amar a alguien que me quiera por lo que soy y no por la imagen que han proyectado de mí, lo tomaría como un loco.

La profundidad de sus palabras le recordó lo difícil que podía llegar a ser el mundo. Sí, mucha gente los cosificaba. Hasta les lanzaban ropa interior y pedían que les hicieran un hijo solo para tener algo suyo.

Eran un objeto a alcanzar, algo exclusivo y de marca por el que luchaban a muerte.

Pero Wendy le había tratado como un ser vivo normal. Se había enfrentado a él, reído y le había hecho el amor como nadie en el mundo. Su placer había sido suyo, preocupándose por él.

Cuidándolo.

Tal vez eso se merecía una conversación.

—Toms la destruirá —suspiró Hank.

Sí.

Él le haría muchísimo daño. Más que cualquier otro ser en el mundo y sabía hacerlo bien.

Lo de la prensa era algo pequeño en comparación a lo que podía hacer. No existía monstruo peor que su compañero. Conocía el mundo y lo manejaba a su voluntad como el peor de los villanos.

Y a Hank solo le quedaba la salida de la obediencia.

No podía revelarse.

—Ya lo ha hecho. Esa chica ha visto su mundo desmoronarse y su padre rechazarla en unas pocas horas —dijo Mattia.

—Y a este capullo alejarla como si quemase —remarcó Maël con la boca llena de un dulce que encontró en su recolecta.

Hank jadeó.

Él había puesto el último clavo del ataúd.

Matándola.

—No puedo tratarla normal, tengo que ser lo que quiere Toms de mí. Solo así la dejará ir. Si soy bueno se olvidará de ella —explicó Hank.

No podía decepcionar a su amigo.

No debía o las consecuencias serían terribles.

—Yo propongo matar al Corazón de hierro y a Toms con él. Voy a por algo afilado —dijo Maël.

Mattia fue a la cocina a detenerlo antes de que las cosas se escapasen de control.

—Hank, baja ahora mismo y no seas un capullo y tú, Maël, siéntate en la mesa y engulle sin control mientras ellos hablan —ordenó llevándose el control de toda la situación.

Hank dudó unos segundos.

—¿Y lo dejas solo sin supervisión? —preguntó Maël escupiendo migas por todas partes—. La va a cagar.

Qué bonita confianza.

Así uno se sentía fuerte.

—Pues vivirá con esa consecuencia. Ser libre significa asumir las culpas cuando la cagas. Que él decida su camino, no Toms.

Las palabras de Mattia lo asustaron. Estar bajo el control de Toms había sido fácil. Su vida se había basado en tocar, disfrutar del mundo y seguir la línea impuesta como un perro educado.

Poder salirse del camino resultaba aterrador.

Y estimulante.

—Vale, voy a verla —anunció convencido.

Salió del piso a toda velocidad, aunque no tan rápido como quiso porque, mientras se cerraban las puertas del ascensor pudo escuchar a sus amigos.

—Estoy acojonado —comentó Maël.

—Deja de engullir como una aspiradora, das algo de cosa —se quejó Mattia.

CAPÍTULO 23



Wendy se armó con una sartén cuando escuchó la puerta principal abrirse. Con el corazón a punto de salirse del pecho, se escondió detrás una puerta esperando así sorprender a su agresor. ¿Cómo podía pasar algo así en un bloque de pisos que tenía seguridad propia?

No podía presentar una queja porque no era un hotel, pero sí iba a decirle a Mattia que cambiase la cerradura.

—¿Wendy? Soy Hank.

Completamente sorprendida, salió de su escondite y lo señaló con su arma terrorífica como advertencia.

—¿Sabes el susto que me has dado? —preguntó llevándose una mano al corazón.

Él, que la estudió a fondo, pasó por mil estados emocionales diferentes para acabar riendo.

—Me alegra haber hablado para así evitar el sartenazo —reconoció Hank con cierta calma.

Le hubiera dado sin contemplaciones.

—Todavía no te sientas a salvo que te doy igual —amenazó ella sin soltar su arma.

No sabía qué hacía allí y, depende lo que dijera, le salía más a cuenta arrearle un golpe y dejarlo KO.

—Vamos, soy inofensivo.

Y una mierda.

—¿Con quién hablo? ¿Con Hank o Corazón de hierro? —preguntó Wendy mirándolo a los ojos.

El Hank que un día llegó a vislumbrar no estaba por ninguna parte, lo que significaba que estaba ante su alterego. Ese hombre no le gustaba, era frío y el mismo que la trató mal cuando estaba con Toms.

Un idiota más.

—Soy la misma persona. Todos tenéis una manía muy fea de separarnos como si fuéramos dos personas.

—Es que lo sois —declaró Wendy sin atisbo de duda.

No quería tratar con ese hombre, pero golpearlo tampoco era la solución. Así pues, soltó la sartén en la cocina y decidió salir al comedor ya que se le acababa de cerrar el estómago.

—¿A qué has venido?

Él se aproximó a ella, avanzando unas grandes zancadas que la obligaron a retroceder. No quería tenerlo cerca y huyó al otro lado de la estancia para que no pudieran juntarse.

No solo eso, su lenguaje corporal cambió, tensándose y cruzando sus brazos sobre el pecho en una señal clara de advertencia. No deseaba su cercanía, solo quería que le dijera lo que venía a decir y se fuera de una vez.

—Quería saber cómo estabas —explicó Hank.

—Como una mierda, gracias. Ya puedes irte.

No lo hizo.

Hasta pareció... ¿Culpable?

—Es culpa mía. Lo siento, te prometo que no volverá a pasar. Seré lo que Toms espera de mí y solucionaremos esto.

La mente de Wendy colapsó dándose cuenta de algo importante. Toms parecía ser el dueño y señor de Hank y tiraba fuertemente de la correa. Le acababa de dar un correctivo y por ese motivo el Hank que conocía ya no estaba entre ellos.

Era una relación abusiva.

Una muy cruel.

—¿Por qué tienes que ser lo que quiera Toms? —preguntó con cierta delicadeza.

Él, visiblemente mortificado, se abrió de brazos.

—Porque si no lo hago daña todo lo que toco y a todos los que quiero. Te trajo a mí para hacerme daño convirtiéndote en un daño colateral.

Ese malnacido era el peor ser de la tierra. Nunca antes había contemplado algo tan atroz y ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado el control que ejercía sobre Hank. Estaba tan aterrado por las consecuencias que supo que ese hombre estaba roto.

—¿Y que conlleva ser Corazón de hierro? Explícamelo para entenderte mejor —pidió Wendy descruzando sus brazos.

Volviéndose más accesible.

Hank avanzó un poco, solo un paso para tantear el terreno. Ella parecía haber cedido un poco, no obstante, sabía bien que si seguía presionando retrocedería hasta convertirse en inaccesible.

Solo entonces se detuvo en seco, dándole su espacio.

—Ser de hielo, no dejar que nada me afecte. Centrarme en el trabajo, en las canciones, componer y divertirme un poco, pero sin grandes placeres. Así nadie llega hasta a mí lo suficiente como para hacerme daño. Un beso, dos... Algo de sexo muy de vez en cuando, pero poco más. Y ser implacable. Ese misterioso hombre que agrada tanto a la prensa.

Hank estaba confundido. Su mirada de tristeza lo aturdió mucho más que si hubiera optado por darle un nuevo bofetón. No comprendía qué había dicho para provocar tremenda reacción.

—¿Estás bien? —preguntó.

Wendy estaba casi sin aliento luchando por unas lágrimas que necesitaban salir. Con voz estrangulada alcanzó a decir un «no» apenas perceptible y no fue capaz de intentarlo de nuevo.

Ese hombre había sido utilizado hasta el punto de convertirse en nada. Toms lo había llevado a un punto donde su personalidad quedaba anulada por completo. Obedecía sus órdenes como si hubiera sido entrenado para ello.

Era desgarrador.

—No sé qué he dicho para que... —Hank la señaló.

No la comprendía.

Estaba tan metido en aquella misera que había asimilado que debía ser así para evitar el dolor.

—¿Yo qué pinto en todo esto? ¿Es mi culpa que Toms te haya castigado? —preguntó Wendy luchando por saber más.

Aunque su corazón muriera en el intento.

—No. Él te trajo convencido de que me fijaría en ti. Supongo que fui demasiado dócil este tiempo y quiso darme una lección.

¿Una lección?

¿Se daba cuenta de la barbaridad que decía?

—¿Qué lección? —preguntó Wendy.

No estaba segura de saber más.

Con cada palabra que decía era mucho más horrible que antes.

—Que nunca estaré a salvo. Que siempre buscarán hacerme daño y que no tengo lugar seguro en el mundo.

Lo dijo de forma tan natural, tan convencido de sus palabras que no había opción a réplica. Aquel discurso estaba tan interiorizado que lo había grabado a fuego en su piel y su alma.

Toms era el mal encarnado.

Saber que la había usado para llegar a Hank y castigarlo le retorció el estómago. Ese hombre merecía una muerte lenta y dolorosa. Ojalá el mundo se encargase de darle un castigo acorde a sus actos.

Wendy no sabía ni qué decir.

—Pero lo solucionaré, te lo prometo.

Molesta con sus palabras, levantó un dedo, señalándolo como si con ese gesto pudiera descargar todo el dolor que sentía.

—Deja de decir eso —pidió Wendy.

Hank solo se encogió de hombros.

—No puedes salvarme con toda la mierda que me ha caído encima. No está en tu mano que Toms me deje en paz. No es tu puta culpa que me haya hecho esto y convertirte en el Corazón de hierro solo afianza más su agarre sobre ti —escupió Wendy con dolor.

No quería verlo así.

No podía verlo así.

Era desgarrador.

—Ya lo hizo una vez... Y funcionó.

Sus palabras casi en silencio, susurrantes en un tono doloroso fue algo que Wendy no pudo soportar.

¿Cuánto dolor le había infringido Toms en todos aquellos años? ¿Qué había tenido que soportar?

Aquello era una verdadera locura.

—¿Qué te hizo? —preguntó Wendy.

Los ojos de Hank se oscurecieron como si los recuerdos fueran tan brutales que no pudiera ni respirar por su culpa.

—Glen... Ella lo eligió a él y Toms solo la usó. Me enseñó que nadie se acerca a mí de verdad, que estoy a salvo si sigo sus consejos. Después convenció a la prensa de que ella solo quería fama y nos dejaron en paz. Acabó el infierno.

Wendy lloró por Hank.

Cada palabra que dejó ir era tan dolorosa que notó su corazón romperse pedazo a pedazo. No se había dado cuenta de nada, de que Hank estaba tan roto. Había sido tan genuino con ella que no contempló el horror que arrastraba sobre sus hombros.

Tan brutal que no sabía cómo seguía con vida después de todo.

Glen parecía haber sido una mujer muy amada por Hank. Y por lo poco que había contado,

Toms la había usado para hacerle todo el daño posible. Después de eso, con el corazón roto en mil pedazos, dejó que formase una coraza a su alrededor.

Convirtiéndose en la leyenda que la prensa perseguía.

El soltero más codiciado del país y casi del mundo entero.

Pero Wendy lo veía en realidad. Estaba ante un hombre totalmente roto, preso del miedo por la pérdida. Estaba dispuesto a convertirse en una marioneta sin alma solo para que ella se salvase.

Él seguiría encerrado en el infierno que Toms había preparado, convirtiéndose en suyo para siempre.

Y no parecía importarle siempre y cuando se salvase Wendy.

Lo abandonaba todo por ella. Le daba su felicidad a cambio de seguir siendo un juguete roto.

Wendy se secó las lágrimas. Ella podía y debía ser fuerte. Ahora que conocía algo más a Hank supo que existía una razón para seguir adelante. El mundo había caído sobre sus hombros y él quería llevarse el peso.

Sacrificando su forma de ser para convertirse en lo que Toms quería.

—No quiero —dijo de repente, Wendy.

Hank frunció el ceño.

—Que me destruya, poco más puede hacerme —explicó encogiéndose de hombros—. Me niego a aceptar que te entregas como si nada y que todo será felicidad, purpurina y arcoíris. Yo no pienso aceptarlo.

No.

Toms no tendría su victoria.

—Es lo mejor.

—Y una mierda —declaró Wendy.

Esta vez fue ella la que avanzó directamente hacia Hank. Este no se movió ni un ápice como si tuviera curiosidad por ver qué se proponía. Y, cuando llegó a él, se dio cuenta de la superioridad física que tenía.

Era mucho más alto que ella y ancho, pero lo habían reducido a la mínima expresión. Convirtiéndolo en una mascota a la que sacar de paseo y vender muchos discos. Toms había sido el peor enemigo.

No se protegían del exterior, el golpe más directo venía de dentro.

—No voy a dejar que te conviertas en el Corazón de hierro. Vamos a pelear juntos y si se acaba el mundo, que se acabe. Me da igual lo que diga de mí, yo sé lo que soy y tú eres mucho más que ese ser.

Hank negó con la cabeza.

—Yo sé lo que tengo que hacer.

Ella sonrió.

—Eso no significa que sea lo mejor. ¿Y sabes qué? Pienso pelear contra ti si hace falta, pero no voy a permitir que seas tu alterego. No me importa lo mucho que pelees, no dejaré que ocurra —explicó convencida.

Después, aun a riesgo de ser apartada, Wendy cerró los ojos antes de abrazarlo con fuerza. Se aferró a su cuerpo demostrándole que no se iría a ninguna parte, que estaba ahí para él.

El mundo podía devorarlos en ese preciso instante y no importaría porque estarían juntos.

Daba igual si como pareja o como amigos, ella pensaba ser ese apoyo, esa piedra en el zapato que lo ayudase a ser el Hank real. El mismo que había conocido cuando habían estado solos.

Siendo ellos mismos.

Solo cuando pensó que Hank seguiría inmóvil y que debía apartarse, él la tomó entre sus brazos con fuerza. No se contuvo, respiró profundamente mientras la rodeaba con tal intensidad que creyó que se desmayaría allí mismo.

—No sabes lo que estás haciendo, puedo hacerte mucho daño... —advirtió Hank—. Y no será queriendo. A ti no quiero herirte.

Su confesión le destrozó el corazón.

Él era una persona tan increíble y no era capaz de verlo.

Solo por eso se quedaría a su lado. Hasta las últimas consecuencias.

—Y yo puedo darte un sartenazo, tú vigila —bromeó Wendy.

Puede que superasen el tiempo estipulado para un abrazo convencional, no obstante, se quedaron allí todo el tiempo posible. Fue como si tuvieran miedo de que, al soltarse, no pudieran volver a estar juntos.

Se tomaron el uno al otro, con fuerza. Wendy transmitió su valentía y Hank todo el miedo que llevaba oculto desde hacía años en su corazón. Eran una mala combinación y todo aquello podía acabar mal.

Aun así, se siguieron abrazando.

Dándose cuenta de que podían ser la guía hacia la cura que tanto necesitaban.

CAPÍTULO 24



—¿Se habrán matado? —preguntó Maël.

Era una pregunta muy lógica. Lastimosamente no tenía respuesta para ello. Mattia cabeceó un poco, recordando la hora en la que se había marchado calculó que llevaba ya dos horas en su piso hablando con Wendy.

—Solo espero que no —reconoció Mattia.

Respiró profundamente.

Estaba preocupado.

—Pon una de tus cámaras, que veamos que siguen respirando. Después las apagas.

Maël estaba loco, tremendamente loco y sin opción a reparación. No podía hacer eso sin invadir su intimidad. Estaba convencido de que eso era un delito tipificado. Pero, a pesar de todo, la curiosidad lo llamó.

—No debería...

Su amigo sonrió.

—Pero eres un buen amigo y lo harás solo para saber que está todo bien.

Maël era el demonio sobre su hombro.

Mattia volvió a suspirar.

—¿Y si los vemos follando? —preguntó, confundido.

No quería esa imagen en su mente.

—Pues apagas rápido y aquí no ha pasado nada. Tampoco sería la primera vez que alguno de nosotros pilla a otro follando. Lo ignoraremos completamente —explicó Maël con absoluta indiferencia.

Sí.

Se habían pillado en pleno acto varias veces.

¡Qué vergüenza!

Solo quería saber que estaban bien, no podían culparle mucho por preocuparse por ellos... Así pues, sacó el móvil y luchó contra ese sentimiento de disgusto que se instauró en su pecho.

Era un buen amigo.

Lo era.

O al menos eso esperaba.

Encendió la cámara del comedor, de pronto una risa femenina lo calmó un poco. Pocos segundos después Hank entró en el ángulo con una botella y dos copas entre sus manos.

—Si bebo más me voy a desmayar —rio Wendy.

Mattia dejó escapar todo el aire de sus pulmones con alivio. Estaban bien.

—Parece que siguen vivos —comentó Mattia.

Menos mal.

—Y que se lo están pasando bomba —rio Maël.

Sí. Le resultó curioso ver al Hank que tan poco veía, no era Corazón de hierro porque sonreía como solo el verdadero Hank sabía. Estaba feliz de estar con Wendy y se sentó a su lado, llevándola contra su piel como si la necesitase para respirar.

De pronto se dio cuenta de lo profundos que eran los sentimientos de su amigo.

¿Se habría dado cuenta él?

De un modo extraño, después de servirle una copa a Wendy y dársela, rodeó sus hombros con su brazo. La sujetaba con esa imperiosa necesidad de tenerla cerca, de evitar que saliera corriendo de su lado.

Estaba enamorado de verdad.

Había volado por los aires todas las defensas que los años le impusieron. Era solo él contra Wendy y luchando por ver hasta dónde podían llegar.

Ese hombre, el mismo que se había negado a amar alguien durante años, ahora se aferraba a una mujer especial. La misma que lo miraba como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra.

Cuando Wendy sonreía los mismísimos dioses se arrodillaban ante ella. Te atraía como el sol al resto del sistema solar.

—Se nos ha enamorado de verdad —jadeó Maël.

Mattia asintió.

Y ella también parecía quererlo.

—Si alguien consigue llegar hasta él solo puede ser Wendy. Tal vez esta vez consiga ser él mismo para siempre y no escudarse en su alreago.

Ella iba a salvarlo de su oscuridad.

O eso esperaban.

—Pero... Toms... —comentó Maël.

Ese ser no dejaría que su juguete fuera libre así como así. Solo por eso debían pelear más que nunca. La libertad no era algo que te dieran al nacer, debías pelear por ella y, al tenerla, por conservarla.

Puede que juntos lo consiguieran.

—Wendy puede con eso, el que me preocupa es Hank. Hay trenes que solo pasan una vez en la vida, espero que no lo deje escapar —comentó Mattia con dolor en el corazón.

Sabía bien de lo que hablaba porque una vez una persona fue especial. Tuvo a alguien que lo amó como era, que no le importaba la prensa o la imagen que proyectaba. Lo respetaba, cuidaba y amaba por ser él mismo.

Y lo dejó escapar.

Dejó que se marchase por miedo a que la fama lo destruyera y su corazón se fue con él muy lejos.

No había habido un solo día en todos esos años que no se hubiera arrepentido de su decisión. Lamentablemente, tras intentar contactar con él muchas veces y no conseguirlo, se dio por vencido.

Y después estaba el loco de Toms. El mismo que lo amenazó con destruirlo como a Hank si se enamoraba.

Todos recordaban lo bajo que llegó a caer Hank con Glen. Recogieron los pedazos de un hombre que no parecía recomponerse nunca. Era solo un mar de llanto y dolor, una bola de desesperación y culpa.

No sentía nada más que dolor.

Mattia estuvo a su lado más que cualquier otro. Recogió a su amigo borracho de todos los locales de la ciudad, sujetó su cabeza en cientos de baños mientras vomitaba y le había obligado a comer cuando dejaba de hacerlo.

Maël ayudó mucho y fue la alegría que le faltaba a Hank en ese tiempo. El único que lo dejó de lado fue Toms, aunque también había sido el culpable de su dolor. No podía contarse como amigo.

Aun así, siguió el grupo intacto.

Debieron disolverse entonces. Él tendría que haber luchado por sus amigos, salvarlos de Toms y fue cobarde. Se dejó llevar y los focos cayeron sobre ellos convirtiéndose en estrellas famosas.

Todo eso le hizo olvidar el dolor.

Y Hank cambió para siempre.

Puede que Toms disparase el arma figurada que asesinó su personalidad real, pero él se sentía culpable, como si hubiera sostenido la pistola que acabó con su vida. Solo esperaba que tuviera cura.

—Yo espero que no la deje ir —comentó Maël—. Vale la pena de verdad.

Así era.

Y Toms lo había sabido.

Wendy era de esas mujeres que llamaban la atención tras unas pocas palabras. En ella veías una fuerza admirable y una alegría capaz de contagiar hasta al más triste de la sala. Parecía una luz en un mundo de oscuridad.

Le resultaba de absoluta crueldad que Toms hubiera jugado con la chica para acabar dañando a Hank.

Era retorcido.

Apagó la cámara proporcionándoles la privacidad que necesitaban. Ya sabían que respiraban y que no se habían matado entre ellos. Suficiente como para seguir esperando a que uno de los dos subiera.

—No sé qué vamos a hacer para que la prensa se olvide de ella —confesó Mattia dejándose caer en el sofá.

Se tapó los ojos con la mano, necesitaba pensar algo y rápido. Para su desgracia, solo había conseguido un precioso dolor de cabeza que amenazaba con no irse jamás. Eso era de lo menos apetecible en esos momentos.

—Tenemos que pensar algo pronto.

Eso era fácil decirlo.

Estaba claro que tenían muchos más problemas de los que decían. El grupo se había roto en mil pedazos y, aunque los contratos publicitarios estaban listos, no tenía claro de que la banda se volviera a reunir.

Eso sin contar la enorme gira que estaban cerrando en los lugares más importantes del mundo.

Los fans estaban deseosos de tenerlos de nuevo cantando, no obstante, cantante y guitarrista estaban en una batalla feroz en la que solo quedaría uno.

Ese era un grandísimo problema.

—Estamos muy jodidos, Maël —reconoció Mattia.

—Bueno, tal vez haya que dar una vuelta a nuestras vidas. No podemos seguir como hasta ahora. No después de que Toms haya hecho esto.

Esa decisión parecía estar tomada por todos.

Ahora tenían exclusiva: el grupo se disolvía.

Tenían que hacerlo bien, sacar a Wendy de la ecuación antes de que toda la prensa le echase la culpa a ella.

Solo debían pensar.

—Llamaré a nuestros agentes a ver si se les ocurre algo —propuso Mattia.

Maël parecía muy tranquilo.

—Vale.

Él parecía en calma, casi como si fuera imposible asustarlo después de todo lo que estaba viviendo. Le envidió un poco porque su interior estaba envuelto en un caos demoledor.

Quería estar tranquilo, confiar en que todo iría bien.

Sencillamente no podía ser tan iluso.

De pronto su teléfono sonó con el peor nombre posible brillando en la pantalla: Toms.

—Déjame a mí que lo mande a la mierda —pidió Maël.

No.

No podía permitir eso.

Llevándose un dedo sobre los labios, le ordenó silencio mientras él lidiaba con el que parecía ser su excompañero. Lo que menos necesitaba era que Maël se metiera en medio y la liase mucho más de lo que ya estaba todo.

—¿Qué quieres? —preguntó Mattia al descolgar.

Toms rio.

—Estáis todos de su parte, ¿eh? No me extraña, siempre fue tu niño bonito, aunque no pudiste salvarlo de mí. ¿Qué te hace pensar que esta vez lo harás?

Estaba tan convencido de que había ganado que sintió ganas de vomitar.

—Tú le diste la clave para alejarse de ti. En eso debe estarte agradecido, lo único bueno que has hecho en tu miserable vida —contestó Mattia.

Sabía bien a qué o quién se refería: Wendy.

—Ella es algo pasajero.

Mattia rio.

—Eres imbécil si crees que es un juego. Le has dado algo a lo que aferrarse y salir de esta vida de mierda que le has dado.

Eso sí que no le gustó a Toms.

—Él es mío, mi juguete. Está en la palma de mi mano y no dejaré nada cuando destruya a Wendy —explicó convencido.

Era un idiota.

—Has dado un paso en falso, esta vez conseguirá ser libre —dijo Mattia creyéndolo de verdad.

—No dejaré que Hank se escape a mi control, él siempre vuelve a mí. Lo hará por muchas esperanzas que le dé esa chica. Tú solo dame tiempo e imaginación.

Era el ser más despreciable de la tierra.

—Esta vez no está solo. No lo conseguirás.

—Siempre consigo lo que quiero, Mattia. Aunque tenga que pasar por encima de ti... En fin, yo llamaba para recordar que mañana tenemos un reportaje de fotos en la terraza del piso. Puede

que me hayáis echado, pero el contrato ya está firmado y cobrado, así que, pienso ir.

Mattia apretó la mandíbula, no había recordado ese compromiso ineludible. No podían echarse atrás.

Entonces comprendió lo bien calculado que lo tenía todo Toms.

—Nos vemos mañana, chicos —dijo con alegría antes de colgar.

Ahora sí que estaban perdidos.

Y de verdad.

—Dime que esa cara es porque te ha dado un apretón y no porque Toms nos la haya metido sin vaselina —pidió Maël.

Ojalá hubiera sido eso.

Tendría más sentido.

—Mañana tenemos reportaje y tiene que subir a casa sí o sí.

CAPÍTULO 25



La cabeza de Hank daba vueltas cuando Wendy se sentó a horcajadas sobre su regazo con una copa en la mano. Bebió de ella un pequeño sorbo y sonrió muy cerca, casi respirando el mismo aliento al mismo tiempo.

Ella se acercó a su boca y, cuando estuvo dispuesta a besarlo, Hank giró el rostro evitándolo. Además, le puso las manos en las caderas apartándola y ayudándola a bajar de sobre su cuerpo.

—No, Wendy, así no —le dijo muy serio.

Habían bebido un par de botellas y, aunque él tenía el puntillo, ella parecía más afectada. Tenía sentido, era mucho más pequeña y no habían comido nada para todo el alcohol que habían tomado.

Fue hacia la cocina para prepararle algo de comer, eso la ayudaría a despejarse pronto.

—¿Por qué? —preguntó Wendy de rodillas en el sofá, apoyada en el reposacabezas y mirándolo con pena.

Hank sintió una punzada en el corazón sabiendo que esa mirada podía protagonizar cualquier anuncio de abandono de animales.

—Porque está mal. Yo no me quiero aprovechar de ti. Quiero besarte cuando quieras, sin alcohol de por medio. Con todas tus facultades mentales intactas —reconoció Hank.

Eso le hizo hacer un leve mohín seguido de un puchero mientras dejaba la copa sobre la mesa de centro.

—Quiero besarte —pidió sin miedo al fracaso.

Él también.

—Yo no, así no, Wendy —dijo sacando fuerzas de flaqueza.

Le preparó un bocadillo, lo justo para que comieran algo y comenzase a bajar la borrachera que se habían provocado por estúpidos.

Hank le llevó el plato y se lo plantó en el pecho sin decir nada. Era más que evidente lo que quería de ella, ahora solo faltaba que le hiciera caso. Ella lo miró haciendo un leve mohín para después rendirse y comer.

—Es lo mejor y lo sabes —explicó Hank como si así limpiase la culpa que lo carcomía.

Ella no pareció convencida.

—¿Quién follará mejor?

Hank se planteó que quizás ella hubiera bebido las dos botellas y él nada, porque no era capaz de comprender lo que pasaba por la mente de aquella mujer.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Hank.

Ella lo miró con la boca llena y se regodeó masticando mientras lo dejaba con la intriga. Esa mujer tenía la capacidad de volverle loco con algo tan trivial como permanecer en silencio.

—Me preguntó quién follará mejor, ¿Hank o Corazón de hierro? Porque ya me he tirado a uno, con lo guarra que soy, debería tirarme al otro y compartir notas a ver cuál me gusta más.

No pudo evitarlo, estaba masticando cuando Wendy habló y se atragantó al escucharla. Tosió luchando por respirar al mismo tiempo que se golpeaba el pecho con fuerza.

Esa mujer iba a matarlo.

—¿Te has vuelto loca?

Ella siguió comiendo como si nada.

Hablaba de él como si existieran dos Hank distintos y eso le hizo pensar. ¿Podía ser verdad lo que decía?

No era la primera vez que escuchaba decir algo así, lo cual no tuvo claro si era bueno o malo. Siempre creyó que eran la misma persona, solo que se mantenía más frío cuando interpretaba el papel de hierro.

—No. Imagínate que Corazón de hierro es mejor en la cama que Hank... Y yo me lo estoy perdiendo.

Sí.

Había bebido mucho más.

Pero, curiosamente, parecía mucho más cuerda que nunca antes. Comer le había sentado bien y, aunque no milagroso, sí parecía mucho más ella. Quizás ahora pudieran tener una conversación real.

Una que el alcohol no ahogase.

—Soy la misma persona siempre —remarcó Hank.

Wendy soltó su plato sabiendo perfectamente que él la miraba detenidamente. De pronto sonrió y el mundo pareció detenerse en seco o quizás fue Hank el que se quedó petrificado.

Aquellos ojos prometían traer el mismísimo infierno con sus manos, quemarlo profundamente hasta consumirlo. Y actuó en consecuencia, contoneó sus caderas yendo hacia él para devorarlo.

¿Cuál sería su próximo paso?

Arrebatándole el plato del regazo, lo dejó lo más lejos posible mientras Hank luchaba por respirar.

Volvió a sentarse en su regazo provocando que todo su cuerpo se estremeciera de los pies a la cabeza. Su contacto fue tan caliente que creyó ser capaz de fundirse bajo su toque.

—Wendy... —la advirtió Hank.

Ella no parecía temerle.

Ni un poco.

—Hola, me presentaré, soy Wendy y quiero a Corazón de hierro. A Hank ya lo tengo muy visto —dijo con total seriedad.

Hank solo la contempló.

Recordando lo frío que podía llegar a ser, sonrió pensando en la idea, tal vez sí tenía un alterego. ¿Sería buena idea dárselo? Este podía ser duro con ella, asustarla y alejarla para siempre.

Y, a pesar de todo, sintió la necesidad de jugar.

De darle lo que pedía.

—Wendy, no sabes lo que haces... —advirtió Hank.

No parecía muy preocupada.

—Lo quiero a él. Tú puedes irte un rato —rio ella.

Agarrándose a su cintura, Hank la miró con auténtica frialdad dejando que ese hombre que tenía bajo la piel tomase el control. Temió las consecuencias y solo esperó no ser demasiado brusco.

—Joder... Es verdad que sois muy diferentes —jadeó ella mirándolo a los ojos.

Hank sonrió.

—¿Satisfecha o no te he asustado lo suficiente? —preguntó jactándose de ser ese hombre implacable.

Algo en él le hizo sentirse mal por hablarle así, no obstante, ella no retrocedió ni un milímetro. Contoneó sus caderas dejando que sus intimidaciones rozasen con fuerza y la vio cerrar los ojos gimiendo al mismo tiempo.

Ese fue un sonido celestial.

—No me has asustado en absoluto. Es más, si me dejas, pretendo follarte —declaró casi ahogándolo ahí mismo.

Esa mujer estaba loca.

—No...

Se tomó la negativa como un reto.

—¿No te gusto?

Volvió a contonear sus caderas.

—Tu polla no dice lo mismo —confirmó bastante satisfecha con lo que notaba entre las piernas.

Wendy podía hacer enloquecer al más cuerdo del mundo. No importaba lo mucho que se resistiera, estar con ella era pecar sin miedo y perderse en su cuerpo hasta renacer de nuevo.

—¿Por qué me quieres a mí? ¿Porque soy inaccesible? —preguntó Hank.

Necesitaba una respuesta.

Algo.

—Porque eres la marioneta de Toms y yo pienso cortar los hilos que te sujetan, esos que te contienen —declaró descendiendo poco a poco.

Wendy bajó hasta tomar sus labios sin esperar permiso de nadie. Los besó como si siempre hubieran sido suyos y nadie pudiera impedírselo. No temió que pudiera hacer o decirle, se lanzó sobre él esperando conquistar el mundo entero.

Hank respondió el beso con fuerza, no fue gentil ni se molestó en serlo. Tomó su boca como ella buscaba, convirtiéndose en el hombre que creía conocer. Ese que no hacía lazos afectivos con nadie.

Metiendo una mano dentro de su camiseta, subió por la espalda de Wendy quemándola con su toque.

Se ahogaron el uno al otro besándose y respirando cuando podían. No respetaron si el otro tomaba aire o no, solo se saborearon sin rastro de piedad alguna mientras sus lenguas se golpeaban frenéticamente.

Fue entonces cuando la mano libre de Hank tomó la barbilla de Wendy y la apartó de golpe.

Ambos se quedaron mirando a los ojos, tomando aire mientras sus corazones bombeaban a toda velocidad.

—No quieres esto, Wendy. Déjame protegerte —le aseguró Hank.

Ella sonrió casi quemando toda su conciencia.

—Calla y fóllame de una vez. Deja que decida lo que yo quiero o no.

Eso voló su estabilidad.

Esa mujer quería tomarlo, quería que la hiciera suya hasta las últimas consecuencias y, a pesar de que temió lo peor, aceptó el trato. Si ella quería su lado más frío lo tendría y después verían qué quedaba de ellos.

Apartando las manos del cuerpo de Wendy, luchó por tomar sus muñecas y las echó a la espalda donde las sujetó con una mano. Después volvió a agarrarla de la barbilla obligándola a mirarlo.

—Voy a caerme... —jadeó Wendy contoneándose sobre su erección.

Era pura tentación.

—No lo harás, yo te tengo —prometió Hank.

Fue directo a su cuello, donde la besó y lamió como si fuera la última vez en la vida que lo hiciera. Ella gimió bajo su toque, notó el hormigueo de su voz al salir por su boca y disfrutó sintiéndola.

Después de eso, necesita más, mucho más.

La bajó de su cuerpo durante unos segundos antes de cogerla por el trasero. La levantó como si ella no pesase nada y dejó que sus piernas se envolvieran alrededor de su cintura.

Esta vez fue él quien la besó. Tomó sus labios con rabia, mordiéndole el labio inferior y respirando su aire mientras gritaba su nombre.

Caminando como pudo, la llevó a la cama. No tenía tiempo a pararse a pensar si estaba bien o no lo que estaban haciendo. Solo necesitaba tenerla. Ella había empujado sus límites, había entrado al juego sabiendo bien las reglas.

Ahora era su presa.

Soltándola sobre el colchón la miró detenidamente. No quería esa ropa sobre su cuerpo, la quería desnuda para saborearla de una maldita vez. Era tal la necesidad que sintió su cuerpo estremecerse necesitándola.

Cayendo sobre ella como un lobo sobre su presa, Wendy soltó un leve grito antes de reír.

—Eres jodidamente temible... —suspiró casi satisfecha con verlo así.

No le contestó.

Tomó su camiseta y, tirando de ella hacia ambos lados, rasgó la tela arrancándosela al mismo tiempo que la rompía. Entonces sí que la vio temer unos segundos, fue algo fugaz, pero estuvo ahí.

Tal vez ahora sí temía al Corazón de hierro y se iba.

Así la protegería de Toms.

—Después me voy a vestir con tu ropa, que lo sepas —amenazó ella recobrando la compostura.

Revolviéndose un poco, Hank dudó sobre lo que ocurría hasta que se dio cuenta de que se acababa de abrir el cierre del sujetador. Así evitaba que él lo rompiera y se lo quitó antes de que pudiera echarle mano.

—Chica lista.

—Gracias —sonrió ella.

Tomó sus pechos con sus manos primero para después bajar con la boca. Eran tiernos y colmaban su boca llenándola como si fueran el mejor dulce del mundo. Su pezón duro golpeó con su lengua provocándole un gruñido feroz.

Era adictiva.

Su cuerpo reaccionaba a su toque como nadie antes. Ansiaba sus caricias, sus besos y su lengua como si fuera la única medicina a cualquier cosa que la afligiera. Ese cuerpo se retorecía

bajo el suyo esperando ser poseída.

Hank subió a su boca, aunque no la besó inmediatamente. Solo se quedó mirándola con detenimiento.

—Témeme, Wendy... —ordenó Hank.

Estaba desesperado por salvarla de sí mismo.

—Soy tuya Corazón de hierro, tócame de una maldita vez —declaró Wendy con tanta seguridad que lo hizo temblar.

Era suya.

Toda ella.

Su cuerpo le pertenecía al igual que sus gemidos. Eso lo enloqueció porque nunca antes había tenido nada o nadie. Se lo habían arrebatado todo y ella era algo demasiadopreciado para caer en sus manos.

Y, aun así, se empeñaba en entregarse.

Alzando la barbilla, Wendy lo besó con ternura y eso lo destruyó por dentro. Gruñendo en su boca, Hank respondió abrazándola mientras sus labios se quemaban el uno al otro.

Wendy supo que ese hombre podría hacerle cualquier cosa en el estado en el que estaba. Seguía siendo Hank, aunque había elevado un poco el nivel en cuanto a frialdad. A pesar de eso, seguía siendo él.

En el fondo.

Su beso la volvió loca, perdiéndose en sus caricias y dejando que su boca sufriera las consecuencias. Era experto besando y lo quemaba todo con su toque.

—Necesito desnudarte —confesó Hank dejando su boca.

Ella se abrió de brazos.

—Sírvete.

Volaron sus zapatos como armas arrojadizas para después notar como sus pantalones de marchaban a la velocidad de la luz. Arrancó sus calcetines sin miramientos antes de tomar su tanga y bajárselo lentamente.

Se recreó en el movimiento dejando al descubierto toda su intimidad y ella misma.

—Eres un manjar para la vista —reconoció Hank.

Colándose entre sus piernas, no titubeó, tomó su sexo con su boca haciendo así que Wendy se arquease y gimiera a la vez. Su lengua fue directamente a su clítoris torturándolo a su paso mientras ella apenas podía respirar.

La lamió a conciencia, saboreando cada rincón tan fuerte como pudo y volviéndola loca lentamente. Al final, cuando succionó su clítoris, ella supo que estaba a punto de llegar.

—Hank... —lo advirtió.

Y él succionó más fuerte provocando que su orgasmo explotase como fuegos artificiales.

Se corrió gritando el nombre de Hank mientras el placer la recorría de los pies a la cabeza entre fuertes espasmos.

Después de eso él se retiró para desnudarse. Lo hizo lentamente mientras Wendy recuperaba el aliento y lo miraba con intensidad. Le encantó ver desaparecer esa camisa para dejar su pecho al descubierto.

Era un cuerpo hecho para el pecado, para perderse en él desde el anochecer hasta el amanecer.

Y repetir la noche siguiente.

Poniéndose sobre ella, Wendy quiso acariciarlo, saciarse de esa piel que parecía haber sido creada por dioses. Para su sorpresa, Hank tomó sus muñecas y elevó sus brazos por encima de su

cabeza anclándola a la cama con fuerza.

Usando una mano, tomó ambas muñecas y así dejó una mano libre para tocarla a voluntad mientras a ella la privaba.

—Quiero tocarte... —jadeó Wendy.

Hank negó.

—Quieres a Corazón de hierro, ¿verdad? Pues no me tocarás hasta que te lo diga.

Wendy tragó saliva dándose cuenta de que tal vez había despertado una bestia a la que no debía haber llamado. Ahora asumía las consecuencias sabiendo que él jamás la dañaría.

Hank seguía siendo él.

Tras esa fachada fría estaba el hombre que recordaba.

Acariciando uno de sus brazos, Hank se coló entre sus piernas lentamente regodeándose mientras la miraba bajo su control.

—Preservativo —recordó ella.

Él asintió yendo rápido a por uno. Revolvió un par de muebles antes de dar con eso que necesitaban para seguir. Luchó con el envoltorio provocando que Wendy riese y él la mirase prometiendo venganza.

—Ha sido gracioso, tienes que reconocerlo —rio Wendy.

Tomándola de nuevo, sujetó sus manos con la fuerza suficiente como para inmovilizarla, aunque no dañarla. Y sus piernas se abrieron dándole la bienvenida como si ese fuera su hogar.

—Wendy, pídemme que me pare... Hazlo ahora —pidió un resquicio de Hank que salió a la superficie.

Ella negó.

—Fóllame de una maldita vez.

Corazón de hierro sonrió glorioso, lo hizo mientras entraba en su cuerpo lentamente. Ambos cerraron los ojos gimiendo al mismo tiempo dejando que el placer explotase de un cuerpo al otro con verdadera desesperación.

Solo cuando estuvo hasta lo más profundo, Hank descendió tomando sus labios con suavidad.

—Eres un pecado mortal —reconoció antes de moverse.

Comenzó a bombear primero lento, mirándola queriendo recordar cada reacción que hacía. Ella era poesía, una que no podía plasmarse en un papel, solo escucharse y gozarla hasta lo más profundo.

La tomó con fuerza cuando vio que estaba lo suficiente dilatada para su cuerpo. Se regodeó subiendo el ritmo, envistiéndola fuerte mientras ella se retorció bajo su cuerpo en busca de su liberación.

Wendy luchó por soltar sus muñecas y tocarlo, pero se lo impidió.

Eran las normas.

—Eres un... —dijo algo abrumada.

Él le sonrió.

—¿Paro entonces?

—Si paras te mato —amenazó luchando contra él.

Era una espada contra otra espada. Wendy era afilada y no tenía miedo en pelear si la situación se terciaba.

Liberándola con ciertas reticencias, comprobó que ella no se movía del sitio, obediéndole para su sorpresa. No esperaba esa reacción después de haber tenido que contenerla.

¿Sería un truco?

—¿Ya te has cansado? ¿Necesitas que me ponga encima? —retó Wendy apretando un poco

más sus límites.

Esa mujer podía volverle loco.

Colocándose de rodillas, pero dentro de su cuerpo. Hank tomó sus piernas poniéndolas sobre sus hombros y siguió penetrándola con fuerza. Bombeó mientras ambos rasgaban sus cuerdas vocales gimiendo, gritando el nombre del otro y, en último caso, gruñendo como animales enloquecidos.

El segundo orgasmo de Wendy llegó tan fuerte que tuvo que abrir los ojos para contemplarla. Se removió mientras el placer la golpeaba tan duro que bramó su nombre en pleno frenesí.

Arqueó su espalda mientras disfrutaba del momento y tomaba aire poco a poco.

Ella había explotado bajo su cuerpo dándole una de las mejores vistas jamás contempladas.

Entonces movió sus manos directas a su pecho. Lo alcanzó cuando bajó la guardia y lo acarició sabiendo que la retendría. Estaba provocándole, sabiendo bien lo que hacía con cada toque.

Hank tomó entonces sus manos con fuerza.

—¿Qué? ¿Molesto? —tentó ella.

Wendy rio.

Saliendo de ella, Hank la giró sobre sí misma con mucha cautela y la ayudó a levantarse.

—¿Qué? —preguntó algo confundida.

—Confía en mí —pidió Hank.

Sentándola sobre su regazo, entró en ella poco a poco dejando que se acostumbrase a la postura. No dejó que cayera porque la rodeó con un brazo por su vientre, apretándola contra su pecho, afianzándola.

—Hank...

Ambos se movieron a la vez primero lentamente para después pasar a un ritmo más alto.

Hank besó su hombro derecho, lo lamió dejando que su sabor quedase siempre en su lengua, casi impregnándose en su alma.

Apartó su cabello con una mano para así tomar su cuello, el cual mordisqueó antes de saborearlo profundamente. Fue en ese momento en el que notó las manos de Wendy ir hacia atrás, alcanzando a duras penas su piel y se lo permitió.

Sus leves caricias le hicieron aumentar el ritmo, casi como si lo animasen a seguir y supo que estaba completamente perdido.

Ella era una visión, alguien increíble capaz de alcanzarle a pesar de representar su peor faceta. Conectó con él tan profundamente que supo que Corazón de hierro nunca podría ser duro con ella o cruel.

Él también la necesitaba como si fueran dos personalidades distintas que estaban de acuerdo en algo: Wendy.

Debía quedarse.

Ser suya.

Liberarse de todo el pasado para poder avanzar hacia un futuro aterrador, aunque liberador.

Con la mano que le quedaba libre, Hank bajó poco a poco por uno de los brazos de Wendy hasta llegar a la mano. Y, sin poderlo remediar, ambos entrelazaron los dedos con fuerza, tomándose el uno al otro.

Sellándose así como uno solo.

Entonces Hank la ayudó a girarse. Tuvo, a regañadientes, que salir de ella para volverla a tumbar con sumo cuidado.

Colocándose de nuevo, la miró a los ojos con cierto atisbo de miedo, uno que no encontró en

los suyos. Wendy confiaba plenamente en él a pesar de haberle mostrado su lado más oscuro.

Las manos de ella acunaron su rostro besándolo con ternura. Solo entonces entró en su cuerpo, en aquel templo sagrado al que pensaba rezarle hasta que el mundo cayera sobre sus hombros.

Después fue ella la que buscó una de sus manos y, a pesar de estar apoyado a ambos lados de su rostro, le permitió que lo tomase para entrelazar sus manos. Y no solo lo hizo con una, también fue a por la otra.

Y ella quedó con las manos hacia arriba mientras él se apoyaba en ellas. Sus manos unidas en cuerpo y alma, con los dedos entrelazados, buscando esa conexión que le hacía sentirse bien.

Seguro.

Visto.

—Soy tuyo —jadeó Hank.

Entonces explotó, echando la cabeza hacia atrás y gimiendo tan alto que creyó que todo el edificio lo escuchó allí mismo. Su clímax lo golpeó duramente mientras sabía perfectamente que Wendy lo contemplaba.

Y, cuando abrió los ojos, se sorprendió de verla tan orgullosa de él.

Ella era única.

—Hola de nuevo, Hank —sonrió Wendy.

—Hola —jadeó él en busca de aire.

Eran el uno del otro, acababan de declararlo a los cuatro vientos mientras sus cuerpos encajaban a la perfección. Ella podía ser la luz en la oscuridad en la que nunca se atrevió a soñar.

Esa persona que nunca vio venir.

—Wendy... Yo...

Abrazándolo con cariño, Wendy lo guio para que se recostara a su lado y pusiera su cabeza en su pecho. Entonces ambos se tomaron el uno al otro en un profundo abrazo, uno capaz de fundir el mismísimo infierno.

—Estoy aquí y no pienso irme —prometió Wendy.

CAPÍTULO 26



—Entra tú que es tu piso —le dijo Maël.

Ahí estaban los dos ante una puerta que no sabían si abrir, si llamar al timbre o volver al ático para no molestarlos. Tal vez no había sido buena idea bajar después de todo, pero tenían que explicarles que Toms iba a presentarse allí a primera hora de la mañana.

—No tengo claro si debemos hacerlo... —explicó Mattia.

Maël negó con la cabeza.

—Si mañana suben tan felices y se topan con Toms, infartan.

Cierto.

Debían entrar y explicar la situación.

Así pues, armándose de un valor que no tenía, Mattia llamó al timbre esperando no molestar.

No abrieron inmediatamente. Ambos amigos pudieron escuchar pasos lentos hasta la puerta y abrir sigilosamente.

Un Hank en calzoncillos asomó la cabeza, bastante desorientado. Parpadeó un poco dándose cuenta que eran sus amigos y frunció el ceño. No tenía muy claro si esa visita iba a ser buena o no.

—¿Qué hacéis aquí? Wendy ya duerme —les susurró algo cansado.

Pues, por mucho que lo sintiese, tenían que entrar y hablar largo y tendido para prepararse para el día siguiente.

—Lo siento mucho, Hank, pero tenemos problemas. Necesito que la despiertes y que todos hablemos —explicó Mattia.

Eso no le gustó a Hank.

—No me jodas, ahora deja que descanse —pidió sin muchas ganas de escucharlos.

—Mañana tenemos el reportaje que firmamos, ese en el que ofreciste tu terraza —explicó Maël a toda prisa.

Hank palideció de golpe.

—Mierda.

Yendo hacia atrás, abrió la puerta para permitir que sus compañeros pasasen al piso. Ambos lo hicieron casi de puntillas como si tuvieran miedo a molestar.

A pesar de que pudieron ver que la puerta del dormitorio estaba abierta, decidieron mirar hacia otro lado comprendiendo lo que había pasado en ese lugar. Ahora mismo estaba prohibido moverse más de lo necesario.

—Voy a despertarla y... Bueno, vamos a cogerte algo de ropa —explicó Hank algo avergonzado.

Mattia solo carraspeó.

—Sí, claro, tranquilo.

Se sentaron en el sofá sin saber muy bien qué decir o hacer. Ahora mismo estaban bastante avergonzados sabiendo que no debían estar allí. Que habían interrumpido el descanso de esos dos que parecían haber quemado toda la estancia.

Hank acarició con cariño el cuerpo desnudo de Wendy. Había ajustado la puerta para que nadie pudiera verla y trató de ser todo lo cuidadoso posible para no asustarla. Y ella reaccionó abriendo los ojos poco a poco, con bastante cansancio.

—Hank, cielo, déjame dormir... No puedo más... —suplicó casi con un sollozo agotado.

Ahora le sabía mucho peor despertarla.

Besando su mano, fue acariciando su brazo atrayéndola del mundo de los sueños al de la realidad.

—Wendy, tienes que despertar. Tenemos un pequeño problema con Toms...

Dejó caer la bomba tan abruptamente que Wendy dio un salto como si en el piso se hubiera declarado fuego. A toda velocidad, quiso echar a caminar dispuesta a enfrentarse al mismo demonio de ser necesario.

—Espera, no está aquí, solo los chicos y... Deberías vestirme primero.

Ante sus palabras, Wendy recordó lo muy desnuda que estaba. Así pues, corrió a vestirse mientras Hank parecía divertido con la situación. Solo en ese momento le pareció buena idea darle un sartenazo.

Fue a buscarle una camiseta de Mattia mientras se ponía los pantalones y rebuscó en el armario para dar con una que fuera de tallaje más pequeño. Y, justo cuando se dio la vuelta, la vio con su camisa puesta.

Y le quedaba de escándalo.

Estaba tan sexy que su mente se imaginó abriendo esos botones uno a uno, entre beso y beso hasta conseguir colarse dentro, tocando su piel, cada centímetro, hasta quemarla.

—¿Qué? Ya te dije que me pondría tu ropa —explicó ella.

Así era.

¡Y cómo le gustaba!

Salieron de la habitación con la sensación de que el infierno estaba a punto de abrirse bajo sus pies. Wendy miró a los recién llegados y se sonrojó un poco dándose cuenta de que no había que ser muy listo para saber lo que habían hecho.

—Tranquila que no vamos a preguntarte por el sexo... —Comentó Maël—. Bueno, solo un poco, ¿ha ido bien?

Wendy palideció.

—Voy a por la sartén —declaró antes de que Hank la parase en seco.

Mattia le dio una sonora colleja a su amigo mientras este solo reía como si acabasen de contarle el mejor chiste del mundo.

—Sentaos que tenemos que hablar —ordenó Mattia.

Sí.

Eso sonaba tan mal.

Iban a echarla del piso, tal vez lanzarla a los leones y después se repartirían el botín.

—A ver, Wendy, no hay forma fácil de decir esto, pero... —comenzó a decir Mattia.

—Me echáis del piso, ¿no? —preguntó ella dándolo por sentado.

Con un gruñido casi como el de un animal salvaje, Hank la rodeó con un brazo por encima de los hombros y la apretó contra su pecho. Ella comprendió que no tenía forma de escaparse de ese agarre y, quizás, de su vida.

—No te vas —declaró él.

Mattia, queriendo llevar una conversación más sencilla, levantó las manos en señal de rendición.

—Tranquilo que no se va. A ver, Wendy, el caso es que tenemos un contrato muy millonario firmado y mañana debemos hacernos unas fotos en la terraza. No sería un problema si no fuera porque ya hemos cobrado ese dinero y no podemos decir que no al reportaje.

Eso sonaba mal.

Y ya sabía por dónde iban a ir los tiros.

—Toms viene, ¿verdad?

Mattia asintió con pesar.

—Sé que no es lo mejor en unos momentos como estos y que nos preguntarán por ti, pero creo que tengo un plan.

Ese «creo» no inspiraba muchísima confianza para ser honestos. No tenía claro si estaba intentando animarla o que abriera la ventana y se tirase. Por supuesto, ella no iba a estar presente en ese reportaje o empujaría a Toms.

Después iría presa por asesina.

—¿Qué plan? —preguntó Wendy dejando de imaginar muertes sangrientas para Toms.

Este suspiró.

—Quiero que sepáis lo menos posible porque prefiero encargarme yo, solo diré que necesito que tú y Hank interpretéis el mejor papel de vuestras vidas y, con suerte, salimos de esta de una pieza.

Mattia había enloquecido.

Eso o hablaba en un idioma que ya no comprendía.

—Pues necesito pistas —pidió Wendy.

Todos empezaban a necesitarlas, no era la única que las precisaba para saber exactamente en qué se había metido.

—Mira, tengo contactos importantes que pueden echarnos una mano con los titulares de las revistas. También un par de abogados que nos echarán un cable ahora que parece que vamos a disolver el grupo. Y todo esto depende de vosotros dos.

Los señaló a ambos a la vez.

Hank y Wendy se miraron.

Estaba claro que el grupo estaba roto, no podían seguir con Toms por mucho que quisieran.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Hank.

Wendy solo esperó.

No tenía claro que lo que fueran a decirle le gustase demasiado.

—Tú, mañana tienes que ser un capullo integral, el Corazón de hierro más puro y tú, nuestra hermosa Wendy, vas a ser su mano derecha. Implacable, dura, fuerte y vas a representar una mujer que no tema a nada ni a nadie, mucho menos a Toms. Queremos mostrar que sí, estuvisteis juntos, pero que fue él el celoso, el que no soportó que tú y Hank tuvierais una relación. Que lo vuestro fue hace mucho y que no podía soportar que la vida y una historia de amor idílica naciera entre vosotros.

Wendy tembló.

No tenía claro si estaba de acuerdo con algo semejante.

—Vamos a vender a la prensa una historia de amor única, de esas que solo pasa en las películas. Un amor único, hermoso y puro y a Toms como el villano del cuento, cruel y posesivo que es. Pero para eso, necesito que vosotros dos seáis implacables mañana. Tienen que verte como a Hank y tú solo mírala como tú sabes. Consúmela con la mirada y dejad que os hagan alguna foto juntos, como si no os dierais cuenta. Besaros entre toma y toma, bebed juntos... Algo.

Maël tomó la muñeca de Wendy y le buscó el pulso visiblemente preocupado, al encontrarlo suspiró aliviado.

—Pensaba que te habías quedado seca. Estás más blanca que la pared.

Estaba aterrorizada.

Pero si esa era una vía de escape, la tomarían.

Miró entonces a Hank, el cual parecía igual o más preocupado que ella. Ambos asintieron como si pudieran leerse la mente. Mattia parecía poder solucionar todo ese lío, así pues, se aferraron a eso con todas sus fuerzas.

—Mañana serás la señora de Corazón de hierro —declaró Hank.

Eso, de un modo extraño, le gustó.

CAPÍTULO 27



—Mattia no te contó lo de las estilistas, ¿eh? —rio Maël.

Wendy lo fulminó con la mirada mientras dos mujeres la atendían solo y especialmente a ella. Una se encargaba de su pelo, mientras que la otra la maquillaba de forma que pareciera natural, pero realzada.

Vamos, como un filtro de toda la vida.

—Si me lo dice, huyo sin mirar atrás —contestó algo molesta.

No le gustaban ese tipo de atenciones.

Pero a su amigo le pareció de lo más divertido.

—Al final te acostumbras. Y estas dos bellezas son magas con sus manos, sus talentos te convertirán en una diosa del Olimpo —declaró Maël.

No quería ser una diosa, solo irse de allí, volver a su piso y hacerse una bolita hasta que el mundo se acabase. Solo de pensar que tenía que tratar con Toms le daba escalofríos.

Ese hombre no merecía respirar.

Y, como si invocase al diablo, este hizo acto de presencia.

—Sé que llego tarde, pero también sé que haréis magia conmigo —dijo con los brazos abiertos como si fuera el alma de la fiesta.

Maël se apretó más a su lado como si fuera su guardaespaldas y Wendy no medió palabra alguna. Tuvo que aguantar no mover ni un músculo mientras ese hombre la miraba como un insecto al que aplastar.

—Acabamos con ella y nos ponemos con usted, señor —le indicó la peluquera.

Eso no le gustó lo más mínimo, lo cual fue divertido para ellos.

—Ella no está en el reportaje —escupió sin rastro de humor alguno.

Wendy se limitó a ignorarlo, pero no pudo contenerse. Le había prometido a Mattia ser implacable y debía serlo.

—No vayas a montar una escena aquí, Toms. No necesitamos tus celos hoy. Solo tienes que ser profesional y hacer el reportaje como te lo indiquen —explicó sin rastro de humor.

Era una arpía.

Y podía serlo mucho mejor.

—Ya estamos todos por lo que veo —anunció Hank entrando en escena.

Su presencia parecía hacer temblar al mundo porque las estilistas lo miraron de reojo con cierto nerviosismo. Ese hombre poseía un magnetismo que atrapaba a todos a su alrededor con

fuerza.

Pasando por el lado de Toms, le dio una palmada en la espalda antes de ir a ella.

—Disculpad, chicas —les dijo antes de descender y plantarle un sonoro beso en los labios—. Estás preciosa, amor.

Wendy tragó saliva.

—Gracias, cielo.

Después, ellas siguieron trabajando y pudo comprobar cómo les temblaban las manos. Parecían encantadas con estar ahí, vislumbrando lo que parecía una parejita feliz y eso la extrañó.

Mattia había tenido razón.

El público quería una historia de amor para Corazón de hierro, el hombre que no podía enamorarse.

—¿Ya habéis hecho las paces? Creía que estabais de morros y eso me apenaba mucho —declaró Toms.

Era un imbécil.

—Nunca hemos discutido, elevamos un poco el tono a veces porque somos fuertes, pero después peleamos en la cama hasta consumirnos vivos —explicó Hank mirándola con tanta intensidad que el mundo pareció dejar de existir.

Solo entonces un flash la asustó.

Uno de los cámaras había immortalizado el momento tal y como Mattia había predicho.

—Sois increíbles y le gustáis a la cámara —dijo el hombre mirando su instantánea—. Deja que llame a mi jefe, tenemos que añadirla a ella. Será la bomba.

Wendy entró en pánico. Luchó por contenerse y tardó un par de segundos en volver a adquirir su semblante de hielo al interpretar su papel. No pensaba posar para nadie y podía venir Mattia a pedírselo que no lo haría.

—Por supuesto, subiremos los honorarios pactados. La pareja del año merece una portada completa —dijo con emoción aquel hombre.

Iba a morir.

O a matar a alguien.

Todavía lo estaba discutiendo consigo misma.

Hank, que se dio cuenta, avanzó hacia ella y le cogió una mano. Con calma, entrelazó los dedos con ella mientras todos sonreían de amor. Para su desgracia, Wendy solo quería huir.

—Mostrarle al mundo mi amor será un placer enorme. No sería nada sin ella. No tienes que estar nerviosa, cielo —le dijo con cariño.

Al próximo cielo le tiraba algo a la cabeza.

—Bueno, un poco sí puedo estarlo —dudó Wendy.

Él apretó su agarre.

—Conmigo estás a salvo, no hay nada que temer.

Con las palabras de Hank tuvo la sensación de que la peluquera iba a desmayarse, hasta se encorvó un poco sonriendo. Esas palabras habían sido para Wendy, pero esa mujer las vivió más intensamente que nadie.

Hank la soltó antes de irse un poco cuando lo llamaron por teléfono.

—Eres muy afortunada —sonrió la estilista.

Ella solo pudo parpadear, perpleja.

—No podía creerme que Corazón de hierro se enamorase de una mujer que buscaba fama. Los celos pueden hacer daño a cualquiera y entiendo que Toms os haya querido hacer daño, pero tenéis que ser fuertes. Vuestro amor puede con todo —dijo la peluquera dándole un apretón de

manos en señal de apoyo.

Sorprendente.

Se habían tragado esa mierda como si nada y sin apenas esfuerzo.

Aquello era perturbador.

—Gracias, es que a veces la prensa puede hacer tanto daño... Pero Hank y yo nos amamos de verdad, no concebiría el mundo sin él —dramatizó Wendy a pesar de que solo quería reír.

Maël, que seguía a su lado, se tapó la boca y, lo que parecía emoción, ella sabía bien que estaba al borde de un ataque de risa. Ese hombre iba a desmontarles el plan como no supiera controlarse.

Por suerte se marchó para tratar de contener los nervios.

—Disculpadle, es que Maël es muy empático y ha sufrido mucho con nosotros —dijo Wendy.

Después de ese día iba a necesitar litros de alcohol para olvidar.

—Tranquila, no estáis solos. Ahora mismo pongo un mensaje en redes a ver si se viraliza. El mundo tiene que saber vuestra verdad —propuso la peluquera con tanto fervor que parecían amigas de toda la vida.

Aquello era surrealista.

—Es muy buena, Mattia, alucinarías si hubieras visto lo que yo —le dijo Maël.

Eso era importante.

Había tenido sus dudas con ella. Era demasiado dulce y asustadiza para enfrentarse al mundo, no obstante, Toms la había molestado lo suficiente como para declararse la guerra de verdad.

—Tiene a las estilistas en el bolsillo, es brutal de verdad.

Maël parecía sorprendido de verdad, lo cual era bueno porque ellos ya habían visto de todo. Puede que ahora tuvieran una oportunidad real para salir de este embrollo de una vez por todas.

Además, parecía que se estaba pactando una portada con la revista en cuestión para que la pareja del momento dijera su verdad.

Su única verdad.

La que el mundo escucharía y se enamoraría.

—Mejor, vigílala que siga así —lo animó Mattia.

Debían mantener el control. Sabía que todo podía saltar por los aires en cuanto Toms quisiera. Él era ese detonante capaz de hacerlo volar todo como si echasen acelerador al fuego.

Era peligroso.

Y muy astuto.

—Dime que tienes claro lo que hay que hacer —exigió cogiendo a Hank de la camiseta en cuanto lo vio pasar.

Él parecía estar ahí, pero estaba nervioso.

—Lo tengo claro —contestó Hank de forma automática.

—Necesito que tengas la mente clara, nos jugamos mucho. No puedes perder el control, hoy no —le recordó Mattia.

Era importante y podía gustarle poco, pero así eran las cosas.

—Lo haré bien —prometió.

Sí.

Eso esperaba él también.

—¿Qué es eso de una portada? Yo antes cruzo la barandilla y me tiro. Ya veréis que exclusiva tenéis —dijo Wendy con verdadero miedo.

Y ahí estaba lo que más temía.

Era una mujer que no estaba acostumbrada a ser el centro de atención, no le gustaban los focos y las cámaras que apuntaban hacia ella como si de francotiradores se tratase.

Era una reacción normal, no obstante, debían contenerla.

—Wendy, sé que tienes miedo, pero será divertido. Tú piensa que es una obra de teatro, a mí me funcionaba al principio —la animó Maël.

Mattia se pellizcó el puente de la nariz luchando contra su mal humor.

—A ver, es normal tener miedo. Estas situaciones nos sacan de nuestra zona de confort, pero recuerda que ellos no son el enemigo. Si lo hacemos bien, nos quitarán el problema de Toms de encima, ¿recuerdas?

Era la única forma de llegar hasta ella.

Recordándole que Toms seguía teniendo las riendas de su vida y la de Hank. Podía destruirlos cuando quisiera.

Algo que no se podía permitir.

Wendy respiró profundamente cuando Maël se lo indicó.

—¿Pasa algo? —preguntó Hank llegando a ellos.

—Nada, nervios antes de salir a escena, se le pasa enseguida —prometió Mattia.

Iba a quedarse calvo después de los nervios que estaba pasando.

—Mira, voy a contarte un secreto —dijo Mattia cogiéndola del codo.

Se la llevó alejándola de los demás y bajo la atenta mirada de todo el mundo. Ya habían comenzado a darse cuenta de que estaba nerviosa. Era algo lógico porque los focos impresionaban, así que solo sintieron empatía por ella.

Menos mal.

—Yo dejé escapar al amor de mi vida y llevo arrepintiéndome cada día desde entonces. Tuve miedo de lo que este mundo podría hacerle, me daba terror verlo en la misma posición que tú. ¿Y sabes qué? Solo por estar a su lado hubiera pagado el precio con gusto, lo hubiera protegido a toda costa como Hank pretende hacer contigo.

Wendy lo miró con verdadera empatía, ella sintió el dolor de Mattia como suyo propio y pareció atragantarse con el nudo que se le formó en la garganta.

—Lo dejé ir por idiota. Pero tú tienes la oportunidad de tener tu cuento de hadas con Hank. No es perfecto, lo sé, nadie lo es. Solo sé que has sido la única en desmontar su coraza y llegar hasta él. No dejes que el miedo te paralice ahora que la meta está tan cerca porque sé que tú también lo quieres.

Ella jadeó.

¿Tan transparente era?

Ese hombre había removido su mundo de los pies a la cabeza y, aun así, necesitaba estar cerca de Hank. Saber que Toms jamás lo dañaría.

—No puedes rendirte, aunque solo sea por mí, por el amor que nunca tuve. Por no ayudar a Hank en su momento, déjame guiarte para que esta vez pueda salir de ese agujero y sanar de una vez.

Él estaba tan atormentado con el pasado que a duras penas lo reconoció. Estaba roto a muchos niveles a pesar de sonreír para el resto del mundo. Acababa de abrirse en canal para que ella contemplase lo que podía pasar si no luchaba.

Abrazándolo con cariño, necesitó reconfortarlo de alguna manera, mostrarle que ella estaba

allí como una amiga.

—Haré todo lo que pueda. Te lo prometo —dijo Wendy.

Y él sonrió.

—Todos te necesitábamos, no solo Hank. Y agradezco poder llegar a ser tu amigo algún día.

Wendy se emocionó al escucharlo. Luchó por no llorar para no estropear el trabajo de la estilista, aunque le costó muchísimo contenerse. Al final solo pudo cerrar los ojos con fuerza tratando de calmarse.

—Ya somos amigos, Mattia. Para siempre —prometió.

Y eso le hizo inmensamente feliz.

CAPÍTULO 28



Toms pasó por su lado mirándola como si solo fuera una simple cucaracha la cual aplastar con su bota. Ella solo le sonrió con sorna, disfrutando del momento, manteniendo el contacto visual como si aquello fuera una competición.

—De haber sabido que me darías tantos problemas nunca te hubiera llevado a casa, lo hubiera intentado con tu amiga Bonnie —reconoció algo molesto.

Wendy se encogió de hombros.

—Una pena que tuvieras tan buen ojo, entonces —bromeó ella mirando cómo fotografiaban a Hank.

La terraza se había convertido en todo un plató de televisión. Había cientos de focos, personas y cámaras que disparaban sin cesar. Todo el mundo sabía dónde colocarse y qué hacer. Eran como una máquina bien engrasada, donde cada tuerca tiene una función vital.

—¿Cómo han podido subir un coche hasta aquí? —preguntó Wendy mientras Hank se apoyaba en aquella magnífica máquina que debía costar más que todas sus pertenencias juntas.

No esperó que Toms contestase.

—No es la primera vez que se hace. Este edificio tiene un montacargas para estas cosas y las puertas son grandes para este tipo de eventos. No nos vinimos aquí por gusto, le recomendé a Hank este piso por este motivo.

Se cruzó de brazos mientras las miradas comenzaban a acecharlos. Ya no era el centro de atención Hank, algo que comenzó a gustarle a Toms.

—Veo que lo has tenido atado en corto muchos años.

Y ya estaban pisando terreno pantanoso.

—Es mío. Puede que te lo hayas tirado, pero es lo máximo que te dará. Mi Corazón de hierro te aplastará como a todas las mujeres que han intentado alcanzarle.

Hablaba de él con tanta posesión que sintió asco al escucharlo. Era el peor ser de la tierra y, hasta ahora, se había salido con la suya. Era el momento de romper esas cadenas que lo ataban.

—No me hará daño, ya no. Eres tú quien se queda fuera de juego —prometió ella.

Incapaz de continuar hablando con ese ser, se alejó un poco.

No quería que los vieran juntos, no obstante, él tenía otros planes porque la siguió.

—Antes de que acabe el día, romperé contigo. Te lo prometo —pronunció Toms de forma tan cruel que no pudo evitar temblar de los pies a la cabeza.

Era una amenaza real.

Una muy vívida que caló hasta lo más profundo de su alma.

Estaba claro que él sabía algo más que ella no. Aun así, no iba a darle el gusto de ser vencida. Pelearía hasta el final.

Alejándose lo más que pudo, fue a parar a los brazos de Maël, el cual la acunó como si fuera un bebé.

—Estás bien, estamos bien y todo va a salir bien —canturreó en su oído.

Calmándola.

—Él... Él me ha dicho...

Siguió acunándola con cariño.

—No importa lo que dijera ese saco de pus. Estamos bien...

Respirando profundamente se relajó entre sus brazos poco a poco. Sí, no debía desviarse del camino.

Solo cuando la soltó fue capaz de ver a Hank mirándola. A pesar de que le daban órdenes de cómo colocarse, él había gastado segundos de su trabajo para mirarla con tal intensidad que creyó que estaba a punto de fundirse allí mismo.

—Este te come sin pelar después de la sesión. Te va a desmoldar como a una magdalena —rio Maël.

Todos la fotografiaron cuando se sonrojó, les pareció entrañable y ella solo deseó no quedarse ciega ante tanto flash.

Estuvo dos horas de reloj aburrida, sentada o dando vueltas, mientras la sesión con los cuatro dio comienzo. Posaron, rieron y hablaron entre ellos como si fueran amigos de toda la vida.

Ahora entendía el magnetismo que desprendía Hank. Era serio, con un toque divertido y coqueto hacia la cámara. Era magnetismo puro, encima con la gran leyenda de ser de hierro sobre sus hombros.

Era un producto para vender.

Tal y como eran el resto.

Y, una parte de ella, sintió lástima por ellos.

¿Cuánta gente se habría acercado solo por interés? ¿Por fama? ¿Habrían visto que eran personas reales?

Lo dudó mucho.

—Cariño, entras en cinco minutos. Ve a que te retoquen el maquillaje porque tienes que estar divina. Ya eres bonita, pero con mis fotos no te vas ni a reconocer —dijo un hombre que se acercó a toda prisa.

Eso sí daba miedo.

—Eh... Ahora mismo —titubeó Wendy.

—No sufras, todos somos una gran familia aquí. Estarás cómoda.

«Si tiras a Toms por la barandilla entonces sí». Pensó Wendy.

Y se marchó a arreglarse.

Solo esperaba ser capaz de hacerlo bien.

—Los focos se la van a comer —rio Toms.

—Cállate ya —le espetó Hank.

No lo hizo.

Ahora había conseguido apartar del resto lo suficiente como para que pudieran hablar. Ese

había sido su plan todo el día hasta que lo había conseguido. Ahora podía ejercer su control.

—Rompe con ella, ante los cámaras y la dejaré en paz. Volveremos a ser amigos y todo será como antes.

Toms mezclaba medicación o se había dado a las drogas, las dos versiones tenían sentido.

—No lo haré —declaró convencido.

Era estúpido si pensaba que iba a ceder en su juego. Ahora tenía la fuerza suficiente como para pelear por su vida. Y esperaba que ella quisiera formar parte, al menos si sobrevivían a ese encuentro.

—Le contaré a todos como follamos en la cocina con la nata —amenazó Toms—. O tal vez me invente cosas horribles de ella. Nadie la creerá, solo a mí.

Miraron hacia ella los dos. Para uno era la clave de su caída y para el otro su liberación. Dos cosas en la misma persona, una que estaba luchando por mantenerse en pie y seguir peleando.

—Queréis vender vuestra historia de amor, ¿verdad?

Toms nunca había sido tonto así que, era de suponer que lo descubriría tarde o temprano.

—No tenéis historia de amor, solo cuatro polvos y un café. Lo hiciste solo para joderme, creyendo que yo me enfadaría. Lo que no sabías es que fui un paso por delante de ti, llevándotela como un caramelo a un niño. Fue tan fácil hacerte caer...

Esas palabras dolieron.

Mucho más de lo que quiso demostrar.

Ella había sido una pieza de un juego en el que no sabían que jugaban y al que tampoco le habían dicho las normas. Así cualquiera tenía ventaja suficiente como para ganar.

Pero ahora iba a usar las cartas que le quedaban.

—¿No te cansas? Crees que ganas, pero has perdido, Toms. Ella es mía, yo soy suyo y tú eres un triste recuerdo de toda una vida de errores. Lo único reseñable que puedo decirte es gracias por traerla a casa y dejarla atada —comentó Hank con una sonrisa victoriosa.

Una que no gustó a Toms.

—¿Cómo puedes tocarla sabiendo que ha sido mía? Y más después de confesarte que yo te la traje para ti. Eres mío, Hank y ella es mi regalo. Tomarla y quedártela es solo afianzar mi dominio en ti. Es como ponerte un bonito collar en el cuello en el que ponga: Toms.

Eso sí que lo congeló en el sitio.

Quiso no hacerles caso a sus palabras, ignorarlo completamente, pero ya era demasiado tarde. Sus pensamientos se agolpaban en su mente sin muro de contención que los pudiera detener.

Ese malnacido sabía bien donde pulsar.

—No puedes escapar de mí, no mientras la mantengas cerca. Ella siempre te recordará a mí. Me verás el resto de tu vida —rio alejándose para darle el espacio suficiente como para pensar.

Lastimosamente los llamaron a escena.

La pareja del año tenía que posar juntos.

¡Menudo momento!

Ahora el mundo sabría la verdad, al menos la que ellos querían venderle al mundo. Esa historia de amor que enamoraría a las adolescentes y a mayores como si lo vivieran juntos.

Hank tomó la mano de Wendy con cariño y, como si de un príncipe de cuento se tratase, le besó el dorso con sumo cariño, mirándola a los ojos mientras ella se sonrojaba de los pies a la cabeza.

Supo que las cámaras habían captado ese momento.

Hank 1 – Toms 1.

Ahora necesitaban anotar el punto de desempate.

CAPÍTULO 29



Wendy estaba viviendo una historia de cuento de hadas. Él era el valiente príncipe subido a un corcel blanco, uno que todas ansiaban y que la había elegido solo a ella. No tenía ojos para nadie más.

Acompañándola con besos y abrazos, la ayudó a relajarse con el equipo de personas que trabajaban a su alrededor.

Les dijeron cómo colocarse, cuando sonreír y hacia donde mirar mientras Hank solo podía tenerla entre sus brazos protectoramente.

—Entonces, ¿cómo os conocisteis? —preguntó el reportero.

De eso no habían hablado.

Y no podían decir en la cama de Toms.

Ante el silencio de ambos, supieron que Toms quiso intervenir, pero fue Mattia el que se adelantó.

—Yo los presenté. Una fiesta privada e íntima que no íbamos a contar, pero no pasa nada. Les dejo contarle —explicó con bastante calma.

Era único llevando la situación.

Rescatándolos.

—Yo ya la conocía por haber estado con Toms. Sé que lo intentaron, pero hay relaciones que no están destinadas a funcionar. A veces los celos en mi mundo pueden ser muy fuertes... —comentó Hank.

Sabían que Toms estaba al borde de la locura.

—Hablé con ella para ponernos al día. Debo confesar que siempre estuve loco por su belleza, por esa sonrisa que solo pone cuando está totalmente relajada. Esa capaz de poner de rodillas al mundo entero.

Hank sabía embaucar. No solo lo estaba haciendo con el público, todo el equipo estaba babeando con sus palabras. Y, lógicamente, Wendy también.

—No estaba lista para una relación, había quedado muy herida después de Toms y me dejó claro que no estaba disponible.

Eso le encantaba al público.

El amor sufrido, ese que él te enamora poco a poco hasta ganarse tu corazón puro y hermoso.

Después de esa sesión iban a tener una larga conversación. Miedo le daba que pudiera fingir tan bien algo que jamás pasó. Se conocieron mientras ella estaba desnuda, tomaron un café y

saltaron chispas.

Y fin.

—Yo no soy un hombre caprichoso, no me dejo llevar por el corazón, vosotros lo sabéis.

Sonrió a cámara como todo un galán mientras ella lo miraba fijamente, enamorada, casi hipnotizada con sus palabras. Esa iba a ser una de las fotos centrales del reportaje, lo supo por la sonrisa que puso el director.

—Quise alejarme, respetar sus deseos, pero yo ya había caído preso de su sonrisa. No podía darme por vencido.

Sí.

Desde luego era un mentiroso de primera.

—Creo que me dio su número solo por pesado.

Todos rieron cómplices de ese amor que se tejía en la lengua de Hank. Los estaba enamorando a todos a la vez.

Pose a pose, se miraban como si estuvieran casándose, demostrándole al mundo que el Corazón de hierro amaba sin contemplaciones. Que su cuerpo y alma estaba ligado a ella.

—Y día a día fui hablando con ella. Un buenos días por aquí, un buenas noches por allá... Ella fue contándome sus secretos, sus inquietudes y miedos mientras me daba cuenta de que mi corazón bajaba las defensas.

Ese iba a ser el punto central del reportaje.

—Ese corazón que tanto protegía dinamitó sus defensas con su toque, rindiéndose a Wendy sin miedo a amarla. Cuando quise darme cuenta estaba locamente enamorado de ella y, por suerte, ella me correspondía.

Se dieron un beso ante todos, un sonoro y precioso beso con lengua que immortalizaron desde mil ángulos.

Su padre iba a morir lentamente cuando viera el reportaje.

—No fue fácil, creedme. Ella estaba muerta de miedo con la prensa. ¿Qué dirían? La habían visto con Toms y podían ser muy crueles ahora conmigo...

Sí, su historia estaba siendo redonda redonda.

—Por supuesto, no supimos ver el amor que os teníais. Yo soy el primero en disculparme, Wendy. Pensé que eras una trepa cualquiera —se disculpó el director con la mano sobre el corazón.

Iluso.

Se lo estaba tragando todo.

—Gracias, significa mucho para mí.

Hank prosiguió con su historia.

—Yo le dije que tuviera paciencia, que al final la verdad saldría a la luz y todo mejoraría. Que verían que nos enamoramos sin quererlo, que ella temió a la prensa, pero que nuestro amor era más fuerte.

A Wendy comenzaba a darle asco ese hombre tan edulcorado, parecía la versión masculina de una hada de cuentos infantiles.

Solo que su varita mágica era mucho más divertida que la del hada.

—¿Y las declaraciones de Toms? —preguntó el director.

Bien.

Ya estaban en la mierda pura y absoluta.

Ahora solo tocaba tirarse de cabeza.

—Bueno, entre nosotros, a veces no sienta bien que estén con alguien que aprecias. Sé que lo

hizo por un calentón sin mala intención. Pero ya somos todos buenos amigos —sonrió Hank.

Las miradas fueron a Toms.

Socorro, sálvame mamá fue lo único que pudo pensar Wendy.

Todos esperaron pacientemente su respuesta. Era el momento de quedar expuesto ante la multitud.

—Por supuesto, es que verla con él me removió sentimientos que no creí que tuviera —sonrió sin ganas.

Fingía y esta vez se notaba.

—Entonces, ¿te sigue gustando Wendy? —preguntó el entrevistador.

Eso fue como abrir las puertas del infierno. Su rostro cambió de calma a nerviosismo para acabar completamente enfurecido. Su mentón tembló mientras luchaba contra sí mismo.

Y fracasó.

—¿Cómo puede gustarme una guarra como esa? ¡Ella no es nada! ¡Solo un coño caliente donde meterla! —gritó para sorpresa de todos.

Acababa de perder la razón.

Y esa era una buena victoria.

—¡Él es quien me pertenece! ¡Yo les presenté! Se la traje en bandeja de plata para que se la follara y después recordarle que era mío. ¡Yo construí a Corazón de hierro! ¡Él es mi creación!

Bueno, todo estaba saliendo a pedir de boca.

—Lo que no esperaba que se enamorada del ganado como quien siente pena de la rata en la trampa. Es pasajero Hank, cuando te la folles un par de veces se te pasará y volverás a mí, siempre vuelves a mí.

Wendy quiso contener a un Hank que se le escapó de entre los dedos como la arena de la playa. A paso veloz, fue a por Toms con tanta ira que todo el mundo sabía lo que estaba a punto de pasar.

Queriendo evitar una pelea, Wendy se cruzó en el puñetazo que Hank quiso lanzarle a Toms. Fue leve porque lo pilló casi al principio, pero golpeó su mejilla mucho más de lo que esperó en un principio.

Cayó al suelo para horror de todos, los cuales comenzaron a gritar despavoridos como si se acabase de abrir fuego.

—Mira lo que haces. Solo si haces lo que yo te digo estás bajo control, si te sales de mis órdenes provocas caos. Yo soy tu calma en la tempestad, Hank.

Ayudándola a levantarse, Hank apenas podía articular palabra. La miró con horror mientras el golpe comenzaba a inflamarse. Lo tocó con suavidad y deseando que eso nunca hubiera pasado.

Toms tenía razón, era caótico.

—¡Oh, cállate ya! —gritó Wendy visiblemente enfadada.

Abrazándose a Hank, luchó para llegar hasta él. Lamentablemente perdió conexión, lo supo porque sus manos cayeron sobre sus hombros con fuerza al mismo tiempo que la apartaba de su cuerpo.

Mirándolo totalmente confusa, quiso ver al hombre que amaba.

Y no lo vio.

—Estoy bien, de verdad —prometió Wendy.

No la escuchó.

Ahora solo tenía las palabras de Toms en su cabeza. Él le había advertido que no podía salirse de sus órdenes, que tenía que seguirlo o todo lo que amaba acabaría herido. Así había sido.

No se había equivocado y todo sería peor si seguía peleando.

Era inútil resistirse a la evidencia.

Había dañado a Wendy. No se lo perdonaría nunca.

—¿Hank?

La risa de Toms sobresalió por todas las demás, que apenas contenían la respiración.

—Es mío, Wendy. Todo mío.

Mientras Hank se perdía en lo más profundo de sí mismo, no fue capaz de contemplar cómo las lágrimas manchaban el rostro de Wendy. Tampoco como lo llamó desesperada, intentando dar con él.

Y el dolor se convirtió en ira, en una feroz.

—Eres un hijo de puta. ¡Solo quieres dañar a Hank! —gritó fuera de sí.

Como una tempestad desatada, Wendy corrió a la habitación de Toms. Nadie la siguió excepto Maël, que quería asegurarse de que no se hiciera daño. Él no habló, solo la acompañó como una sombra mientras revolvía la habitación.

Cogiendo un joyero enorme, salió con él de la habitación directa a la piscina.

Todos se salieron de su camino, se apartaron por miedo a que les estrellase eso en la cabeza.

—Yo no puedo darte un guantazo, pero sí joderte un poco, a modo compensación —dijo mientras llegaba a la piscina.

Abriendo el joyero, enseñó un carísimo reloj y lo lanzó al agua.

—Mientras estuvimos juntos hablabas horas de tus putos relojes, que si eran caros, que si eran los mejores. ¡Como si uno barato no pudiera darte la hora! —gritó enloquecida totalmente.

Tiró otro al agua y otro antes de que Toms se acercara un poco, no lo suficiente porque Mattia le cortó el paso.

—¡Paradla! ¡Está loca! —gritó Toms.

Nadie lo hizo.

Comprendieron que estaba pasando un mal rato, uno que nadie quería vivir.

Uno a uno, bajo la atenta mirada del público, los relojes cayeron al fondo de la piscina. Todos, bajo los gritos de Toms, el cual miraba sus posesiones como si fueran personas y las estuvieran ejecutando una a una.

—¡Voy a destruirte! —amenazó.

Wendy se abrió de brazos.

—¡Ya lo has hecho! —rio—. Le has dicho a la prensa que soy una guarra, donde vivo y ahora me has quitado a Hank. Pues yo pienso quitarte todo lo que tengas.

Toms palideció durante unos segundos antes de encenderse por pura rabia a rojo fuego. Sorteando a Mattia luchó por llegar a una Wendy que arrancó a correr hacia el coche.

Entró en su interior y se encerró en él mientras ese loco golpeaba los cristales por pura rabia.

—¡Toms! ¡Basta ya! —bramó Hank llegando a su lado.

No lo escuchó.

Algo que no recordó Wendy, es que ese coche estaba encendido para unas tomas que habían tenido que hacer. Es más, al ser automático y no haber visto uno nunca, no comprobó que la marcha atrás estaba colocada.

Sentada en el asiento del conductor, vio como Toms llegaba a su ventana y golpeaba con fuerza.

Asustada, apretó los pies provocando que el coche se moviera a toda velocidad contra el muro de la casa, exactamente contra la sala de cine. Quedó allí, encajada bajo la atónita mirada de todos los presentes.

—¡Wendy! ¿Estás bien? —preguntó Hank verdaderamente desesperado.

Ella, aturdida, no fue capaz de escuchar con claridad lo que estaba pasando. Le había dado tan fuerte el coche al muro que habían saltado todos los airbag y su mente palpitaba con fuerza.

Alguien dijo algo de policía y otros ambulancia, sin embargo, no tuvo claro si era cosa de su imaginación.

Abrieron la puerta del coche, unos brazos la tomaron con cuidado y la fueron sacando del coche.

—Te tengo —dijo Hank.

Ella se aferró a él como si fuera el último lugar del mundo, no podía perderlo, no quería que Toms ganase.

—Hank... Lo siento mucho —balbuceó.

Antes de poder llegar a donde fuera que Hank la llevase, ambos cayeron al suelo cuando Toms los empujó.

Y fue entonces cuando los dos hombres comenzaron a pelear como si de dos luchadores de boxeo se tratasen. Ante sus ojos se abrió una batalla campal de puñetazos que ambos encajaron bien.

—¡Quita de ahí que te matan! —gritó Maël sacándola a rastras como pudo.

Al final fue Mattia quien la ayudó a levantarse.

Iban a matarse.

Toms le propinó un terrible golpe en las costillas a Hank que lo dobló por la mitad, para después clavarle el codo en la espalda. Jugaba sucio hasta peleando. Por suerte Hank se recompuso rápido y lo tumbó de un puñetazo en el pómulo.

—¡Tenemos que pararlos! —gritó Mattia.

Pensando lo más rápido que pudo, Wendy corrió a la cocina en busca de algo que ya había visto previamente. Después recordó que estaba en la habitación de Hank y fue hacia allí.

En una estantería había un bate de beisbol de sus años jóvenes de instituto. Y, sin miedo a nada, lo tomó para defender al hombre al que amaba.

—¡Voy a romperte las piernas, jodido niño infantil, petulante, estúpido, creído y mimado! ¡Eres un monstruo! —bramó fuera de sí.

Cuando la vieron armada, los hombres de aquella sala reaccionaron entrando a separarlos para que no tuviera que golpearlos. Seis hombres hicieron falta para que aquellos dos dejaran de pegarse.

—¡Voy a matarla, Hank! ¡No te va a quedar nada! —bramó Toms mientras se lo llevaban afuera del piso.

Maël le cortó el paso entonces a Wendy.

Mirándola a los ojos quería saber si seguía cuerda.

—Dame el bate —pidió.

—¡No!

No pensaba soltarlo, tal vez lo necesitase.

Entonces, un Hank ensangrentado y muy enfadado, llegó y le arrancó el bate de los dedos para dárselo a su amigo.

—¡Que se lo des! ¡Joder! —bramó totalmente fuera de sí.

Eso la asustó tanto que dio un par de pasos hacia atrás.

—¿Hank?

No pudieron hablar porque la policía irrumpió en el lugar llevándoselos a todos. Después de lo ocurrido, solo había caos, cristales rotos en el suelo y un muro derribado sobre un coche millonario.

Un auténtico y absoluto caos.

CAPÍTULO 30



—Todo irá bien —prometió Mattia.

Wendy estaba confusa. Los equipos médicos la habían tratado antes de llevársela a comisaria. En ese tiempo había tenido espacio para pensar en algo que los hiciera salir de esa locura.

No encontró solución.

¿Y Hank?

Se había alejado de ella como si tuviera la peste, de hecho, la miró un par de veces con tal frialdad que se dio cuenta que Toms había ganado. Ahora era el Corazón de hierro real y la dejaba fuera de su vida.

—Señor agente, esto debe tratarse de un error... —tartamudeó Wendy.

No podía estar pasando eso.

No debía ser real.

Era una pesadilla.

—Error dice. Estamos en un buen lío —dijo Hank a su lado.

¿Qué hacían en la misma sala?

—Señorita, efectivamente, esto no es un error —recalcó el agente.

Estaban perdidos.

—Ay madre... —suspiró Wendy llevándose las manos a la cara.

Nada de aquello había sido intencional. Bueno, no al principio al menos. Había surgido tras una cadena de sucesos terribles que los habían conducido a acabar en comisaría.

—Todo esto tiene una explicación, agente —comentó ella luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Pero no estaba acompañada por la mejor compañía precisamente.

—Y es una historia divertidísima, tal vez hasta podría alegar enajenación mental. Yo soy testigo de todo.

Hank abrió la boca una vez más.

Ese hombre no era el que conocía, era el terrible idiota al que se enfrentó la primera vez que lo conoció. Ya no quedaba nada del Hank que una vez supo encontrar porque Toms se lo había llevado.

Iban a encerrarla para después tirar la llave.

—¿Estás loco? No es divertida —le recriminó Wendy.

—Hombre, un poco de gracia tiene —rio Hank.

De no haber estado ante un policía real lo hubiera matado con la primera cosa que hubiera tenido a su alcance. Se libraba porque estaban bajo custodia y porque dañarle agravaría la situación.

—Seguro que a este hombre no le interesan mis penas —comentó Wendy con cierto deseo porque fuera verdad.

Estaba equivocada.

Algo que le llevaba pasando las últimas semanas. Se equivocaba en todo.

—La verdad, señorita. Se enfrenta a tantos cargos que sí me interesa —sentenció el agente de policía.

Estaba perdida.

Wendy luchó por esconder que estaba muerta de miedo. Bajó las manos temblorosas hasta sus piernas con el deseo de que así nadie pudiera comprobar que no controlaba la situación.

No sabía qué hacer o qué decir.

—Esos cargos son falsos —anunció Wendy.

El agente tomó un papel de la mesa.

—¿Entonces no estrelló un coche valorado en tres millones de dólares? ¿Y tampoco tiró a la piscina una colección de relojes por valor a seis millones? Además, los testigos dicen que salió con un palo de grandes dimensiones al grito de, déjeme mirarlo para ser exacto— pidió el agente revisando sus notas—, «voy a romperte las piernas, jodido niño infantil, petulante, estúpido, creído y mimado».

Cerró los ojos con fuerza dándose cuenta de que sí había pronunciado esas palabras, aunque quizás en otro orden.

Vale.

Dicho así sonaba mal.

—De acuerdo, sí lo hice, pero todo tiene una explicación. De verdad —se defendió Wendy.

Estaba perdida.

—Uhh, es una gran historia y no es porque sea uno de los que sale en el relato. Le va a encantar —añadió Hank.

Wendy puso los ojos en blanco.

—¿Ve con lo que tengo que lidiar? Es comprensible que pierda la cabeza.

—Señorita... —la regañó el agente.

De acuerdo.

Era momento de cooperar.

Miró a su alrededor mirando una vez más el cuarto blanco e insípido donde los habían llevado. Aquello era un interrogatorio, necesitaban saber todo lo ocurrido para así conseguir un relato exacto de las últimas horas.

Wendy se sintió una verdadera criminal.

No había matado a nadie y no por falta de ganas, pero ese era otro tema.

—Vale, de acuerdo. ¿Por dónde empiezo? —preguntó luchando por poner sus ideas en regla.

Debía ser clara, con lujo de detalles y recordar todo cuanto había pasado en ese tiempo.

—Uy sí, esa me la sé. Tú estabas en la cama, desnuda y atada —declaró Hank con una sonrisa burlona.

Iba a matarlo.

Wendy se sonrojó de forma automática. Pensar en contar ese tipo de intimidades era demasiado.

—Eso no es relevante —declaró convencida.

—Deja que sea yo quien decida eso.

El señor agente estaba tan loco por saberlo como su compañero de contarlo. No iba a tener escapatoria. No existía lugar en el mundo en el que esconderse para librarse de algo semejante.

—Está bien, pero dejadme hablar a mí. Él me da dolor de cabeza —pidió Wendy.

No iba a ser posible.

Eso lo tenía claro.

—Antes de nada —dijo el agente—, ¿ustedes dos son pareja, rollo o algo?

Supo que la sangre abandonó su rostro con esa pregunta. Casi se sintió vendiendo sus intimidades a alguna revista del corazón y no que estaba siendo interrogada por un agente de la ley.

Ya parecían no ser nada.

Nunca más.

—¡Para nada! —gritaron ambos a la vez.

¿Por qué creyó que podría salvarlo?

—Bien, entonces no han tenido ningún encuentro sexual. Dejen que lo apunte...

Wendy cerró los ojos ante la catástrofe que estaba a punto de pasar y que nadie iba a poder evitar.

—Mmmm... Eso no es del todo cierto —comentó Hank.

Iba a tener que lidiar con ese recuerdo el resto de su vida.

—Tuvimos sexo una vez, en realidad dos o casi dos, pero ya está. Fue una bajada de azúcar o de defensas y acordamos que no volvería a pasar —explicó él con cierta tranquilidad, aunque agitando demasiado sus manos.

En realidad habían sido tres y que no lo recordase le molestó muchísimo.

—Es un idiota, le aseguro que no volverá a pasar algo semejante —prometió Wendy.

Hank fue a hablar, lo vio por el rabillo del ojo, no obstante, Wendy golpeó su silla con la punta de la bota dándole un toque fuerte y seco. Eso fue suficiente como para provocar que su compañero se callase.

Al fin.

—Bien, empecemos por el principio entonces —anunció el agente.

Sí.

Estaban a punto de diseccionarla como a una rana en plena clases de ciencias. Toda ella estaba en entredicho y ahora le tocaba defenderse por unos cargos que nada tenían que ver con la realidad.

—Empecemos por el primer día, justo cuando conocí a Hank...

Y así estuvieron cerca de cuatro horas contando su dichosa y maldita versión de los hechos.

¿Todo para qué?

Para que el policía apenas fuera capaz de respirar mientras los escuchaba hablar de toda su historia.

—Pero, entonces... Sí que están juntos —dijo el policía.

De toda la historia se había quedado justamente con eso y nada más. Ese hombre iba a ser el empleado del mes.

—Ya no al parecer —dijo Wendy cabreada.

Aquel idiota se había rendido. Había tirado la toalla dejando que el loco de su amigo les destrozada la vida a ambos. Ahora ya no quedaba nada del Hank que conocía, solo el petulante que tan mal le caía.

El abogado que envió Mattia hizo acto de presencia en ese momento. Abrió la puerta como si fuera dueño del lugar y no le importasen las formas. Tomó asiento en completo silencio, se sirvió un vaso de agua bajo la atenta mirada de todos los presentes y bebió con calma.

—Hola, vengo en representación de mis clientes. Puedo recomendarle, agente, que borre inmediatamente todo lo que han declarado por ser interrogados en conjunto y sin la presencia de un abogado. Sus palabras quedan invalidadas y puedo alegar coacción por parte de la policía.

Ese hombre ni los miró a la cara.

Sacó su maletín de debajo la mesa, lo abrió y le dio un informe con el que el policía quedó perplejo.

—Aquí tiene la versión oficial de mis clientes. En una sesión fotográfica, donde se les entrevistaba, Toms atacó verbalmente a Wendy una y otra vez hasta que Hank, su pareja, tuvo que defenderla. Las cosas se calentaron y todo fue a más, pero no se presentará cargo alguno siempre que Toms acepte su culpa.

El policía estaba viviendo el peor día de sus vidas.

—Según ellos no están juntos —dijo como pudo.

El abogado sonrió un nanosegundo.

—¡Qué tierno! Pues lo están y muy enamorados a decir verdad. Todos los testigos que tiene por interrogar van a dar mi misma versión punto por punto. Comprobará que su amor es de cuento y Hank tuvo que defender el honor de Wendy. Se vio obligado moralmente a hacerlo.

Ese hombre hablaba tan rápido que Wendy se preguntó si era capaz de respirar o tenía branquias para esa función.

—Y dado que no hay cargos presentados, debería cerrar esto y dejar que mis clientes se vayan. Están exhaustos y no les gustaría filtrar a la prensa que la policía no les trató correctamente.

Y ahora amenazaba.

Era fan de ese hombre.

¿Firmaría autógrafos?

—Deje que lo hable con mi supervisor —pidió el policía.

—Hágalo buen hombre, yo le espero aquí.

Eso sonó tan amenazante que deseó no tener que enfrentarse a él.

Cuando salió el policía, el hombre pareció relajarse de verdad. Entonces los miró con cierto cariño, es más, tomó la barbilla de Wendy y comprobó lo muy inflamado que estaba el puñetazo que le habían dado.

—No tiene buena pinta, una lástima que fuera Hank quien te diera, de haber sido Toms le hubiera crujido vivo, pero nos conformaremos con que no presente cargos y firme la disolución del grupo pacíficamente. Por supuesto he redactado yo el contrato, donde dejo estipulado que no podrá mencionar o hablar de los excomponentes de dicho grupo y sus parejas. Tu nombre creo que sale en un par de párrafos, así que, no te preocupes.

Wendy estaba asombrada.

Mucho.

—¿Eres Papá Noel? —preguntó absorta en las palabras que no dejaba de decir ese hombre.

—Casi, pero yo visto de negro, no creo que el rojo me siente bien.

Entonces chasqueó los dedos llamando su atención.

—Escuchadme bien, no hagáis declaraciones. Los del reportaje han visto la ira de Toms y están de vuestro lado. Explicarán vuestra historia de amor con pelos y señales, bueno, tal vez omitan algún ataque de locura por parte de alguno de vosotros dos, pero lo importante estará.

Dejad que eso pase, no habléis con nadie, encerraros en vuestro precioso ático como si estuvierais de luna de miel y todo habrá pasado.

Eso sonaba a música celestial.

—Eres un ángel —sonrió Wendy.

—No, dios no podría pagar mis honorarios, prefiero pensar que le vendí mi alma al diablo. Aunque gracias por tus palabras. Buena suerte, chicos.

Acto seguido, se levantó y esperó a que el policía le confirmase que todo estaba en regla y podían marcharse.

Todo había pasado tan y tan rápido que eso le hizo preguntarse para qué narices le habían contado su vida al policía. Ese hombre iba a tener pesadillas con ellos el resto de su vida.

—Lo siento mucho —le dijo Wendy al pobre hombre.

—Tranquila, ha sido muy entretenido. Mi mujer no se lo va a creer —rio mientras los dejaba irse.

Locura.

Aquello era una locura.

Wendy, necesitando el contacto de Hank, acercó su mano a la suya en un intento de acariciarlo un poco. Él se apartó tan rápido que dolió, realmente escuchó su corazón romperse en ese momento.

—Hank...

—No, Wendy. Toms ha ganado.

Sus palabras la paralizaron en el sitio con tanto dolor que creyó echarse a llorar en cualquier momento. No lo hizo porque los brazos de Mattia la sujetaron con fuerza y la llevaron hacia el coche.

—Todo se arreglará, te lo prometo.

No.

No lo haría.

Lo había perdido para siempre.

—Gracias —dijo Mattia después de acomodar a Wendy en el coche.

Él estaba ahí.

Su corazón iba a mil por hora porque nunca creyó volverlo a ver.

—No pensé que me cogerías el teléfono —reconoció Mattia.

Él, con semblante frío y depredador como el temible abogado que acababa de ganar el caso, se recolocó la corbata mientras lo miraba.

—Ha sido un placer, fue sencillo la verdad. El policía ni respiraba cuando hablaba, fue bastante impresionable.

Estaba orgulloso de su trabajo.

No era el hombre que dejó atrás en su día. Se había convertido en un temible abogado capaz de enviarte a los infiernos.

—Maximus, yo...

—Max si no te importa. Sabes que siempre odié mi nombre —le rectificó rápidamente.

Se miraron de nuevo. Ambos habían cambiado en el camino, pero fue como si el tiempo no hubiera pasado. De pronto la mente de Mattia estaba en aquella granja donde se dieron el primer beso y también el último.

Y el corazón dolió.

—Deberías dejar que descanse, Wendy ha tenido un día movido —recomendó Max.

Mattia asintió.

—Sí, ahora cuidaré de ella.

—Sigues cuidando de los demás —comentó Max.

Lamentablemente la prensa los encontró y poco a poco todo fue llenándose. Esa era la señal de marcharse, la que le indicaba que tenían que separarse de nuevo.

—¿Por qué me llamaste? —preguntó Max.

Mattia cabeceó un poco la respuesta.

—Vi que eras un gran abogado y necesitábamos el mejor para sacarnos de esta mierda.

Lo aceptó, asintió y sonrió tomando el cumplido.

Después de eso solo quedaba despedirse.

—Cuídate mucho, Max.

—Tú también, Mattia.

Ya no eran esos niños que se quisieron un día. Ni tampoco los adolescentes que se juraron amor eterno, ahora solo eran adultos que habían tomado sus propias decisiones. Los caminos los habían separado.

No existían como uno solo.

—¿Sabes? —preguntó Max mirándolo intensamente—. Yo siempre tuve el teléfono disponible para ti, Mattia. Fuiste tú el que te rendiste con nosotros, yo nunca lo hice. Por eso vine.

¿Podía doler algo más que esas palabras?

—Vete, Wendy te necesita —lo animó Max antes de girarse y enfrentar a la prensa como el tiburón que era.

Dándoles una escapatoria.

Una salida.

Mattia necesitó unos segundos antes de entrar en el coche, estaba tan impactado que juró que nunca más sería capaz de volver a respirar. No era posible después del momento que había vivido.

Él siempre fue su amor y su corazón lo reconocía como suyo, quizás llamarlo había despertado cosas que debió dejar enterradas en su momento.

EPÍLOGO

Una semana después...

—Tienes que subir. Los obreros han dejado el muro como nuevo, ni parece que estrellases el coche ahí —la animó Maël.

Wendy siguió comiendo palomitas mientras trataba de ver una película.

—No lo haré. No mientras Hank respire y viva en ese ático —contestó enfadada.

Después del momento de comisaría no se habían vuelto a hablar. Bueno, sí, ella se había acercado a él para ver si estaba bien y Hank había tenido la amabilidad de decirle que se fuera al piso de Mattia.

Que era «lo mejor para ambos».

—¡Vamos! Ha pasado una semana. No podéis seguir enfadados, esto es como ver a papá y mamá de morros. No quiero ponerme de parte de nadie —suplicó Maël quitándole el bol de palomitas.

Empezó a comer sin control como solo hacía cuando estaba nervioso. Engulló tan rápido que creyó que se ahogaría ahí mismo.

—Mastica por lo menos —le pidió Wendy.

No pensaba subir y mucho menos cruzarle una palabra a ese idiota.

El abogado había tenido razón en todo lo que les dijo ese día. El reportaje había sido un pelotazo y había pasado de guerra a princesa de cuento de hadas. La adoraban como la señora de Corazón de hierro.

A Toms lo habían retratado como un tarado mental, hasta había empezado a ir a terapia para reconocer que tenía un ligero problema de celos en cuanto a Hank se refería.

También se había anunciado la disolución del grupo de forma «amistosa». Después de lo ocurrido, los componentes restantes le deseaban a Toms una «pronta recuperación» y que le fuera bien la vida.

Ellos se recuperarían.

Y, para su sorpresa, Maël cantaría ahora. Aquel ruiñeñor había escondido su voz durante años por miedo a que Toms lo viera como una amenaza y lo aplastase como una mosca.

Ahora podían empezar su preciada gira de una vez.

—Sube o me ahogo comiendo —amenazó Maël.

—Ahógate —declaró Wendy.

—Si sigues dando vueltas por el salón harás un agujero en el suelo y aparecerás en casa del vecino —anunció Mattia.

Hank se detuvo en seco.

—¿Por qué tarda tanto Maël? —preguntó saliendo de su ensimismamiento.

Estaba tan nervioso que hasta podía caer al suelo de rodillas por no ser capaz de sostenerse. Una semana, una semana con sus malditos siete días hacía que no veía a Wendy.

Ni la escuchaba.

Si encendía la tele o abría el teléfono todos hablaban de ellos. Ella era ahora una persona increíble mientras él se sentía miserable.

Muy miserable.

—No va a subir y lo sabes, es el séptimo día que te dice que no —remarcó Mattia.

Era doloroso.

Después de la pelea con Toms había estado en trance durante horas. Sus palabras habían calado profundamente haciéndole creer que él había ganado. Hasta creyó que la vería como un regalo de su examigo.

No era así.

Cuando pensaba en Wendy no veía a Toms, la veía a ella y a nadie más.

¿Era de locos?

Seguramente.

Sabía que había metido la pata en comisaría, también al golpearla sin querer y en muchas otras cosas que no podía enumerar.

—¿Y por qué no? —preguntó haciendo un mohín como un niño pequeño.

Mattia estaba desesperado, casi lo había visto ir a por la sartén para golpearle en la cabeza.

—¿Y si bajas tú? —propuso su amigo.

¿Cómo se atrevía?

¿Bajar él?

¿Después de todo?

Lo mataría con cualquier arma arrojadiza que encontrase o le partiría el palo de la escoba en su espalda. Esa mujer tenía bastante imaginación a la hora de pelear, lo había comprobado con Toms.

Si subía a su piso estaba más tranquilo porque había quitado todo lo peligroso. Era un espacio libre de peleas, ambiente tranquilo.

Hasta había puesto velas.

O quizás podía usarlas para metérselas por el culo y encenderlas, sí, tenía que quitarlas.

—Este es un lugar mejor para hablar, hasta tenemos mejor luz. Que suba ella.

Mattia estaba a punto de echar a volar y salir de esa situación tan incómoda. No podía soportarlo más. La idea de coger a su amigo de la oreja y bajarlo hasta su piso no le pareció mal del todo.

Así se enfrentarían el uno al otro.

—Si no bajas la vas a perder —advirtió Mattia.

Eso lo asustó de verdad.

No podía perderla, no ahora que tenía claro que ella era la mujer que quería en su vida. Ella era su razón de ser, tanto él como su alterego la querían y no era tarea fácil de conseguir.

—Entonces, ¿bajo?

—Escríbele una nota, no te jode... ¡Corre ya! —exclamó Mattia.

Ambos salieron del piso a toda prisa. No supo si venía para asegurarse de que bajaba o para comprobar que no se mataban en su piso. Ya habían reformado el ático y no le apetecía tener que tener obreros de nuevo.

Hank supo que su corazón estaba a punto de colapsar cuando llamó al timbre. Rezó a todos los dioses que conocía, hasta a los romanos, que ella estuviera algo receptiva y quisiera hablar.

Maël fue quien abrió y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Wendyyyyy —canturreó—. Mira qué príncipe vino a arrastrarse como un gusano.

Ella no lo creyó.

—No es una broma graciosa, dile al pobre repartidor de comida que suelte lo que hayas pedido antes de que le arranques la mano —pidió Wendy ignorándolo completamente.

No empezaban con buen pie.

—Wendy, ¿puedo pasar? —preguntó Hank.

Eso la hizo saltar del sofá como si este se acabara de incendiar de una forma mágica. Mirándolo con auténtico terror, retrocedió hasta ir a la cocina a toda prisa. Todos supieron qué venía después.

El horror de la sartén.

Y lo apuntó con ella.

—No quiero verte, largo —ordenó enfadada.

Maël, que para aquel entonces ya había salido del piso, empujó a Hank lo justo como para cerrar la puerta principal y dejarlos encerrados dentro. Tanto él como Mattia esperarían en el descansillo.

—No os peguéis muy duro, chicos.

—¡Ni me rompáis nada! —suplicó Mattia.

Nadie prometía nada.

Todo era posible.

—No tengo nada que hablar contigo —explicó Wendy.

Hank respiró profundamente, ante él tenía a una mujer peligrosa, aunque aspiraba a que fuera suya para siempre. Esa era la persona que lo complementaba, la que llenaba los espacios que siempre tuvo.

Su Wendy.

—Bueno, pues hablaré yo por los dos —anunció Hank.

Era el momento.

—Sé que en comisaría me comporté como un imbécil y llevo atormentándome desde entonces. He querido bajar, pero temía que siguieras demasiado enfadada. Quería darte tu espacio para ver si así las aguas volvían a su cauce. Lamentablemente sé que lo he estropeado todo.

Era consciente de que había sido un auténtico idiota. Su miedo lo había engullido de tal forma que no había dejado nada.

—La amistad de Toms lo era todo para mí y nunca vi el daño que me había hecho. Seguía adelante porque creí que él cuidaba de mí. Ahora me doy cuenta que era una relación de abuso. Ejercía control absoluto, movía la correa y yo solo obedecía como si no tuviera pensamiento propio.

Eso era lo más difícil que había tenido que decir en toda su vida. Tembló bajo la mirada de Wendy. Estaba desnudándose ante ella, aunque de forma figurada, dejando que todo saliera.

—Me convertí en Corazón de hierro casi sin darme cuenta. Era su presa, me tenía bajo control y solo lo supe cuando te conocí. Sé que él te trajo hasta mí, que creyó que caería en tus redes y lo hice hasta ahogarme de ti.

Respiró para no desplomarse allí mismo.

—Tú trajiste luz a mi vida. Había tanta oscuridad a mi alrededor y estaba tan acostumbrado a ella que no sabía lo mucho que había extrañado la luz. Lo necesitaba casi más que respirar. Fuiste ese soplo de aire fresco que soltó mis alas.

Hank estaba temblando de los pies a la cabeza mientras luchaba por articular palabra. No podía perderla.

No ahora.

—Cortaste los hilos de Toms. Y, aunque me dijo que lo vería a él cuando te mirase, solo te veo a ti. Eres esa persona que llegó a mí, que reventó los muros que erigí alrededor de mi corazón y que no le importó mirar a los ojos a Corazón de hierro.

Estaba a punto de desmayarse.

—Si es verdad que tengo dos personalidades... Sé que tú has sabido llegar hasta las dos. Que nos has mirado de frente y no nos has tenido miedo. Y debo pedirte perdón, sé que no me lo merezco.

No podía callar ahora, tenía que soltarlo todo o moriría con remordimientos. Ese era un tren que quería coger.

—El día de la comisaría tuve que venir contigo, abrazarte y acunarte. Solo sentí que no era digno de ti...

Esa era la verdad más grande de todas.

—Yo te había hecho daño de muchas formas, te dañé más que cualquier cosa que pudo hacerte Toms. No quise que me mirases y te dieras cuenta de que no era digno, que no valía nada. Tuve miedo de verme reflejado en tus ojos y saber que acababa de perderlo todo.

Ahora lo hacía.

Se reflejaba en sus ojos mientras ella sostenía una sartén y le temía.

Sin poderlo remediar, Hank cayó de rodillas al suelo, implorando un perdón que no merecía. Era consciente de que podía rechazarlo, de que ese era el camino más lógico llegados a ese punto.

Lo aceptaría con el corazón roto y viviría con eso el resto de sus días.

Wendy necesitó un par de respiraciones para darse cuenta de que seguía con vida. Después de todo lo que había dicho Hank había creído morir dos o tres veces. Él estaba tan perdido, tan roto y, aun así, luchaba por contarle todo lo que sentía.

Ese hombre había sobrevivido a una relación que nunca tuvo que tener. Toms jugó con él hasta despedazarlo completamente.

Y ahora suplicaba su perdón.

Con el corazón encogido hasta ser doloroso, Wendy soltó la sartén dándose cuenta de lo ridículo que era estar armada.

Nunca le haría daño.

Él no.

Llegando hasta él lentamente, se arrodilló para quedar a su altura. Hank no la miró, tenía la cabeza gacha, derrotado por completo dando por hecho de que aquello no tenía arreglo.

Con cariño, Wendy se agachó para mirarlo a los ojos desde abajo. Después, tomó su barbilla y la levantó. Era el mismo hombre hermoso que conocía, estaba algo más roto, pero nada que el cariño no arreglase.

—Hola, Hank —le dijo.

—Hola, Wendy —contestó Hank antes de romper a llorar.

Sus sentimientos lo estaban ahogando. Se había liberado de Toms y, aunque aún no lo sabía, sería feliz. Necesitaba encontrar ese resquicio de alegría que el mundo le tenía preparado.

—Te quiero —susurró Wendy.

¿Qué podía decir?

Ese hombre, con sus virtudes y sus defectos, era la persona a la que amaba. No importaba nada más.

Solo él.

Hank frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó sin podérselo creer.

Solo entonces alzó la voz.

—Te quiero —repitió.

Hank la abrazó con fuerza entonces. La estrechó entre sus brazos con cariño dejando que sus cuerpos se tocasen después de tantos días. Se habían extrañado mucho más de lo que habían imaginado antes.

Ahora nada los separaría.

Tenían un largo camino por delante, sin embargo, saldrían de esa juntos.

—Yo también te quiero, Wendy. Más que a mi propia vida —confesó Hank.

Y se tomaron el uno al otro, apoyados en el cuerpo de su pareja sintiendo como sus corazones latían a toda velocidad.

Entonces, las manos de Hank bajaron por sus brazos buscando ese contacto que lo hacía todo real. Ella sonrió cuando sus manos se alcanzaron y entrelazaron los dedos. Era su forma de amarla, tomándola de esa forma tan íntima, haciéndola casi real en un mundo de sombras.

Y la miró con auténtico amor.

—No me imagino un mundo sin ti —dijo Hank.

—Pues no lo hagas.

Se besaron. Sus labios se acariciaron lentamente antes de perder el control. Sus lenguas llevaban mucho tiempo sin saborearse y se golpearon con contundencia mientras luchaban por tomar sus bocas.

Eran uno solo.

Siempre lo serían.

Con dobles o terceras personalidades, pero siempre estarían juntos.

—Te quiero —dijeron a la vez.

Esa confesión de amor había emocionado a Maël y Mattia, los cuales lloraban a mares antes de que los ruidos les indicasen que sus amigos habían pasado a otros quehaceres más placenteros.

Se miraron atónitos.

—¡Oh! ¡Están follando! Corre, enciende una cámara —pidió Maël queriendo alcanzar su móvil.

Mattia negó con la cabeza fervientemente.

No pensaba hacer eso.

—¡Serás guarro! Vámonos.

Ante el mohín de Maël solo supo reír. Ese hombre estaba loco.

—¿Ya? ¿No quedamos al primer orgasmo y les aplaudimos? —propuso.

Eso sí que no.

Llamó al ascensor, entró y aguantó la puerta a la espera de que Maël entrase y acabase esa locura. Ahora sus amigos necesitaban un momento a solas, ya tendrían tiempo de verlos felices juntos.

—Sube al ascensor ya —ordenó Mattia.

—Vaaaaleeee.

FIN

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?



Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

BÚSCAME

Facebook: <https://www.facebook.com/Tania.Lighling>

Fan Page: <https://www.facebook.com/LighlingTucker/>

Instagram: @lighling.tucker.tania

OTROS TÍTULOS

Saga Devoradores de Pecados:

- No te enamores del Devorador.
- No te apiades del Devorador.
- No huyas del Alpha.
- No destruyes al Devorador.
- No confíes en el Devorador.
- No hables con el Devorador.
- No beses al Devorador.
- No temes al Devorador.

Más títulos como *Lighling Tucker*:

- Conquístame si puedes.
- No soy tu rosa ni tu tulipán.
- Eternos.
- Huyendo de Mister Lunes.
- Las catástrofes de Alicia.
- Los encuentros de Cristina.
- Navidad y lo que surja.
- Se busca duende a tiempo parcial.
- Todo ocurrió por culpa de Halloween.
- Cierra los ojos y pide un deseo.
- Alentadora Traición.
- La ayudante de Cupido.

Como *Tania Castaño*:

- Redención.
- Renacer.
- Recordar.